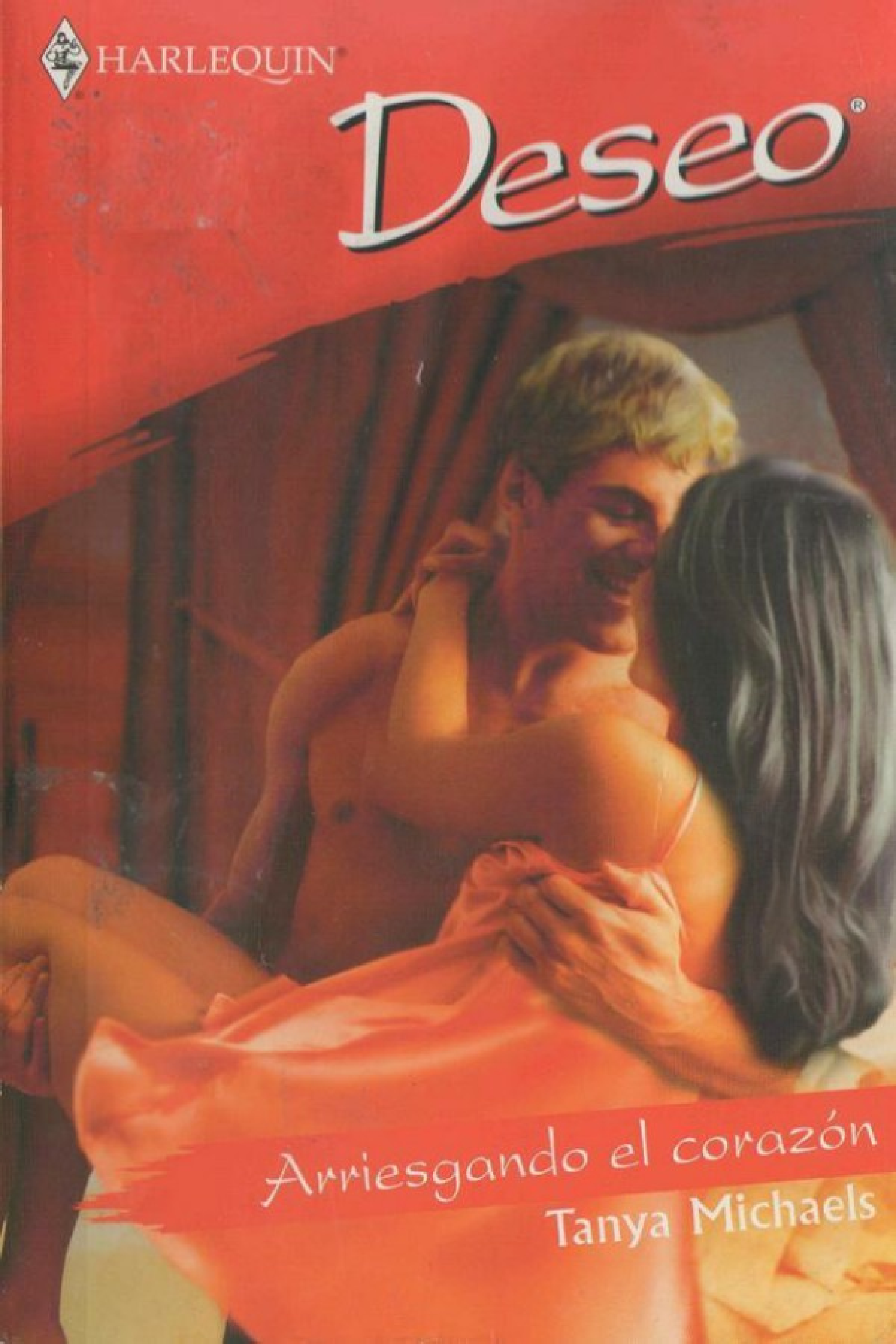

HARLEQUIN
Deseo
Arriesgando el corazón
Tanya Michaels

Arriesgando el corazón (2006)

Título Original: Sheer decadence (2004) **Editorial:** Harlequin Ibérica

Sello / Colección: Deseo 1453

Género: Contemporáneo

Protagonistas: Justin Hawthorne y Olivia Lockhart ***Argumento:***

Quizá no tuviera intención alguna de comprometerse, ¿pero qué mal podía hacerles un poco de placer y pura decadencia?

Después de descubrir a su novio con su compañera de piso en una situación más que comprometida, Olivia Lockhart decidió alejarse para siempre de los hombres guapos que parecían interesados sólo en una cosa… ¡y no era precisamente el compromiso! Pero nada más ver al atractivo fotógrafo Justin Hawthorne, Olivia empezó a preguntarse si no se habría excedido con su decisión.

Mientras trabajaban juntos, Justin no comprendía por qué Olivia se comportaba con tanta frialdad… y sólo con él. Pero estaba dispuesto a dejar el orgullo a un lado si eso lo ayudaba a acercarse a ella y hacerle perder el control.

Tanya Michaels – Arriesgando el corazón

Uno

—¿Pero te he contado lo que me dijo cuando lo sorprendí en la cama con mi compañera de piso?

Olivia Lockhart estaba sentada detrás de su escritorio de madera de roble, recordando con el ceño fruncido las últimas palabras de su ex, Sean.

—Me dijo: «Cielo, sería una injusticia hacia las demás mujeres de este mundo limitarme a mantener relaciones sólo con una» —repitió con incredulidad las palabras del sinvergüenza—. Te juro que no quiero saber nada más de hombres guapos y seductores.

¿Era marzo muy tarde para añadir una resolución más a la lista de propósitos de Año Nuevo?

Jeanie, la recepcionista de Sweet Nothings estaba de pie, apoyada en el archivador de Olivia, miró a su compañera de trabajo y arrugó la nariz en una mueca de incredulidad.

—¿Así que ahora vas a salir con adefesios?

Seguro que eran mucho más fieles, pensó Olivia.

—De momento no pienso salir con absolutamente nadie.

Olivia había pasado sus años de instituto sin que ningún chico se interesara por ella y la invitara a salir, rodeada de galletas caseras y las películas antiguas en blanco y negro de Cary Grant, actor que su madre adoraba. Ahora tenía citas de sobra, pero le iba mejor cuando se limitaba a Cary Grant y las galletas. De hecho, si hubiera una galleta decente que no fuera directa a las caderas, podría incluso llegar a olvidarse de los hombres por completo.

—¿Y si no sales con nadie, qué harás? —preguntó Jeanie, en tono casi angustiado, sin poder imaginar un tipo de vida tan insoportable.

Probablemente para ella lo fuera.

Con cara redonda y pelo rubio platino muy corto, la encantadora y pequeña Jeanie parecía la capitana de las animadoras de los gnomos de Papá Noel, descripción que encajaba a la perfección con su carácter alegre y lleno de vitalidad.

Aunque atraía a los hombres como la miel a las moscas, la recepcionista llevaba unos meses saliendo con el mismo hombre, Albert, y Olivia tenía muchas esperanzas en el futuro en común de ambos. Tenía que tener esperanzas para alguien, ya que su vida amorosa seguía siendo una sucesión interminable de fracasos.

—Tengo muchas cosas que hacer —le aseguró Olivia—. Amigos, trabajo. Ya sabes que quiero el puesto de Supervisora de Diseño.

Lograr aquel ascenso había sido el verdadero propósito de Año Nuevo de Olivia. De jovencita, había compensado los fracasos románticos con unos excelentes resultados académicos. Ahora,

dedicaría la energía y el tiempo que le sobraba al trabajo hasta que encontrara la forma de mejorar su suerte con los hombres.

—Albert tiene un hermano más mayor. Os puedo concertar una cita si quieres.

A él le encantan las mujeres exóticas —continuó Jeanie.

Reprimiendo una carcajada, Olivia se apoyó en el respaldo del sillón.

—¿Exóticas?

—Bueno, con tu estatura y esa impresionante melena azabache tienes que reconocer que posees un aire cargado de misterio.

—Ah. Gracias, Jeanie. Si es hermano de Albert, estoy segura de que será un encanto, pero de momento paso de relaciones sentimentales.

—Pero…

—Mejor seguimos hablando luego —dijo Olivia, echando un vistazo a las pruebas de imprenta para el catálogo del mes siguiente que se amontonaban sobre su mesa—. Tengo un montón de trabajo.

Con un asentimiento de cabeza, Jeanie salió de su despacho.

Los montones de papeles en su escritorio se dividían en tres categorías: «Se puede retrasar», «No puedo irme hasta terminarlo» y «Tan retrasado que no recuerdo qué hay que hacer». Y los montones amenazaban con aumentar peligrosamente con la nueva expansión de la empresa. Sweet Nothings, una empresa de lencería de venta por correo radicada en Atlanta, había comenzado como una compañía de venta por catálogo, pero a raíz de su creciente presencia en desfiles de moda y el gran éxito de la página web de la compañía, se estaban haciendo los preparativos para abrir una cadena de tiendas por todo el país.

Además, la junta directiva había pedido al jefe de Olivia, Steve Reynolds, que contratara a un segundo fotógrafo y empezara a planificar el primer calendario de la compañía. Hasta ahora, Fred, el único fotógrafo en plantilla de la empresa, se había ocupado de todo el trabajo con la ayuda de algunos colaboradores autónomos, pero la empresa evolucionaba y progresaba a una velocidad de vértigo. Olivia esperaba que el ascenso a Supervisora de Diseño fuera parte de esa evolución.

Y ahora que había roto su relación sentimental con Sean, y que su compañera de piso había decidido buscar nuevo alojamiento dejándole a ella el pago completo del alquiler, Olivia se dijo que era el momento perfecto para concentrarse en sus aspiraciones a ser

nombrada Supervisora de Diseño.

Últimamente le estaban encargando labores de mayor responsabilidad, entre ellas su primer trabajo de supervisión de una sesión fotográfica próxima. Olivia sabía que Steve la estaba poniendo a prueba. Quizá si conseguía el ascenso podría plantearse de nuevo volver a probar suerte con los hombres, pero si decidía hacerlo, buscaría a un hombre agradable y responsable, no otro atractivo *playboy* con mucha labia y pocos escrúpulos.

Un toque en la puerta abierta la sobresaltó y la obligó a alzar la cabeza.

Apoyado en el pomo de la puerta, un auténtico Adonis de cabellos rubios y cuerpo espectacular la miraba con expresión interrogante. Tenía los ojos de un tono verde claro casi transparente y los pómulos cincelados. Muy alto y de hombros anchos, era

el cuerpo perfecto tanto para presentar la nueva colección de bañadores como para una sesión fotográfica de esmoquin y pajarita.

No era la primera vez que un hombre tan atractivo aparecía en su despacho. Sí, muchos llegaban al despacho 461 cuando en realidad querían ir al 416. Ocurría casi todos los días.

—Los modelos masculinos deben ir a ver a Meg Jansen —dijo Olivia, volviendo a la realidad—. Despacho 416, al otro lado de los ascensores.

El hombre arqueó una ceja sorprendido.

—¿Modelos masculinos? No. No busco a Meg Jansen, sino a Olivia… — consultó la nota amarilla que llevaba en la mano—. Lockhart. ¿Eres tú?

—Sí. ¿Y tú eres…?

—Justin Hawthorne —se presentó él—. El fotógrafo para las fotos en la playa de Carolina del Sur.

¿Un hombre tan increíblemente *sexy*? No, no, no.

—Creo que mi fotógrafo para la sesión de bañadores es Fred Elliot —dijo ella.

—Lo siento, pero su hermana está enferma en Cincinnati. Yo haré las fotos de bañadores con Stormy —explicó él, con una sonrisa.

Evidentemente estaba bastante informado.

¡Y qué sonrisa! Con unos dientes blancos perfectos, y un hoyito en el lado izquierdo de la boca.

«Olvídate de esa boca».

Demasiado tarde.

—Quería venir a presentarme antes de la reunión de esta tarde — continuó él—.

Steve me ha contratado. Hasta ayer trabajaba para Hilliard High Life, la empresa de venta por catálogo especializada en ropa de campo y montaña.

Olivia asintió, indicando que conocía el catálogo, pero después de «contratado»

apenas había escuchado nada.

—Y no te preocupes —añadió Justin—, tengo mucha experiencia, así que estarás en buenas manos.

La idea de estar en sus experimentadas manos le secó la boca y le hizo un nudo en la garganta.

—Bueno, vale —logró balbucear ella casi sin voz, tratando de tragar el nudo.

Justin miró detrás de los hombros femeninos, al cuadro que colgaba en la pared del fondo, tras el escritorio.

—Interesante —comentó.

Olivia siguió su mirada. El cuadro original de Kallie Carmichael era el regalo que se hizo a sí misma para celebrar su primer ascenso en Sweet Nothings, cuando pasó de redactora al equipo de maquetación. La mezcla de vivos colores y singulares

formas abstractas de la poco conocida artista siempre provocaba distintas reacciones.

Olivia se preguntó si Justin, igual que había hecho Sean, fingiría que le gustaba para impresionarla.

—¿Qué te parece?

—No me emociona —respondió él.

No precisamente diplomático, pero al menos era sincero.

—Prefiero las últimas obras de Carmichael —añadió él—. En especial, la serie en verde titulada «Renacer».

—¿Conoces a Kallie Carmichael? —preguntó ella, parpadeando con extrañeza.

—¿Crees que eres su única admiradora? —repuso él, con una sonrisa aún más amplia.

Lo que creía era que Justin Hawthorne tenía la mejor sonrisa que había visto en su vida y que le estaba provocando un nervioso y excitante aleteo en el estómago.

Como Olivia no respondió inmediatamente, él se despidió con un movimiento de cabeza.

—Nos vemos en la reunión de esta tarde.

Cuando se quedó sola, Olivia exhaló con una mezcla de frustración y reproche a sí misma. Sí, era muy guapo. ¿Y qué? Su anterior novio

también era modelo, y un ejemplo claro de la cara no era el espejo del alma. Ella sabía por experiencia propia que el interior no era siempre tan atractivo como el exterior sugería.

Sin embargo, Justin tenía algo…

«No pienses en él como Justin. Piensa en él como «el señor Hawthorne». O el fotógrafo. O mejor, ese… tío».

Cuanto menos personal mejor.

Aunque tenían mucho en común. A pesar de que sus ingresos todavía no le permitían comprar ninguno de los cuadros de la artista, «Renacer» era también una de sus series favoritas. Claro que compartir admiración por una pintora no era razón para babear como una tonta por un compañero de trabajo a quien apenas conocía.

Compañeros de trabajo, nada más, se recordó nuevamente. O ese tío.

El ruido de unos zapatos de tacón acompañado de unas voces y risas femeninas resonaron en el vestíbulo junto al despacho de Recursos Humanos donde Justin estaba firmando su nuevo y flamante contrato de trabajo. Justin escuchó la risa alegre y desenfadada de una mujer, y el sonido le gustó. Parecía que sabía disfrutar de la vida.

Volviéndose en su silla, Justin miró por la puerta abierta y vio sorprendido a Olivia Lockhart esperando el ascensor junto con una atractiva mujer de color, riendo divertida por algo que su amiga había comentado.

Cuando Olivia lo miró por la mañana en su despacho, Justin había sentido una intensa ráfaga de deseo que lo pilló totalmente desprevenido, pero a pesar de su belleza y el espectacular contraste de los ojos grises claros con la melena negra

azabache y los labios rojos y carnosos, la impresión que tuvo de ella fue que era una mujer distante. Todo lo contrario a lo que parecía ahora.

La sonrisa rápida y la campechana carcajada aumentó la atracción que había sentido por ella antes, y la observó mientras entraba en el ascensor, sin poder evitar fijarse en cómo la falda oscura se ceñía suavemente a la forma redondeada de las caderas. Entre su profesión y el hecho de tener dos hermanas más jóvenes, Justin había conocido a muchas mujeres dedicadas a buscar un cuerpo totalmente plano y rectilíneo, pero a él le gustaban las mujeres con forma de mujer, y las curvas de Olivia rozaban la perfección.

—¿Has terminado?

La voz de la ayudante de dirección del Departamento de Recursos Humanos, Kate Ames, interrumpió sus pensamientos.

—Casi —respondió él, asintiendo con la cabeza a la joven que había sido especialmente amable con él en todo momento.

Un par de documentos más, y sería un empleado en toda regla de Sweet Nothings, lo que significaba un importante cambio en su carrera profesional.

Durante los últimos siete años, había dejado a un lado sus deseos y necesidades, tanto profesionales como sentimentales para aceptar dos improvisadas responsabilidades, pero ahora era el momento de recuperar de nuevo su vida. Para empezar, tenía que recuperar todas las noches que había dormido solo. El mundo estaba lleno de mujeres atractivas y dispuestas, y él quería conocer cuantas más mejor.

Sin embargo, a pesar del entusiasmo que sentía por su nuevo trabajo, le costaba concentrarse en la documentación que tenía ante él. ¿Cuál era la verdadera Olivia: la mujer fría y contenida que había visto en su despacho, o la que había observado en el vestíbulo riendo divertida y despreocupada, con un cierto toque de perversidad en la voz?

—No sé cómo lo haces —dijo Meg Jansen.

Ignorando el apetitoso olor de las patatas fritas de su amiga, Olivia continuó comiendo su ensalada.

—Si hubieras estado en mi lugar en el instituto, lo sabrías perfectamente.

—Tanto pensar en una dieta equilibrada y correr por las mañanas no puede ser bueno para la salud —le dijo Meg, una mujer de curvas generosas que no mitigaban en absoluto su belleza de piel chocolate y melena corta y rizada que acentuaba los pómulos altos y los grandes ojos avellana—. Nunca tomas patatas fritas ni postre.

Tampoco fumas. Jeanie dice que ahora también pasas de los hombres. Dime qué vicio tienes que yo no conozca, o acabaré temiendo que se te crucen los cables el día menos pensado.

—¿Te sentirías mejor si te digo que soy ludópata o una compradora compulsiva?

—Mucho. Reprimirse tanto no es sano.

—¿Y jugar sí lo es?

—Tú ya me entiendes —dijo Meg, untando otra patata frita en el *ketchup*—. ¿De verdad vas a pasar completamente de los hombres?

Un propósito que sería mucho más fácil de cumplir sin tener a Justin Hawthorne tan cerca. Olivia llevaba toda la mañana recordando

su sonrisa. Bueno, sí, y también el trasero de antología que había podido contemplar cuando él dio media vuelta y se alejó de su despacho.

—No eternamente, y no de todos los hombres. Sólo de cierto tipo. Sean duró un poco más que el anterior, pero aun con todo…

Olivia no podía decir que la ruptura con Sean le hubiera roto el corazón exactamente; pero encontrarlo en la cama con Candance fue una humillación y una vergüenza que no deseaba a nadie, por no hablar de la paranoia y la desconfianza que la traición generó en ella.

Aunque no estuvo enamorada de él, los seis meses que estuvieron juntos Olivia intentó crear entre ellos una relación más estable. A pesar de que a veces el descaro con que coqueteaba con las demás mujeres le molestaba, él siempre restaba importancia a su conducta diciendo que era parte de su imagen profesional. Por eso ella había ignorado sus instintos, pero ahora estaba resuelta a no dejarse engañar otra vez.

—Estás mucho mejor sin él —dijo Meg, en voz baja.

—Eh, me alegro de que pasara cuando pasó. Un par de días después, y no me hubieran devuelto el dinero de su regalo de San Valentín.

Meg ignoró el intento de broma.

—No todos los hombres son así.

«Pero los que yo elijo sí», pensó Olivia.

—Tienes razón, debería buscar a un hombre totalmente diferente. Pero todavía no. Quiero el ascenso, así que en cuanto vuelva de mis merecidas vacaciones…

Olivia sonrió con tristeza. Sean y ella habían hecho varias veces planes para ir a Kaokara, una isla en el sur del Pacífico, que habían tenido que cancelar por distintos motivos. Primero porque Sean cayó enfermo. Después de cuidarlo a base de caldos de pollo y zumos de limón, Olivia tuvo que posponerlos de nuevo debido a una crisis de última hora en el trabajo. Ahora por fin tenía otra vez el billete en la mano y pensaba hacer el viaje sola, ya que necesitaba los días de descanso más que nunca.

—He confirmado el vuelo esta mañana. En cuanto terminemos la sesión de bañadores en Carolina del Sur, me largo —dijo.

La mención de la sesión fotográfica en la playa también le hizo recordar el súbito e inesperado cambio de fotógrafo.

—Oye, ¿sabías que la hermana de Fred está enferma?

—He oído que van a operarla, y Fred ha ido para ayudarle con sus

hijos mientras esté en el hospital. ¿Quién le sustituirá?

—Un fotógrafo nuevo. Se llama Justin Hawthorne. Nos lo presentarán oficialmente en la reunión de esta tarde, pero esta mañana se ha pasado por mi despacho para decirme que vendrá conmigo el miércoles. ¿Lo has visto?

—No, he estado toda la mañana al teléfono con las agencias de modelos. ¿Es tipo Fred?

—No podían ser más opuestos —dijo Olivia—. Lo he confundido con uno de los modelos.

Meg arqueó una ceja.

—¿Es tan guapo como un modelo?

«Más».

—Más o menos.

—Estupendo, más deleite para la vista —dijo Meg, echándose hacia atrás y abriendo significativamente los ojos—. A ver si la reunión de esta tarde no es tan aburrida como de costumbre.

Sin compartir el entusiasmo de su amiga, Olivia sonrió débilmente. Después del ayuno temporal de hombres, iba a cambiar de objetivos: en lugar de salir con apetecibles rompecorazones buscaría a alguien agradable y responsable para mantener una relación estable, el equivalente romántico a una ensalada.

Y no necesitaba la tentación de pastelitos rellenos de chocolate con piernas como las de Justin Hawthorne.

Dos

En cuanto Olivia entró en la sala de conferencias, su mirada fue directamente a Justin, sin apenas reparar en Meg, que le señalaba una silla a su lado con la mano, ni en el resto de los presentes.

Y su época de redactora del catálogo pareció apoderarse de nuevo de su mente.

«Enfundado en pantalones vaqueros negros y una camisa blanca sin corbata, el apuesto hombre la miraba con una sonrisa en los labios, una sonrisa cálida y cargada de excitantes promesas».

Efectivamente, era como si estuviera escribiendo el pie de foto de la imagen que tenía ante sí, en el mismo estilo romántico que utilizaba cuando escribía los comentarios que acompañaban a las fotos publicitarias de sus productos.

Olivia parpadeó. Menos mal que se iba a de vacaciones dentro de unos días.

De pie en la cabecera de la mesa, con una corbata más propia de un viajante que del director de un departamento de una empresa de venta de ropa por catálogo, Steve Reynolds le sonrió.

—Oh, Liv, ya estás aquí. Estupendo, podemos empezar.

Olivia detestaba que le llamaran Liv. Ése había sido su apodo del instituto o, más exactamente, Liv la Gorda, pero su malestar no era como para hacérselo notar a su jefe y poner en peligro su ascenso.

Los demás empezaron a sentarse alrededor de la mesa ovalada de madera, y Steve señaló a Justin, que seguía de pie.

—Os presento a Justin Hawthorne, el último miembro de nuestro equipo. Se lo hemos robado a Hilliard. Liv, será tu fotógrafo para la sesión de bañadores. Justin Hawthorne, te presento a Olivia Lockhart.

Olivia abrió la boca para decir que ya se conocían, pero Justin la interrumpió.

—Me alegro de que nos conozcamos por fin oficialmente —dijo él, estrechándole la mano durante un breve segundo.

Olivia casi dio un respingo al sentir el contacto, pero inmediatamente sintió una cálida sensación en la piel. Con el pulso acelerado, se sentó y agradeció la taza de manzanilla que Meg le ofrecía.

Steve empezó la reunión solicitando, como de costumbre, nuevas ideas, aunque en realidad era la introducción que siempre utilizaba para exponer las suyas.

Afortunadamente, era un hombre de ideas creativas y originales, aunque le encantaba oírse hablar y escuchar los cumplidos de sus subordinados. Olivia había aprendido que la mejor forma de llevarse bien con él era asentir de vez en cuando y desconectar parcialmente

para no morir de aburrimiento.

Desafortunadamente, la parte de su mente que desconectó se dirigió inmediatamente a Justin Hawthorne, sentado a dos sillas de ella, a su sonrisa y al
roce de su mano al estrecharle la suya. Olivia trató de imaginar su risa.

Probablemente sería grave.

Suspiró. ¿Es que no aprendería nunca? Cuando un hombre en vaqueros tenía el aspecto de un auténtico pecado mortal, lo mejor era alejarse de él y no pensar en su trasero, ni en su boca, ni en el color de sus ojos, que eran verdes como el verde de las aguas tropicales de la Costa Esmeralda de Florida…

—… con Justin y Olivia.

Al oír su nombre, Olivia miró inmediatamente a su jefe.

—Podéis hablar sobre conceptos y exteriores durante el viaje de ida.

Oh, no. Iban a viajar juntos en el mismo coche y alojarse en el mismo hotel. En dos habitaciones separadas, se recordó, irritada ante la irracional alegría que sintió al pensar en estar tan cerca de él. Además, no estarían solos. También estarían las modelos y el resto del equipo.

—Liv, me ha gustado mucho tu idea preliminar para la maquetación. Asegúrate de que Justin y tú estáis en la misma onda para conseguir lo que necesitamos.

Olivia tenía maravillosas ideas para promocionar los bañadores. Claro que en ese momento no recordó ninguna. Una imagen del fotógrafo y ella abrazados sobre la arena de una romántica y paradisíaca playa solitaria ocupaba todo el espacio de su mente.

Acto seguido, Steve mencionó que había retrasado un día la fecha del viaje a Carolina del Sur, y ella se olvidó totalmente del fotógrafo.

—¿El jueves?

No terminaría a tiempo para tomar el avión del viernes que tenía que llevarla a la paradisíaca isla del sur del Pacífico.

—No me lo había mencionado nadie.

—Se acaba de decidir —explicó Steve con impaciencia—. Justin no puede ir antes.

—Pero yo me voy de vacaciones el viernes.

Steve se encogió de hombros y le sonrió.

—Tendrás que tomarlas en otro momento. Sé que puedes cambiarlas porque ya lo has hecho una vez, y porque sé que puedo contar contigo, Liv. Somos un equipo.

La velada amenaza no se le pasó por alto. Cuando el jefe podía contar con un empleado, la posibilidad de ascenso aumentaba. Los empleados que ofrecían menor flexibilidad acababan arrinconados en despachos pequeños y oscuros con aburridos encargos y apartados de todas las decisiones importantes de la empresa.

Cuando por fin la interminable reunión concluyó, Olivia volvió a su despacho.

Apenas había entrado por la puerta, cuando la voz de Justin a su espalda la sorprendió.

—¿Son siempre así?

—¿Largas y aburridas? Sí. Steve es… —Olivia se llevó mentalmente una mano a la boca.

Despotricar contra el jefe con Meg a la hora de comer era una cosa, pero hacerlo delante de un desconocido era una estupidez. Normalmente no cometía ese tipo de errores, pero hoy no era un día normal. Llevaba todo el día distraída, como en otro planeta.

El motivo de su distracción entró en su despacho y cerró la puerta tras él.

Después se acercó a su escritorio y apoyó casualmente la cadera en la esquina de la mesa. Olivia no pudo ignorar el olor masculino que impregnó el despacho.

—Quería disculparme por el retraso del viaje —dijo él—. Steve me ha asegurado que no había ningún problema. No lo habría pedido si no fuera importante, pero mi…

—Tranquilo, no pasa nada.

Si a ella se le reventaba el apéndice el miércoles, Steve insistiría en que fuera flexible y se arrastrara desde la cama del hospital hasta Carolina del Sur con el gotero a cuestas si era preciso.

—Si quieres te lo puedo compensar —sugirió él, con una seductora sonrisa—.

Te invito a comer, o a lo que quieras.

—¡No!

¿Ir a comer sola con Justin? Mala idea. No, pésima idea. Y mejor no pensar en lo de «o a lo que quieras».

—No es necesario —se apresuró Olivia a corregir el tono de voz al verlo parpadear con extrañeza—. No, gracias. Gracias por la invitación, pero tengo algunas restricciones. Sólo ensalada.

Cosa que desde luego él no era.

—Sé de muchos sitios donde sirven ensaladas de varios tipos —dijo él, entre divertido y burlón.

—Sí. Claro. Es un mal ejemplo. Es difícil de explicar, pero es que he dejado de…

—Olivia se interrumpió, gracias a Dios, antes de empezar una explicación detallada de su teoría sobre el pastelito de chocolate andante. Como él—. Es un rollo de régimen.

—¿No me digas que eres una de esas mujeres acomplejadas que sólo piensa en estar más delgada todavía? —dijo él, apartándose de la mesa.

Olivia sintió una oleada de indignación.

—Nos conocemos desde hace unas horas, señor Hawthorne, y no tiene ningún derecho a diagnosticar mis complejos o falta de ellos.

Él hizo una mueca de horror.

—Perdón. Sólo quería hacerte un cumplido.

—Pues me temo que te has equivocado —repuso ella, cruzándose de brazos.

Pero él dejó que su mirada se deslizara lentamente por el cuerpo femenino, marcando con los ojos cada curva.

—Lo que debería haber dicho es que no… necesitas… —no terminó la frase.

La evidente admiración reflejada en sus ojos era más que elocuente. Y muy a su pesar, Olivia sintió la inmediata reacción de su cuerpo, cada vez más cálido bajo los ojos masculinos.

Incluso si hubiera sido capaz de expresar algún tipo de indignación ante el descaro del fotógrafo, habría sido bastante hipócrita de alguien que acababa de tener eróticas fantasías sexuales en la sala de conferencias.

—Justin, yo…

—Me gusta mucho más que señor Hawthorne —dijo él—. Preferiría que fuéramos amigos.

¿Cuánto de amigos?, se dijo ella, mientras un torbellino de deseo se abría paso por su abdomen y se desplazaba en todas direcciones.

—Olivia.

Un golpe al otro lado de la puerta cerrada acompañó la voz de Jeanie.

—Pasa, Jeanie —dijo Olivia, parpadeando y tratando de volver a la realidad—.

Ya tengo esas pruebas listas.

La puerta se abrió y Jeanie entró.

—No quería interrumpir… —empezó, pero enseguida sonrió—. Hola, tú debes ser Justin.

Sonriendo a su vez, Justin estrechó la mano que Jeanie le ofrecía. El gesto irritó intensamente a Olivia. Hacía un momento el atractivo Adonis había utilizado la misma sonrisa con ella.

Furiosa, se recordó la resolución del día anterior sobre cambio de régimen, de hombres, claro, y se reprendió por llevar todo el día comiéndose a Justin con los ojos como si fuera un pastelito relleno de chocolate.

Se dijo que necesitaba poner cierta distancia entre ellos y fortalecer su resolución. Por ello, después de entregar a Jeanie el sobre que había ido a buscar, dijo:

—Por favor, deja la puerta abierta. Justin ya se iba.

Justin alzó una ceja, extrañado. Era la primera noticia que tenía, pero sin hacer ningún comentario fue hacia la puerta. Allí se detuvo un momento y se volvió a mirarla desde el umbral.

—Terminaremos nuestra conversación más tarde —dijo, guiñándole el ojo.

* * *

El martes, después de pasar la noche sola en su apartamento, sin su exnovio ni su excompañera de piso, Olivia llegó a la oficina con energías renovadas y se concentró en el trabajo.

Tres horas después, felicitándose por una mañana tan productiva, decidió hacer un descanso y acercarse a la sala de empleados a tomar una taza de té.

Al llegar, se encontró con que todos los presentes eran mujeres con una notable excepción, la de Justin Hawthorne, que era sin duda el centro de atención.

Vestido totalmente de negro, el fotógrafo estaba sentado en una silla azul, disfrutando de las atenciones del séquito de cinco mujeres que luchaban con mayor o menor grado de discreción por conseguir atraer su atención. Entre ellas estaba Kate, del departamento de Recursos Humanos; Diane, la secretaria personal de Steve; un par de empleadas de contabilidad e incluso la señora Phipps, que a sus sesenta y siete años no dejaba de mirarle con ojos de desear tener cuarenta años menos.

Moviendo cómicamente las cejas, Justin se inclinó hacia Diane y su provocador escote, e hizo un comentario en voz baja que provocó una carcajada en la despampanante secretaria. Olivia apretó los dientes. Irritada con él y con su propia irritación, se acercó a la estantería que había sobre el fregadero a buscar una taza.

—Buenos días.

La voz grave y cálida de Justin sonó casi en su oído y la sobresaltó.

—¡Justin! —exclamó, sujetando la taza con fuerza por temor a que se le cayera—. No te había visto.

—Eso parece —dijo él, arqueando una ceja rubia—. Pero no muy halagador — añadió.

¿Es que no tenía suficiente con la atención babeante de las otras cinco mujeres, incluida la preciosa secretaria pelirroja que ahora la miraba a ella con ojos asesinos?, pensó Olivia mientras llenaba la taza de agua.

Justin pasó a su lado hasta la cafetera, y miró sobre los hombros hacia la mesa.

—¿Quiere azúcar, señora Phipps?

—Dos sobres, por favor.

Mientras él removía el azúcar en la taza de café que acababa de servir, Olivia suspiró. Era más fácil mantener una opinión crítica y cínica de Justin cuando éste estaba disfrutando del escote de Diane que cuando estaba haciendo un favor a la anciana señora Phipps.

A Diane, sin embargo, no parecieron impresionarle las atenciones de Justin con la mujer y, con la cabeza muy erguida, se levantó y salió, no sin antes dirigir una mirada fulminante a Justin, que a éste pareció pasarle totalmente inadvertida.

Mientras las dos secretarías de contabilidad se ponían en pie y volvían al trabajo, Justin entregó la taza de café a la señora Phipps.

—Gracias —dijo ésta, con una sonrisa, levantándose y sujetando la taza con una mano—, pero tengo que volver a trabajar.

—Es una lástima —dijo Justin, dedicándole otra de sus devastadoras sonrisas.

Tras el éxodo de mujeres, en la mesa sólo quedaban Kate y Justin. Kate se acercó a Justin y se aclaró la garganta.

—Bien, sobre esa cena…

—Te llamaré después del viaje a Carolina del Sur —le dijo Justin —. Tú eliges el restaurante.

Aún no llevaba una semana en la empresa y ya había ligado. No era para sorprenderse demasiado, pensó Olivia. La única sorpresa era que fuera la joven Kate en lugar de la más experimentada y despampanante Diane. Tratando de ignorar su irritación, Olivia metió la taza en el microondas.

Kate salió del cuarto con el entusiasmo de una adolescente que acaba de encontrar pareja para el baile de graduación, y Olivia casi

sintió lástima de ella, a la vez que recordó sus años más jóvenes. Entonces ella también había llevado el corazón en la mano, pero la experiencia le había enseñado a protegerlo mucho mejor.

En lugar de irse con sus admiradoras, Justin se apoyó en la encimera mientras ella esperaba que pitara el microondas.

Procurando no ser demasiado descarado, Justin estudió a su hermosa compañera de trabajo. En la fría mirada de sus ojos grises no había ni rastro del atisbo de deseo que había visto en ellos el día anterior en su despacho.

—¿Qué tal lo llevas, Liv? —preguntó él, asumiendo que ése era su apodo, aunque para su gusto Olivia era un nombre mucho más lírico e iba mucho mejor con su personalidad.

—Bien —respondió ella, metiendo la bolsita de té in la taza—. Ocupada.

Por lo visto no era una mujer de muchas palabras.

Humedeciéndose los labios con la lengua, Olivia dio media vuelta y fue a echar a andar delante de él.

—Tengo que volver al trabajo.

La fragancia del suave perfume floral mezclada con el aroma del cuerpo femenino lo envolvió.

—Hueles maravillosamente.

Olivia se detuvo paralizada, con la columna rígida y una expresión dolida en el rostro. Él recordó su reacción del día anterior, y pensó que no le gustaban los cumplidos.

—Quería decirlo como un cumplido —dijo él.

—Sí. Lo sé.

—Creía que a las mujeres les gustaba que los hombres se fijen en detalles personales y lo digan.

—Algunas quizá —dijo ella, alzando los ojos helados hacia él—. Personalmente, he oído demasiados piropos con segundas intenciones.

—Espera un momento —dijo él—. Yo…

—Perdona —dijo ella, con un suspiro y relajando los hombros—. He respondido a tu amabilidad con una grosería. Lo siento.

Más a la defensiva que grosera, pensó él, y en los ojos femeninos vio una vulnerabilidad que parecía excesiva para un simple comentario sobre su perfume.

Justin se dijo que lo mejor era terminar la conversación y olvidarse por completo de ella. Después de las responsabilidades de los últimos

años, responsabilidades que terminaban al día siguiente por la noche, se había ganado el derecho a divertirse sin complicaciones.

Un hombre inteligente invitaría a salir a Diane, se dijo. La invitación de Kate lo había pillado por sorpresa y la aceptó para no herir sus sentimientos, pero la encantadora joven necesitaba un chico dulce y cariñoso de su edad, no un maduro de vuelta de muchas cosas como él. Justin buscaba simplemente relaciones pasajeras, divertidas y sin ataduras con mujeres adultas que sólo querían pasar un buen rato.

Miró a los dulces ojos grises de Olivia, y el deseo tensó su cuerpo. Era una lástima que probablemente a ella una oferta de diversión sin ataduras no le resultara tan atractiva.

—Quizá quien debe disculparse soy yo —dijo él—, por hacer comentarios demasiado personales en el trabajo.

—No, he estado muy desagradable. No… —empezó a disculparse —. He estado… Oh, no importa. A lo mejor eres un buen tipo.

—¿Sólo a lo mejor? —repitió él, burlón.

Olivia se echó a reír, y el ronco sonido de su risa afectó a Justin más visceralmente que el día anterior, porque esta vez lo había arrancado él de su garganta.

—Siento haber sido tan desagradable. Me alegro de que vayamos a trabajar juntos, Justin.

Y él también. Sobre todo si tenía la oportunidad de trabajar con esta Olivia, no la que había detrás de la máscara protectora.

Tres

El miércoles por la tarde, tras un agotador día de trabajo y después de rechazar la invitación de Jeanie a cenar con ella, su novio Albert y el hermano de este, Olivia salió de la oficina y recordó que tenía la nevera totalmente vacía. Decidió pasar por una de sus tiendas favoritas de comida preparada, no lejos de la oficina, y aparcó el coche en la acera de enfrente. Mientras esperaba en la intersección para cruzar al otro lado, echó una envidiosa mirada hacia el carísimo restaurante de cuatro tenedores que había en la esquina.

Dado que nunca había tenido nada importante que celebrar que justificara desembolsar el precio del cubierto, nunca había cenado allí. Ahora, inconscientemente se puso una mano sobre el estómago vacío y se imaginó las delicias que estarían disfrutando los clientes del restaurante. Sin poder evitarlo, miró hacia el interior.

Justin.

No podía ser. Sí, era él. Sin lugar a dudas. Era Justin Hawthorne sentado frente a una joven y atractiva mujer rubia que lucía un vestido negro de encaje con un impresionante escote.

La rubia estiró la mano por encima de la mesa y la posó sobre la de Justin.

Olivia sintió que le comían los demonios. ¡Había cancelado sus vacaciones por una cena romántica con una rubia! Ahora ella debería estar en Carolina del Sur, y a punto de irse de vacaciones el viernes, pero Justin lo había estropeado todo con su «emergencia».

El semáforo para peatones se puso en verde y Olivia cruzó la calle, furiosa. Si la cena fuera por ejemplo una cena de aniversario o una propuesta de matrimonio, ella lo entendería. Pero si la rubia era su esposa o una relación seria, ¿qué diantres hacía el *playboy* coqueteando con Diane y haciendo planes para cenar con Kate?

Con los puños apretados, Olivia empujó la puerta de la tienda de comidas preparadas y entró, pero ya no tenía hambre. ¿Por qué no podía aprender de una vez por todas a ser más prudente con hombres de sonrisas devastadoras?

Justin entró en el bar Hewitt's poco antes de medianoche y se sentó en una mesa. Aunque tenía que levantarse antes del amanecer para llevar a Andrea al aeropuerto, decidió llamar a su amigo Bryan Tanner para celebrar que estaba punto de recuperar su vida por fin después de ocho años. Al día siguiente, su hermana Andrea, de diecinueve años, tomaría un avión para ir a estudiar cocina a una de las escuelas gastronómicas más prestigiosas del continente europeo, y

él habría cumplido por fin con sus obligaciones y responsabilidades familiares.

Tras la muerte de sus padres en un accidente de barco cuando él tenía veintidós años, Justin tuvo que ocuparse de sus dos hermanas pequeñas. Entonces Andrea sólo

tenía doce años, y él se vio obligado a cambiar rotundamente de forma de vida para dar un buen ejemplo a sus hermanas y complementar las indemnizaciones que el seguro del barco y los seguros de vida de sus padres tuvieron que abonar a sus hermanas, entonces menores de edad. Justin las quería muchísimo a las dos, pero a lo largo de los años, siempre que la situación había sido especialmente difícil, había jurado una y otra vez que en cuanto las dos se independizaran y él tuviera la casa para él solo, recuperaría el tiempo perdido.

Y ese momento había llegado. Lisa estaba terminando sus estudios en Auburn y con un trabajo esperándole cuando se licenciara al año siguiente, y Andy iba a labrarse su futuro en Europa.

Una mujer con una bandeja de plástico en la mano se acercó.

—Hola, guapo. Normalmente no te vemos por aquí tan tarde.

Justin sonrió a la camarera rubia, Natalie, si no le fallaba la memoria.

—Hoy tengo algo que celebrar —dijo él, sin entrar en más detalles —. Tráeme una cerveza, por favor.

Unos minutos después, Natalie, volvía a su mesa con una espumosa jarra de cerveza en una bandeja.

—¿Y qué celebras tan solo? —preguntó la camarera, dejando la jarra de cerveza en la mesa.

La libertad de pasearse desnudo por casa si le apetecía, la libertad de no tener que ser un ejemplo para sus hermanas.

—Un trabajo nuevo —dijo él.

—Me alegro por ti —le felicitó la camarera. Y antes de alejarse, añadió—: Con tu cara y tu cuerpo, no creo que estés sólo mucho rato. Quién sabe, a lo mejor incluso conoces a alguien interesante en el nuevo trabajo.

La cara de Olivia Lockhart apareció ante los ojos de Justin como si acabara de entrar por la puerta, pero éste sacudió la cabeza para borrarla inmediatamente de su mente. Ni loco. No la imaginaba aceptando una invitación a tomar una copa con él.

Seguro que encontraría una excusa como que tenía que lavarse el pelo y después haría lo imposible por evitarlo en el trabajo.

—Hola, colega —dijo entonces su amigo Bryan Tanner a la vez que

se sentaba frente a él, no sin antes hacer un rápido gesto a Natalie.

Bryan lucía una camisa de cuadros informal y Justin se echó a reír.

—¿A qué viene esa pinta de leñador?

—Ríete todo lo que quieras, pero a las mujeres les encanta el estilo deportivo — dijo Bryan con una picara sonrisa.

Y a Justin no le cabía ninguna duda, porque a Bryan nunca le faltaba compañía femenina.

Natalie se acercó a la mesa con una botella de cerveza, de la marca que Bryan siempre tomaba, y la dejó delante del recién llegado.

—Gracias, preciosa. Dime que ya no sigues saliendo con tu novio.

—Me temo que sí —respondió Natalie con una sonrisa a su cliente favorito—. Y

más vale que no te oiga —añadió con una sonrisa y un guiño—. Sólo de pensar en tipos como tú se pone muy celoso.

Justin se echó a reír.

—Veo que tus tácticas con las mujeres siguen siendo infalibles — dijo.

—Vaya, quién fue a hablar —le reprochó Bryan cuando la camarera se alejó—.

El que liga menos que una farola fundida.

Una exageración, pero que tenía una parte de verdad.

—Eso se acabó. A partir de mañana, soy un hombre libre para aceptar invitaciones de todas las modelos de lencería de Sweet Nothings.

—Brindo por eso —dijo Bryan, alzando su cerveza.

A punto de cumplir los treinta años, Justin tenía planes para disfrutar al máximo de su soltería, algo que no había podido hacer con sus dos hermanas en casa. Ahora tenía tiempo para pensar en sí mismo sin preocuparse de nadie.

—Espero que me presentes a alguna —continuó Bryan.

—Ni lo sueñes —dijo Justin con una carcajada.

Sweet Nothings era su oportunidad para empezar desde cero. En Hilliard, su anterior empleo, siempre había sido el que no iba a trabajar porque tenía que llevar a Lisa al médico, o quien se presentaba en la fiesta de Navidad de la oficina con Andy porque su novio acababa de dejarla plantada un par de días antes de las vacaciones.

Pero ahora sólo era Justin Hawthorne, fotógrafo y soltero.

Bryan bebió un trago de su cerveza y se levantó.

—Venga, vamos a echar una partida de billar.

El jueves por la mañana a primera hora Jeanie estaba en el despacho de Olivia para ayudarle a comprobar que lo tenía todo preparado para el viaje. Al menos en teoría. Porque en la práctica la recepcionista no paraba de hablar de Justin, que unos minutos antes había asomado la cabeza para decirle a Olivia que estaba todo preparado.

—¿A que está buenísimo? —suspiró la recepcionista—. Para comérselo, vamos.

—¿Pero tú no estabas enamorada de Albert? —preguntó Olivia, con el ceño fruncido.

—Claro que sí, pero incluso yo sé reconocer que no es Justin.

Precisamente, pensó ella. Los Justins de este mundo eran hombres por los que todas las mujeres suspiraban al principio… y lloraban después. Los Alberts, por el

contrario, eran hombres responsables, que pagaban las facturas a tiempo y nunca engañaban a sus mujeres.

Cuando ella tuviera el ascenso en el bolsillo, se dijo Olivia, se buscaría un buen Albert, responsable y con la cabeza en su sitio.

Si podía quitarse de la suya la imagen de Justin en el restaurante con aquella rubia, claro.

La recepcionista cerró la cremallera de la funda de portátil.

—Creo que ya lo tienes todo listo, Liv.

Olivia se mordió la lengua. Jeanie no tenía la culpa de que la mitad de la oficina la llamara así.

—Tienes el móvil con la batería a tope —continuó Jeanie—, y aquí está toda la documentación que necesitas. Justin tiene las llaves del coche de la empresa, y uno de los chicos ha metido tu maleta en el maletero.

—Gracias, Jeanie —dijo Olivia, recogiendo su abrigo—. Que pases un buen fin de semana.

Olivia llegó al ascensor justo cuando las puertas se estaban cerrando, y aceleró el paso.

—Espere. Un momento, por favor. Detenga el ascensor.

Las puertas metalizadas volvieron abrirse, revelando la presencia de Justin Hawthorne, magnífico en su cazadora de aviador y unos pantalones chinos de color caqui.

—Hola —dijo él con una sonrisa—. Iba a buscar el mapa a mi coche y después subir a tomarte el pelo sobre lo que tardáis las mujeres en prepararos.

Olivia tensó la mandíbula. No había duda de que Justin se creía bastante gracioso.

Al ver su expresión, Justin le rozó el hombro con la mano.

—¿Te encuentras bien?

El algodón que separaba la mano masculina de su piel desnuda, en lugar de interrumpir, pareció intensificar más el contacto.

—Bien. Sí, gracias.

En el reducido espacio del ascensor, sintiendo el calor del cuerpo masculino tan cerca y respirando su olor, Olivia imaginó ardientes escenas de pasión entre planta y planta con él.

«Basta ya», se reprendió. «Aprende de tus errores».

El ascensor se detuvo por fin en el aparcamiento y las puertas se abrieron.

Olivia echó a andar hacia fuera con pasos firmes. Justin la siguió, alzando el llavero y abriendo el coche de la empresa con el mando a distancia.

Les esperaban muchas horas juntos, pero Olivia estaba segura de poder soportarlo. Hablaría con él sólo cuando fuera necesario y lo ignoraría el resto del tiempo.

Cuatro

Olivia prefirió no entrometerse en los preparativos de la sesión fotográfica, y, quitándose los zapatos, disfrutó de la sensación de la arena fresca y suave bajo los pies desnudos. Soplaba una agradable brisa, sobre todo junto al agua, y era un día precioso, relativamente cálido, aunque todavía un poco frío para los bañadores que iban a fotografiar. A poca distancia de allí, Justin medía la luz con un fotómetro.

Al margen de los sentimientos personales de Olivia hacia él, tenía que reconocer que el fotógrafo estaba haciendo un magnífico trabajo.

Aunque ninguna de las modelos era Frederique ni Tyra Banks, algunas empezaban a ser cada día más conocidas, y el personal del hotel estaba entusiasmado con el elegante y sofisticado despliegue en la playa privada del hotel.

Stormy y Felicia posaron en atrevidos bañadores mientras el resto del equipo utilizaba ropas más acorde con el tiempo todavía fresco de principios de primavera.

Resplandeciente en un bikini tanga de color rojo, Stormy era rubia y tenía los ojos del color violeta grisáceo propio de las nubes de tormenta, gracias al milagro moderno de las lentillas de colores. Felicia, castaña y con ojos verdes, lucía un bañador de una pieza con tantas tiras y cortes que enseñaba casi tanta piel como el bikini de su compañera.

«Las sirenas de antaño atraían a los hombres con sus cantos, pero con nuestros bañadores de diseño no necesitarás cantar ni una sola nota para atraer su atención».

Incapaz de olvidarse de su pasado de redactora, Olivia imaginaba escenas ficticias mientras Justin tomaba foto tras foto, primero con una cámara digital, y después con una tradicional. A lo largo de la sesión, Olivia no pudo evitar reparar en el descarado coqueteo de Felicia con el fotógrafo. ¿Y por qué no? Él había estado expresando abiertamente su admiración desde el primer momento.

«Puede coquetear con todas las modelos que quiera. Me da igual», se dijo Olivia.

Pero la indiferencia no solía quemarle en la garganta, y cuando Justin hizo un descanso para cargar las cámaras y las modelos se retiraron a cambiarse de bañador detrás de los biombos portátiles, Olivia se alejó unos metros y respiró profundamente, disfrutando del olor salado del mar y la arena, con esperanza de disipar la tensión que sentía cuando estaba cerca del fotógrafo, tan ducho en el arte de la seducción como en el de la fotografía.

Aunque Justin estaba mirando por el visor de la cámara, supo exactamente el momento en que Olivia se alejó unos metros del equipo. La presencia de la mujer lo afectaba mucho más de lo que hubiera deseado.

En el coche, el comportamiento de Olivia había sido excesivamente profesional, algo que al principio no le importó. Pero cuando llegaron al hotel y vio lo relajada y divertida que se comportaba con el resto del equipo, sintió celos.

Como cuando la vio riendo a carcajadas con Rick, uno de los maquilladores del equipo que no tenía ningún reparo en declarar a los cuatro vientos que había elegido su profesión para poder estar siempre rodeado de hermosas mujeres. Como Olivia.

Probablemente a causa del viento, hoy llevaba el pelo recogido en un moño que dejaba al descubierto la femenina curva del cuello y realzaba aún más las elegantes facciones de su rostro.

Justin no supo por qué, pero no pudo resistir el deseo de evitar que se alejara mucho de él.

—¿Cuánto más quieres que hagamos aquí?

En el coche habían hablado de tomar algunas fotos en la piscina cubierta del hotel.

Olivia volvió hacia él mientras los maquilladores retocaban a las modelos.

—Todo lo que podamos. Rick dice que mañana se acerca un frente frío, por lo que debemos aprovechar hoy aquí y dejar para mañana la sesión en la piscina cubierta del hotel.

Aunque no había nada abiertamente hostil en sus palabras ni en su expresión, Justin tuvo impresión de que Olivia lo miraba sin verlo. Consciente como era de que la mayoría de las mujeres lo consideraban un hombre atractivo, la actitud de Olivia lo frustraba inmensamente. A pesar de que había habido momentos en los que había visto admiración en los ojos femeninos al mirarlo.

Pero Stormy y Felicia se dirigían ya hacia el borde del agua donde se iban a realizar las únicas fotos en el agua de la sesión y Justin se concentró de nuevo en su trabajo.

—Preciosa —le dijo a Felicia, mientras ésta jugueteaba con las olas que rompían suavemente en la arena—. Los hombres perderán el sentido cuando te vean así.

—Más les vale —dijo ella con una seductora sonrisa, que no dejaba lugar a dudas sobre sus intenciones hacia él—. El agua está helada.

—No te preocupes —le prometió él—. Te calentaré en cuanto terminemos la sesión.

—Te lo recordaré —dijo Felicia, con los ojos verdes muy abiertos.

—¿Y yo qué? —quiso saber Stormy, echando la cabeza hacia atrás mientras Justin disparaba la cámara varias veces—. Yo también tengo frío.

—Ningún hombre podría olvidarte —respondió él—. Y no te preocupes. Tengo café y mantas de sobra para las dos.

Stormy se echó a reír. Sin querer quedarse atrás, Felicia aumentó el coqueteo con la cámara. Sí, Justin estaba obteniendo unas fotos maravillosas y pasó las siguientes dos horas totalmente absorto en su trabajo.

Sin embargo, en cuanto terminaron la sesión, la imagen de Olivia volvió a presentarse con fuerza ante él. Aunque ella estaba hablando con un miembro del equipo, su mirada acerada y cargada de reproches se clavó en él.

¿Y ahora qué?

Había estado coqueteando, cierto, pero no con ella, así que esta vez no podía reprochárselo. Si a Stormy y Felicia no les importaba, a ella desde luego tampoco debería. Los resultados, plasmados en las fotos, serían beneficiosos para toda la empresa.

—Hemos conseguido un trabajo magnífico —dijo Olivia al equipo que se había congregado a su alrededor—. Disfrutad del resto de la tarde y recordad que mañana empezamos pronto, así que no os retiréis muy tarde.

¿Se estaba volviendo paranoico, o lo había dicho por él?, pensó Justin.

Con pasos firmes, fue hacia ella.

—¿Puedo hablar contigo?

—Bueno, sí, claro. Pero ahora no. Estoy llena de arena y quiero darme una ducha. Después tenemos un *buffet* privado en uno de los comedores del hotel.

¿Hablamos allí?

Y antes de que pudiera responder, ella giró sobre sus talones y echó a andar hacia el hotel, dejándolo prácticamente con la boca abierta.

—Excelente sesión —dijo Felicia acercándose a él, envuelta en una enorme toalla—. Eres muy bueno.

—Gracias —dijo, haciendo un esfuerzo para reprimir la ira que sentía hacia Olivia—, pero mi trabajo es fácil cuando tengo modelos

como Stormy y como tú.

Ella inclinó la cabeza, en señal de coqueto agradecimiento.

—¿Tienes planes para después de cenar? —preguntó la modelo—. Estaba pensando en pasarme por la piscina cubierta. Tengo entendido que hay un *jacuzzi*.

Podríamos probarlo juntos —le invitó, con voz sugerente.

—Yo... —empezó Justin, pero inmediatamente se dijo que no podía permitir que su enfado con Olivia le impidiera disfrutar de una sesión de *jacuzzi* con una espectacular modelo de lencería. ¿Estaba tonto o qué? —Claro. El *jacuzzi* es una excelente idea.

Aunque no tan tentadora como debería.

Por culpa de Olivia.

En cuanto pudiera, le iba a decir unas cuantas verdades.

Enfundada en unos vaqueros y un jersey oscuro, Olivia salió del comedor donde el hotel había organizado un *buffet* privado para todo el equipo con movimientos casi furtivos. Sólo había bajado a picar algo, y una vez conseguido,

regresaba a su habitación, sin haber hablado prácticamente con nadie, y mucho menos con Justin. Ella no tenía la culpa de que estuviera tan ocupado hablando con Stormy y ni siquiera hubiera reparado en su presencia.

Entró en el ascensor, pulsó el botón de su planta y esperó. Ya sólo le quedaba un día para volver a Atlanta y terminar con horas interminables en la playa viendo y sintiendo la presencia del apuesto nuevo fotógrafo.

«No te parece apuesto», se recordó. «Te parece un borde».

Un borde muy apuesto.

Las puertas empezaron a cerrarse, pero una mano masculina seguida de un brazo con una camisa gris que Olivia reconoció al instante las detuvieron y obligaron abrirse de nuevo. Justin Hawthorne entró con expresión de pocos amigos.

—¿A qué piso vas? —preguntó ella, cruzando mentalmente los dedos para que entrara alguien más en el ascensor.

Pero la suerte no le acompañó.

—Subiré contigo —dijo él, en tono desafiante, cruzando los brazos al pecho—.

Tenemos una conversación pendiente, ¿te acuerdas?

—Me acuerdo de que mañana tenía que haberme ido de vacaciones —dijo ella, a pesar de que se había prometido no mencionar el tema.

—¿Vacaciones? ¿Por eso estás tan insoportable?

¿Cómo se atrevía? Olivia le clavó el dedo índice en el pecho, sin poder evitar notar la firmeza de los músculos y su calor.

—Siento que hayas confundido mi comportamiento maduro con ser insoportable, pero no a todos nos interesa ligar con todo el que se nos pone por delante.

—Vaya, estás celosa —exclamó él, con un destello divertido en los ojos.

—Di mejor aliviada. No me gustaría ser como Kate o la rubia del restaurante de anoche, la del minúsculo vestido negro, la que me obligó a cancelar mis vacaciones…

Justin le puso un dedo en los labios y Olivia dio un respingo, como si la estuviera marcando.

—Esa rubia es mi hermana Andrea. Va a estudiar a Europa y anoche era su último día en Estados Unidos. E intenté decírtelo en tu despacho el otro día, pero no me dejaste.

Olivia se sintió más cortada que si le hubieran sorprendido desnuda saliendo de la ducha. ¡Cómo había metido la pata! Hasta el fondo.

—¿Tu hermana?

Justin todavía no había apartado el dedo de sus labios, y mientras ella hablaba, lo rozó ligeramente con la lengua, saboreando su piel, cálida y un poco salada. Él retiró la mano bruscamente, pero no se apartó de ella.

Olivia tragó saliva.

—Te… te debo una disculpa —balbuceó.

Sin embargo, la disculpa no sirvió para aplacarlo. Estirando el brazo sobre su cabeza, Justin detuvo de repente el ascensor apretando la tecla de parada de emergencia.

—Vamos a aclarar las cosas de una vez —empezó él, con los dientes apretados—. Soy nuevo en la empresa y me gusta mi trabajo. Quiero trabajar a gusto y no me merezco tanta hostilidad.

—Lo siento, no sabía que tenías una hermana.

—Tu actitud conmigo es anterior a lo de mi hermana —le corrigió él, furioso—.

Desde que aparecí por la puerta no has dejado de censurarme.

Olivia dio un paso hacia atrás, tratando de protegerse de su ira.

—¿No irás a negarme que te has pasado el día coqueteando con las modelos, igual que hiciste ayer con Kate y Diane?

—¡Coqueteando sí, pero no montando orgías desenfrenadas! Soy

mayor de edad y soltero, y ellas también, y puedo disfrutar de mi tiempo como quiera — arguyó él en su defensa—. Quizá si tú disfrutaras un poco más del tuyo, estarías menos tensa y amargada.

—Si estás insinuando que necesito un hombre…

—No. Sólo digo que dejes de portarte como si fueras moralmente superior. No tengas miedo de reconocer que tienes necesidades humanas, como todo el mundo.

Necesidades que en el pasado sólo le habían causado dolor y quebraderos de cabeza.

—Claro que las tengo, pero también tengo autocontrol. Que es lo que me distingue de la gente como tú.

Justin se echó hacia atrás, sorprendido al principio, furioso después. Pero cuando habló, lo hizo en un susurro que era toda una caricia.

—Pongamos a prueba ese autocontrol, ¿quieres?

Cuando Olivia abrió la boca para responder, Justin dibujó la forma de sus labios con el dedo, y después lo metió dentro de su boca, con una lentitud sensual y provocadora, sin dejar de mirarla a los ojos.

Besarlo sería una terrible equivocación, pero la fuerte atracción que había ido creciendo en ella desde el primer momento que lo vio alcanzó nuevos niveles con la caricia y la cercanía de su cuerpo.

Justin se movió despacio, mirando los ojos grisáceos que reflejaban el mismo deseo que él sentía.

Entonces, las largas pestañas femeninas se cerraron lentamente, y él le tomó la boca con la suya, saboreándola ligeramente, sin prisas. Le recorrió los labios con la

punta de la lengua, y se exploraron el uno al otro lentamente, aprendiéndose mutuamente.

Los dedos femeninos se hundieron en su pelo, dándole un suave masaje, y Justin le sujetó la nuca con la mano y la atrajo hacia él. Olivia abrió la boca y sus lenguas se unieron en una fricción que provocaron en él una fuerte erección. Sin dejar de besarla, Justin la empujó con el cuerpo hasta la pared del ascensor.

Compartiendo su deseo, Olivia se movió inquieta, apoyando los hombros en la pared y apretando la zona inferior de su cuerpo contra la erección masculina. Justin bajó la mano hasta el muslo y lo apretó a través del vaquero, levantándole ligeramente la pierna. Olivia dobló la rodilla y apoyó el pie en la pantorrilla masculina, a la vez que alzaba las caderas para rodearlo con la otra pierna. Sus cuerpos estaban en

íntimo contacto, pero no era suficiente.

Justin metió los dedos bajo la tela del suéter, y acarició la piel sedosa a la vez que le ladeada la cabeza para besarla más intensamente. Al ver que ella respondía al beso con la misma intensidad, alzó las manos y le tomó los senos a través de la tela del sujetador. Al notar los pezones erectos bajo sus manos dejó escapar un gemido mezcla de placer y frustración.

Suavemente, sin apenas rozarla, le acarició los pezones endurecidos con los pulgares hasta arrancar un ahogado suspiro de la garganta femenina y la notó arquearse contra sus manos, queriendo más. El suspiro provocó un deseo aún más fuerte en él. ¿Cómo había podido creer que aquella mujer era fría y distante? Justin estaba seguro de que nunca podría volver a mirarla sin sentir el ardor que estaba sintiendo ahora.

Interrumpió el beso y le alzó el suéter. Depositando un reguero de besos entre sus senos, Justin metió los pulgares bajo la tira del sujetador y tiró de ella hacia abajo hasta dejar al descubierto el pezón, duro como una piedra. Lo acarició con la lengua, primero en círculos alrededor y después succionándolos suavemente. Sintió la presión de las manos de Olivia en los brazos, y notó cómo los hombros femeninos se echaban hacia atrás y el pecho se curvaba hacia arriba, hacia él.

A lo lejos, una canción de la que apenas había sido consciente calló y, en el momentáneo silencio que siguió, Justin creyó escuchar un ruido como de campanas mientras deslizaba la otra tira del sujetador por el otro brazo.

Una vez más notó que Olivia se tensaba.

—¡Justin! —exclamó ésta, tocándole el hombro—. ¡Justin, espera!

Las campanas volvieron a sonar de nuevo, esta vez seguidas de una voz masculina que salía por el interfono del ascensor.

—Escuchen, soy Artie, de mantenimiento. Creemos que su ascensor ha dejado de funcionar. ¿Se encuentran bien? Les hemos llamado por teléfono, pero…

Mascullando una maldición, Justin se apartó de Olivia y descolgó el teléfono rojo para asegurar al encargado de mantenimiento que estaba bien.

—Hay más gente esperando los ascensores, sabe —le reprendió el hombre.

Detrás de Justin, Olivia masculló algo, pero él apenas pudo entenderlo con los latidos del corazón todavía resonando por todo su cuerpo.

—Disculpe, estamos cargando el equipaje —improvisó Justin.

—¿Entre dos plantas? —preguntó Artie, con sarcasmo—. ¿Y ya han terminado de cargarlo? —añadió, en un tono que no dejaba dudas sobre la velada insinuación.

Justin miró a Olivia, que se había subido el sujetador y bajado el suéter, y evitaba mirarlo a los ojos. Pulsó otro botón, y el ascensor empezó a subir de nuevo.

—Hemos terminado —dijo al teléfono.

Aunque en el fondo Justin temió que sus problemas no hubieran hecho más que empezar.

Cinco

¿Qué demonios acababa de hacer?

Olivia cerró los ojos con fuerza mientras el ascensor empezaba a moverse de nuevo. Ella no era de esa clase de mujer. Si el bueno de Artie no los hubiera interrumpido, Justin le hubiera quitado el jersey en un par de minutos; si no se lo quitaba antes ella, claro.

Sintiéndose desagradablemente expuesta, Olivia cruzó los brazos sobre el pecho, pero tenía los senos tan sensibilizados que no quería sentir ni el roce del sujetador.

Consciente de que Justin la miraba, se aclaró la garganta y trató de recuperar la compostura.

—Bueno. Ha sido como la peor pesadilla de mi vida.

—¿No me digas? —dijo él con una sonrisa, restando importancia a la situación—. En la mía siempre me veo desnudo delante de un montón de gente.

¿Se estaba burlando de ella? ¿Acaso le divertía la situación? Quizá él estuviera acostumbrado a verse en situaciones similares, o quizá le resultaba divertido ver cómo ella había perdido el control.

—Es evidente que no te has equivocado —dijo ella, con sequedad, decidida a plantar cara al desastre.

—¿Qué? —dijo él, sin entender.

—Soy humana y cometo errores. Graves errores, a veces.

—No, escucha…

—Pero también sé aprender de mis equivocaciones, y esto no volverá a pasar.

Olivia no podía creer que hubiera pasado una vez. No era propio de ella. Se había dejado llevar por su curiosidad y su excitación, pero lo verdaderamente sorprendente era lo rápido que había perdido el control. Aunque el sexo le gustaba, nunca había llegado a perder la noción del tiempo y el lugar como ahora, y desde luego tampoco la capacidad de razonar y reaccionar.

Afortunadamente, el ascensor se detuvo y todo su cuerpo se tensó en preparación para el momento en que las puertas se abrieran. Sólo quería salir de allí.

Cuando fue a salir al pasillo, Justin intentó detenerla con la mano, pero el simple contacto de sus dedos a través de la manga fue suficiente para prender de nuevo la pasión de unos minutos antes.

—Déjame —dijo ella, zafándose de su brazo y alejándose de él.

—Olivia, yo…

Una puerta a la izquierda se abrió.

—¡Justin, por fin! —dijo una voz de mujer.

Con una minúscula bata blanca y expresión seductora en la cara, Felicia apareció en el umbral de la puerta.

—Estaba pensando en bajar a buscarte. ¿No sabes que no es de buena educación dejar a una chica esperando tanto rato?

Al ver a Olivia, la modelo suspiró.

—Pero supongo que tenías trabajo. Y eso siempre va antes que el placer, ¿verdad, Liv?

Sintiéndose terriblemente humillada, Olivia apenas logró asentir con la cabeza.

¿Justin la había besado y acariciado en el ascensor consciente de que estaba camino de una cita con la atractiva modelo? Aunque sabía que no debía volver la cabeza, Olivia lo hizo y vio a Justin que acababa de salir del ascensor y se quedaba paralizado en el pasillo, con la mirada en el suelo.

Olivia había creído que no se podía sentir peor, pero estaba equivocada. Lo único positivo era que Felicia no pareció percatarse de nada, y ella siguió caminando hacia su habitación casi sin ver por dónde iba. Cuando se vio dentro de su habitación, echó el cerrojo a la puerta y fue directamente a la cama, donde se sentó en una esquina.

Seguro que Felicia y Justin habían hecho lo mismo, ir directamente a la cama, aunque no precisamente para sentarse.

Dolida como estaba con Justin, tenía que reconocer que una mujer inteligente se hubiera dado cuenta de los planes del fotógrafo para aquella noche. Ella misma lo había visto flirtear con Felicia durante todo el día. Y también con Stormy. Seguro que en ese momento estaban los tres en pleno *menage á trois* en esa misma planta del hotel.

Le ardía la cara, pero el calor que sentía no era sólo de rabia y vergüenza.

Porque por mucho que detestara reconocerlo, nunca ningún hombre la había excitado tanto como Justin. ¿Qué habría sentido si hubieran ido más lejos, si él le…?

«Para el carro y aprende», se recordó con un suspiro de frustración. Además, Justin era un excelente fotógrafo y su trabajo era importante para el futuro de la compañía y para su propio futuro profesional. Dado que ninguno de los dos se iba a despedir, la mejor solución era olvidar el beso definitivamente.

Descolgó el teléfono y marcó un número, segura de que si no hablaba con alguien pronto podría volver a cometer otro error. Como tomarse todo el contenido del minibar y terminar con un terrible dolor de cabeza.

Meg respondió al segundo timbrazo.

—Hola, Meg, soy yo —dijo Olivia, dejándose caer sobre el edredón —. ¿Te llamo en un mal momento?

—Claro que no —respondió su amiga—. Acabas de salvarme de limpiar la cocina—. ¿Qué tal en la playa? —quiso saber Meg.

—Mejor que en el ascensor —respondió Olivia, lacónica.

—¿A qué te refieres? No te entiendo.

Por mucho que Olivia necesitara desahogarse, era duro reconocer lo que había hecho. Después de contarle que la noche anterior había visto a Justin con su hermana cenando en un restaurante, pasó a relatarle lo sucedido en el ascensor.

—¡¿Te ha besado?!

Meg dio tal grito al otro lado del teléfono que Olivia tuvo que apartarse el aparato de la oreja.

—Me temo que sí.

—¡Menuda suerte!

—Suerte no es la palabra que yo utilizaría.

—¡No me digas que un tío con ese cuerpazo no sabe besar! ¡Me partirías el corazón! —exclamó Meg, irónica—. Además, si os han tenido que llamar de mantenimiento creyendo que os habíais quedado encerrados, no creo que estuvieras por la labor de interrumpir la sesión.

Olivia hizo una mueca.

—Venga, eso, recuérdame mi propia estupidez. Como si no lo supiera.

—¿Qué dices? Creo que es una de las mejores decisiones que has tomado sobre un hombre en toda tu vida.

—Lo dudo. Aún no he llegado a la parte en la que aparece Felicia en bata y se lo mete en su habitación.

—Oh —Meg quedó unos segundos en silencio reflexionando sobre la nueva información—. ¿Así que no lo has hecho para olvidarte de Sean?

—¿Qué? ¡No! Ya te dije que de momento no quiero hombres en mi vida.

—Entonces ¿por qué te estabas besando con Justin en el ascensor?

—Una vez más, la explicación hay que buscarla en mi estupidez — dijo Olivia, que estaba haciendo un esfuerzo para no darse con la cabeza contra la pared—.

Tengo un pésimo gusto en hombres.

—Está mejorando, te lo aseguro —le consoló su amiga—. Oye, he hablado con Justin en la oficina, y creo que no se parece en nada a

Sean.

—No, desde luego que no. Sean cuando se acostaba con otras siempre procuraba hacerlo a escondidas —dijo Olivia, cínicamente.

—¿De verdad crees que se ha acostado con Felicia? —preguntó Meg, pensativa—. Justin claro, no Sean —se apresuró a aclarar.

Curiosamente, la idea de imaginar a la modelo con Sean era mucho menos dolorosa e inquietante que con Justin.

—No lo sé, Meg. Ese tío me desconcierta. El día que lo conocí pensé que era tan impresentable como el resto de los hombres, pero después me dije que quizá estuviera equivocada. Claro que cuando lo vi cenando con la rubia…

—¿Su hermana?

—Sí. Y después de la discusión de esta tarde…

—Y el beso —añadió Meg.

—Bueno, sí. Y ahora…

—Felicia.

—Todo junto. Aunque no sé por qué me afecta. Porque aunque fuera el hombre más maravilloso del mundo, nunca se me ocurriría liarme con un compañero de trabajo cuando estoy pendiente de un ascenso.

—En eso tienes razón, no es aconsejable mezclar trabajo con placer —dijo Meg, no muy convencida de que la recomendación fuera la más adecuada en el caso de su amiga—. Dime, ¿qué vas a hacer?

—Mañana le pediré a Rick que me lleve a Atlanta en su coche y no volveré a mencionar el beso.

Justin salió de la cola de la recepción del hotel para interceptar a Olivia.

—Tenemos que hablar.

La noche anterior había tenido mucho tiempo para pensar después de cambiar la sesión de *jacuzzi* con Felicia por una ducha de agua fría solo en su habitación. Y

había pensado qué era exactamente lo que le iba a decir la próxima vez que la viera.

Por la mañana, durante la sesión fotográfica junto a la piscina, Olivia había estado amable con él, alabando su trabajo y haciendo un evidente esfuerzo por sonreír y aparentar normalidad, pero cada vez que estaba cerca de él, Justin podía percibir su nerviosismo. Además, se dio cuenta de un extraño tic: cada vez que se acercaba a hablar con

él con una taza de té en la mano, subía y bajaba la bolsita de hierbas en el agua como si fuera un yoyó. Y al concluir los trabajos, desapareció sin dejar rastro.

Más tarde, al entrar en el vestíbulo del hotel desde el ascensor y sentir la mirada de Justin en ella, Olivia se movió con la velocidad y la elegancia de una nerviosa gacela y se dirigió en línea recta hacia Rick, que estaba varias personas por delante de Justin, esperando a entregar la llave de la habitación.

Y fue entonces cuando él la interceptó.

—Sobre el beso —continuó Justin en tono desafiante, sin darle la opción de olvidarlo.

Podía llamarlo error, pero no hacerlo desaparecer.

—¿Aquí?

El brillo apasionado en los ojos femeninos, incluso si era de ira, le hicieron desear besarla otra vez.

Y no sólo el brillo de sus ojos. También el calor de su aliento. Y su olor.

—¿Quieres que hablemos de eso aquí? —dijo ella señalando con gesto irritado a la media docena de personas de la empresa que se congregaban en el vestíbulo ultimando los preparativos para regresar a Atlanta—. ¿Seguro que no quieres esperar a un momento y en lugar más adecuado? ¿Una reunión de la junta, por ejemplo?

—Podríamos hablarlo en el coche —sugirió él.

Olivia se mordió el labio inferior.

—No veo por qué tenemos que hablar de eso.

Sus palabras confirmaron los temores de Justin. Olivia quería ignorar lo ocurrido, y eso lo inquietó mucho más de lo que hubiera deseado, pero se dijo que era necesario aclarar la situación para poder continuar trabajando juntos.

—Vuelve conmigo —le dijo él, sin alzar la voz—. Dame la oportunidad para disculparme.

Aunque no estaba seguro de querer disculparse por lo que habían compartido.

—¿Qué tal si acepto tus disculpas ahora y nos vemos en la oficina? —sugirió ella, mirando ansiosamente hacia Rick, que hablaba con una de las estilistas.

Justin lo vio pasar el brazo alrededor de la cintura de la mujer. También había visto al maquillador flirtear toda la mañana con Felicia junto a la piscina. ¿Por qué no iba Olivia a reprenderle su comportamiento?

—Necesito saber que podemos trabajar juntos después de esto.

—Podemos.

—El viaje a Atlanta lo demostrará.

Olivia alzó las cejas, casi en un gesto de reproche.

—No tengo que demostrarte nada.

—No, claro que no —se apresuró a decir él. Después de tantos años con sus hermanas, sabía cuándo llegaba el momento de adoptar una actitud conciliadora—.

No te estaba desafiando. Sólo quería evitar malentendidos en el futuro. Ya sabes, volver a poner las cosas en su sitio.

Al oír las palabras de Justin, el cuerpo de Olivia pareció moverse de forma instintiva hacia su sitio natural, él, y la imagen que apareció claramente ante sus ojos no pudo ser más erótica.

A Justin no le pasó por alto la reacción del cuerpo femenino. Hipnotizado, vio cómo Olivia abría desmesuradamente los ojos y separaba los labios humedeciéndolos con la lengua. Los recuerdos de la noche anterior cobraron vida en un instante, y Justin sintió ganas de mandar el trabajo al infierno y apretarla contra él en mitad del vestíbulo del hotel, delante de todo el mundo.

—¿Te preocupa que me sienta cohibida? ¿O cortada? —dijo ella, dando un paso hacia él, con expresión provocadora—. ¿Y tú, Justin? ¿No sentirás ninguna incomodidad?

Por lo visto Olivia había decidido no preocuparse por el resto de los miembros del equipo que había en el vestíbulo entre maletas y bolsas de viaje.

—Detestaría pensar que no dejé ninguna impresión —añadió, con expresión felina.

Olivia no lo tocó, pero deslizó una mirada tan provocadora por el cuerpo masculino que Justin se sintió endurecer.

Este habló en voz muy baja.

—Si quieres, puedo enseñarte cuánto me impresionaste, cuánto me estás impresionando ahora.

Parpadeando como si acabara de despertarse de un sueño, Olivia echó el cuerpo hacia atrás y puso un poco de distancia entre ellos aunque sin mover los pies.

—Perdona. Eso ha sido…

«De lo más excitante», pensó él.

—… impropio de mí. No sé qué me ha pasado.

Él sí. Era la misma necesidad que sintió él al verla dirigirse como una flecha hacia Rick. La necesidad de recordarle lo que había habido

entre ellos, la necesidad de reivindicar la profunda química que había entre los dos.

Quizá Olivia tuviera razón. Pasar varias horas encerrados en el mismo vehículo no era una buena idea.

Olivia suspiró.

—Está bien, como quieras. Volveré contigo —accedió por fin—. Creo que estar en tu compañía será la manera de no olvidarlo.

¿Olvidar qué?, pensó él. ¿Qué la química que habían compartido planeaba sobre ellos en todo momento como una bomba de relojería?

Justin dudo de que fuera eso lo que quería decir.

Yendo hacia la recepción, Olivia sacudió la cabeza.

—Parece que esta vez te has salido con la tuya.

En absoluto, pensó él, siguiendo con los ojos el sensual movimiento de sus caderas al alejarse. Si así fuera, la llevaría a una de las habitaciones del hotel y la mantendría allí hasta que los dos estuvieran tan saciados y agotados que no tuvieran ni fuerzas para llamar al servicio de habitaciones.

Si se hubiera salido con la suya.

Seis

Olivia se movió nerviosa en el asiento del pasajero, esperando que Justin no se diera cuenta de lo incómoda que estaba. No sabía si eran nervios o la tensión sexual que casi se podía cortar. Peor aún, tampoco sabía si estaba nerviosa por Justin o por su imperdonable conducta en el vestíbulo del hotel.

Sin embargo, la posibilidad de que el beso compartido en el ascensor lo hubiera dejado totalmente indiferente la había hecho perder los estribos y comportarse de forma totalmente impropia de ella.

Lo bueno era que ahora sabía que no se había acostado con Felicia. La modelo lo había ignorado durante toda la mañana y había preferido las atenciones de Rick, con quien había regresado a Atlanta.

—¿Te apetece un batido de helado? —dijo él, al ver el letrero de una cadena de heladerías en una de las áreas de servicio de la autopista.

Olivia se echó a reír ante la espontánea oferta.

—Y yo que pensaba que todo el mundo tomaba café menos yo.

—Me apetece algo frío —dijo él, apartando los ojos de la autopista durante unos segundos para mirarla, sin molestarse en ocultar el deseo que brillaba en su mirada— . Necesito bajar la temperatura —añadió.

«Glup».

—Yo tomaré un refresco *light* —dijo ella.

Unos minutos después Justin le entregaba una lata de refresco. Sus dedos se rozaron, pero el breve contacto la hizo contener el aliento. Había estado casi toda la noche despierta, recordando la sensación de los dedos masculinos en ella.

Justin dio un largo trago a su batido de fresa y después suspiró de satisfacción.

—No está mal.

Si obtenía tanto placer de algo que no estaba mal, Olivia no quiso ni imaginar cómo reaccionaría con algo que estuviera bien o perfecto.

—¿Seguro que no quieres? —le ofreció él.

Oh, claro que quería.

—No tomó helados.

—¿Nunca? —Justin la miró con expresión consternada—. ¿Tienes alergia a la lactosa?

Lo que tenía era alergia a ser «Liv la gorda».

—No, me gusta cuidar mi figura —repuso ella, casi con rebeldía, todavía molesta por la acusación de acomplejada del primer día.

Querer abrocharse los pantalones no era ninguna neurosis. Y ella estaba orgullosa de su fuerza de voluntad. Incluso si esa fuerza de voluntad había estado totalmente ausente la tarde anterior.

—Te propongo un trato —dijo Justin—. Tú tomate el helado, y yo cuidaré de tu figura.

—Tú cuídate del volante.

—Está bien —dijo él sonriendo, sin dejarse amedrentar por la dureza de sus palabras.

El cuerpo de Olivia ardió al recordar los labios masculinos acariciando sus senos y succionando sus pezones.

—No sabes lo que te pierdes —añadió él, unos minutos después.

—¿Por qué quieres sabotear mi autodisciplina?

—Querrás decir tu abnegación —dijo él—. Saltarse de vez en cuando las normas puede ser bueno para la salud. ¿De verdad que no quieres un sorbo?

—Si bebo un trago, ¿me dejarás en paz?

Él le dirigió una maliciosa sonrisa.

—No prometo nada.

A Olivia no le sorprendió.

—Dame el maldito batido.

El dulce sabor de las fresas se fundieron en su boca como copos de nieve con sabor a verano, y Olivia se estremeció. ¿Cuándo fue la última vez que se había permitido el lujo de tomar algo tan sabroso?

«Ayer en el ascensor», respondió una vocecita en su interior.

—Está bueno, ¿verdad? —preguntó él.

—Mmm. Hace años que no me tomaba uno —reconoció ella.

—¿Por qué no?

—Por…

En realidad Olivia no quería hablar de los problemas de sobrepeso que tanto la habían acomplejado en su adolescencia y optó por cambiar de conversación.

—… nada en particular —dijo con un encogimiento de hombros—. Háblame de tu hermana.

La mirada de Justin dejaba claro que se había dado cuenta de su estrategia, pero le siguió el juego.

—¿De cuál de ellas? Tengo dos. Lisa, que está en Auburn, y Andrea, a quien viste la otra noche. Por lo visto.

Olivia se sonrojó.

—Siento muchísimo haber sacado conclusiones precipitadas —balbuceó ella.

—No te preocupes —dijo él, con picardía—. Se me pasó enseguida. Es difícil estar molesto contigo cuando…

—Es que acabo de salir de una mala relación —le interrumpió ella bruscamente, desesperada por acallar lo que él había estado a punto de decir—. Últimamente he estado muy cínica, pero no tenía que haberme desahogado contigo.

Justin permaneció en silencio unos momentos.

—¿Sabes qué recomiendan algunos? Una relación de transición, alguien que puedas usar temporalmente para olvidar. Si estás buscando un hombre a quien explotar sexualmente…

—No —respondió ella.

Aunque era difícil contener la sonrisa. Justin era precisamente el tipo de seductor nato a quien no debía acercarse ni en pintura, pero era imposible no disfrutar de su compañía.

—Vas a seguir con lo mismo, ¿verdad? —dijo mirándolo.

—¿El qué? —preguntó él—. ¿Sugiriendo soluciones útiles?

Olivia le dirigió una mirada poco entusiasta, y bebió otro sorbo de batido.

—¿Piensas devolverme eso?

—Depende de lo mucho que me irrites —respondió ella.

Él soltó una risita, pero de repente su voz se volvió seria.

—Siento lo de la ruptura. Si quieres hablar, tenemos mucho rato de viaje, y te aseguro que tengo mucha práctica.

Olivia estuvo a punto de rechazar la oferta, pero parecía bastante sincera, y dada la frialdad con que lo había tratado desde su llegada a Sweet Nothings, se dijo que quizá le debía una breve explicación.

—Salí unos meses con un hombre —empezó ella—. Y pensaba que la cosa iba en serio hasta que un día me cancelaron una reunión, volví a casa antes y me lo encontré bailando el mambo en la cama con mi compañera de piso.

—No lo dices en serio —dijo él con tanta incredulidad que casi resultaba gracioso.

Cualquiera diría que él nunca había sido infiel a nadie.

—Si no fuera en serio, habría empezado diciendo: «Había una vez un político que…»

El intento por parte de Olivia de quitar seriedad al tema no afectó la reacción de Justin.

—No lo entiendo. Dejando a un lado que es un imbécil, tú satisfaces de sobra a un hombre en la cama.

Una oleada de calor líquido recorrió el cuerpo femenino, y Olivia sintió el ardor también en las mejillas.

—Eso no lo sabes. A lo mejor soy un muermo —dijo ella.

¿Qué le pasaba? ¿Estaba perdiendo el juicio? ¿Por qué no se había limitado a agradecer el cumplido, o mejor aún, a ignorarlo por completo?

—¿Un muermo tú, con lo apasionada que eres? —respondió él, con total convencimiento—. Imposible. Aunque intentes ocultarlo con ropa que te cubre de la cabeza a los pies, o te niegues a dejarte seducir por el placer de un helado, yo sé…

—No, no sabes nada —le interrumpió ella—. Sólo fue un beso, eso no te hace más perspicaz.

—No fue «sólo» nada, cielo —dijo él, volviendo la cabeza hacia ella—. Intenta verlo desde mi punto de vista, si no me crees. No irás a decirme que no te diste cuenta de cómo me afectaste.

Llamas de deseo le lamieron el cuerpo al imaginar a Justin bajándole las tiras del sujetador, besando su piel desnuda, tendiéndola sobre el colchón y cubriéndola con su cuerpo.

Olivia quería decirle que eso no le importaba, pero sabía que si abría la boca las únicas palabras que saldrían de ella serían un gemido y una súplica para que le hiciera el amor allí mismo.

Aunque al menos ahora sabía que a él el momento en el ascensor le había afectado tanto como a ella. Miró a Justin y vio que éste sujetaba el volante con tanta fuerza que parecía a punto de arrancarlo de cuajo.

—Agradezco tu voto de confianza —dijo por fin, tratando de llevar la conversación a un terreno menos volátil—. Pero no importa. Ni siquiera lo echo de menos.

Tras un breve silencio, Justin dijo:

—Sé que suena a tópico, pero no te merecía.

La sinceridad en el tono de voz tuvo un efecto agridulce. Olivia no necesitaba más razones para apreciar a Justin.

—Tienes razón, es un tópico —sonrió ella.

—Pero por eso se convierten en tópicos, porque son verdad. Estoy seguro de que hay alguien mejor por ahí, buscándote.

Por ahí, había especificado él, no en el coche. No era él.

—Pues tendrá que esperar a que consiga mi ascenso —dijo ella, en tono más desenfadado—. Si consigo esta promoción, la próxima vez tendré mucho más cuidado y buscaré un hombre responsable con quien sentar la cabeza.

—Parece una buena idea. Si es lo que quieres, claro —dijo él, no muy convencido.

—A juzgar por ese encogimiento mental de hombros —comentó ella—, supongo que eso no es lo que quieres tú.

Él hizo una mueca.

—Me apetece más divertirme que salir con alguien a quien tengo que llamar si voy a llegar tarde.

Puesto que no le estaba diciendo nada que ella no imaginara, Olivia no entendió por qué sintió una decepción tan profunda. Sabía perfectamente qué tipo de hombre necesitaba. Un Albert, un hombre atento y responsable, no alguien que detuviera impulsivamente el ascensor y la dejara medio desnuda entre dos pisos; ni alguien que se pasara el día tonteando con modelos y secretarias y que la dejara continuamente con la duda de si el tonteo se convertía en una infidelidad real.

No, no necesitaba a nadie así.

—¿Y? —quiso saber Meg al otro lado del teléfono.

—¿Y qué? —preguntó Olivia con indiferencia, de pie en la cocina, mientras pensaba qué comida baja en calorías iba a calentarse en el microondas para cenar.

—No te hagas la tonta conmigo —le reprendió su amiga—. Quiero que me cuentes con todo lujo de detalles todo lo que ha pasado durante el viaje. No me obligues a ir a tu casa y sacártelo con sacacorchos. Venga, ¿qué tal estás?

—Cada minuto más gorda —dijo ella—. Te gustará saber que me he tomado un batido de helado, y que ahora estoy pensando en pedir una *pizza*.

Desde el otro lado de la línea telefónica llegó un gritito.

—¿Primero helado y ahora *pizza*? ¿Lo dices en serio?

—Creo que sí. ¿Dónde vas a cenar? Tendré menos remordimientos si me como una *pizza* acompañada.

Por no mencionar que la distracción evitaría que pasara toda la noche pensando en Justin.

Una hora más tarde, Meg se limpiaba los restos de *pizza* de los dedos con una servilleta, sentaba en una de las sillas de bambú de la cocina de Olivia. Esta, por su parte, empezaba a sentir remordimientos por su falta de voluntad.

—Meg, ¿puedo preguntarte una cosa?

—Adelante —dijo Meg, sirviéndose un vaso de agua.

—¿Qué fue lo que vi en Sean? Es cierto que nos llevábamos bien, y él era divertido y tal, pero ¿tanto como para justificar seis meses de mi vida?

Meg bajó la cabeza, tomando un momento para ordenar sus pensamientos.

Puesto que Meg era una mujer de respuestas rápidas, la tardanza enervó ligeramente a Olivia.

—¿Supongo que te refieres aparte de lo bueno que estaba? Porque ésa sería la respuesta más obvia.

Era cierto, Sean era un hombre muy guapo, pero Olivia no recordaba ni una sola vez cuándo su presencia provocara en ella el temblor interno que sentía cada vez que veía a Justin.

—Sí, aparte de eso.

Meg sacudió la cabeza y habló despacio.

—Creo que te atraen los hombres como Sean porque…

—¿Por qué sigo queriendo demostrar que ya no soy la chica gorda y fea que era en el instituto? —terminó Olivia por ella, sentándose en la encimera.

—No, tú no eres tan superficial —le aseguró su amiga—. Ni estás tan necesitaba. Iba a decir que eliges a rompecorazones como Sean porque a la larga te resulta mucho más fácil. La mayoría de las veces, si las cosas no salen bien, tampoco sufres.

—¿Crees que no me enfureció encontrarlo en la cama con otra mujer?

—Enfurecerte sí, claro, y fastidiarte también. Pero, en el fondo, lo que más te molestó fue quedarte tú sola con todo el alquiler. No creo que te doliera tanto separarte de él. Casi al revés. Me atrevería a decir que fue casi un alivio.

Mordiéndose el labio inferior, Olivia asintió.

—Sí, creo que tienes razón. Echo mucho más de menos a Candance que a Sean.

La cocina y el salón era en realidad un único y espacioso rectángulo dividido en dos cuadrados, uno con suelo de moqueta y el otro de linóleo. Meg fue a la «otra»

habitación, mirando con nostalgia hacia el lugar donde, hasta hacía unas semanas, había estado el sofá de Candance.

—Puedes sentarte en el sillón —le ofreció Olivia—. Yo pasearé para desfogar mi frustración sexual.

Meg se echó a reír, pero enseguida se puso seria de nuevo.

—Después de salir con un tipo como Sean no me extraña que Justin te tenga en ese estado. No sólo está como un pan. También es cariñoso y divertido. Es un hombre por quien es fácil perder el corazón y la cabeza.

Oh, no. De eso nada. Olivia había aprendido la lección. De hecho, la había aprobado con matrícula de honor.

—¿Cariñoso? Meg, lo conoces desde hace una semana.

—Eh, en la empresa tú te ocupas de la maquetación del catálogo. Yo trato con gente. Sé lo que digo. ¿Has visto lo bien que trata a la señora Phipps? Y el miércoles, Judy, de Contabilidad, trajo a su hija pequeña porque no tenía con quién dejarla.

Tenías que haberlo visto. Todo un padrazo.

—Bueno, tiene dos hermanas —murmuró Olivia, tratando de no recordar el sincero interés que había demostrado Justin por su ruptura sentimental.

Y aunque bromeó con ella durante todo el trayecto de regreso a Atlanta, en ningún momento intentó hacer nada inapropiado.

Cuando la dejó en su coche en el aparcamiento desierto de la empresa, se limitó a abrirle la puerta de su coche y despedirse, sin intentar besarla ni nada.

Sin embargo, le había dejado muy claro que no quería compromisos ni ataduras sentimentales.

—Lo siento, Meg, pero esta vez estás equivocada. Entre Justin y yo no hay absolutamente nada.

Su amiga abrió la boca para recordarle el beso en el ascensor, pero Olivia la interrumpió:

—Vale, de ahora en adelante, entre Justin y yo no habrá absolutamente nada.

Meg apretó los labios.

—Eso tendremos que verlo.

Siete

Justin iba hacia el despacho de Steve el lunes por la mañana cuando la voz de Diana lo detuvo.

—¿Dónde vas con tanta prisa? —dijo la atractiva pelirroja, con su voz sensual y seductora.

Justin tenía una cita con su nuevo jefe para enseñarle las fotografías de la playa, pero se detuvo un momento. Estaba resuelto a recuperar el control de su nueva vida, una vida que giraba en torno a divertirse y salir con mujeres guapas, una vida que se había ganado.

El fin de semana había salido con algunos amigos de Hilliard, y aunque fue agradable volver a casa sin tener que preocuparse del reloj, su vida social todavía necesitaba el toque femenino de una mujer guapa. Desafortunadamente, había pasado demasiadas horas pensando en acariciar de nuevo el cuerpo de Olivia Lockhart. En un mundo perfecto, los dos podrían vivir un apasionado romance que lo vacunara contra ella para siempre y después separarse amistosamente. Pero ella le había dejado bien claro que buscaba una relación estable, y él había tenido toda la estabilidad que deseaba en los últimos años. Ya era hora de disfrutar un poco de la vida, siguiendo el ejemplo de su amigo Bryan.

Justin sonrió a Diana, que volvía a su mesa con varios sobres en la mano.

—Buenos días. Espero que hayas tenido un buen fin de semana.

—No ha estado mal —respondió ella, dejando que sus ojos se deslizarán lentamente por el cuerpo masculino y expresarán todo el placer que sentían—. Podía haber estado mejor —añadió, pasando a su lado y rozándolo ligeramente con el cuerpo, a la vez que lo miraba con una sonrisa insinuante.

Diana dejó los sobres encima de la mesa y se sentó.

—Está reunido —dijo, refiriéndose a su jefe—, pero no tardará. Puedes hacerme compañía.

Justin se sentó en el sofá de piel negra que había frente a la mesa de Diana.

—¿Cuánto hace que trabajas aquí? —preguntó él.

—Lo suficiente para tener un buen descuento en toda mi ropa interior. Tengo toda una colección —dijo ella, con una descarada sonrisa que no ocultaba en absoluto sus intenciones.

A Justin le gustaban las mujeres con iniciativa, y Diana desde luego era espectacular. Sin embargo, con ella le ocurría como con algunas exposiciones de arte.

A pesar de ser capaz de apreciar el valor estético de la obra, sabía que en realidad no eran de su gusto.

—Claro que en mi opinión lo mejor de la ropa interior es el momento de quitársela, ¿no crees? —continuó ella.

—Ejem.

Justin alzó la cabeza hacia la puerta abierta del despacho. Al fondo podía ver a Steve hablando por teléfono, pero apoyada en el quicio de la puerta y con el ceño fruncido estaba Olivia. Mirándolo. Hasta que él la miró y ella desvió la mirada.

Él le sonrió, preguntándose cómo podía sentirse tan atraído por una mujer con cara de tan pocos amigos como ella en aquel momento.

—Buenos días, Olivia.

—Buenos días —dijo ella, mirándolo apenas un segundo.

—¡Liv, espera!

A su espalda, Steve colgó el teléfono y corrió hacia ella.

—Tienes que hablar con Meg para que confirme las modelos de la sesión, pero ¿por qué no te quedas unos minutos y echas un vistazo a las fotos preliminares de Justin? Así nos ahorramos otra reunión tú y yo más tarde.

Olivia frunció el ceño, pero la idea de evitar otra reunión con Steve la hizo aceptar la invitación con una sonrisa.

—Diana, tráenos tres cafés, por favor.

La recepcionista se levantó.

—Enseguida.

—Olivia no toma café.

Tres cabezas se volvieron con expresión de sorpresa en dirección a Justin.

Entonces, Olivia sonrió con sincero placer. ¿Era consciente de lo hermosa que estaba cuando sonreía?, pensó Justin. ¿Se daba cuenta de lo mucho que un sencillo movimiento de sus labios le afectaba?

Justin casi gimió en voz alta. Si seguía pensando en su boca, sería incapaz de concentrarse en la presentación.

—¿No tomas café? —preguntó Steve.

—No, gracias —dijo ella, sacudiendo la cabeza.

—¿Te apetece otra cosa?

—No, estoy bien, gracias.

Bien era quedarse muy corto, pensó Justin mientras la seguía al interior del despacho de Steve.

Los muebles de caoba, los sillones de piel y los revestimientos de madera oscura de las paredes daban una idea muy masculina de su ocupante. Sin embargo, en lugar de botellas de *whisky* de doce años y trofeos de caza, las paredes estaban decoradas con portadas y fotos

enmarcadas de sonrientes modelos en ropa interior.

En definitiva, una curiosa mezcla de Ernest Hemingway y Hugh Hefner.

—Bien, Liv, éste ha sido tu primer trabajo supervisando una sesión fotográfica —dijo Steve, sentándose en su sillón e indicándoles las dos sillas al otro lado de su

escritorio—, y el tuyo, Justin, como fotógrafo. ¿Qué tal ha ido todo? Como la seda, supongo.

Como la seda de un puercoespín, pensó Justin.

—Dejaré que las fotos hablen por sí solas —dijo, evasivo.

—Hablas como un verdadero fotógrafo. Liv, ¿algo que añadir?

Olivia miró Justin y por un momento éste pensó que la mujer le huiría la mirada nerviosamente como había hecho unos minutos antes. Pero se equivocó.

—Digamos que, a ratos, Justin ha sido una sorpresa, pero evidentemente tiene mucha experiencia. Y a pesar de no poder olvidar el presupuesto y las condiciones climatológicas, me alegra poder decir que no aceleró el ritmo de trabajo ni tampoco trabajó con desinterés.

Qué amable, pensó él para sus adentros.

—Me gusta hacer las cosas bien y me gusta trabajar en equipo. Si en algo no has quedado suficientemente satisfecha, puedes pasarte por mi estudio y exploraremos distintos enfoques —dijo él, en un tono que no dejaba duda sobre el doble sentido de sus palabras.

Las mejillas femeninas se ruborizaron.

—Estoy segura de que no será necesario.

—Suena prometedor —dijo Steve, insertando el CD en el ordenador.

Diane entró con los cafés y los dejó en una mesa, mientras Steve giró la pantalla del ordenador y fue pasando las fotos pulsando el ratón. Al llegar a una miniatura de Stormy enfundada en un bikini azul paseando por la playa con el cuerpo ligeramente inclinado hacia el agua, la amplió.

Justin estaba especialmente orgulloso de aquella fotografía, del sentido del movimiento y la expresión que había logrado captar. Stormy no sonreía, pero tampoco había adoptado la expresión seria y seductora típica de las modelos. Al contrario, sus ojos brillaban con naturalidad, cargados de picardía, con una expresión que hacía volver la cabeza a los hombres, y a la vez despertaba el interés de las mujeres, que se sentían identificadas con ella.

Era una foto con un importante valor comercial que no pasó desapercibido a ninguno de los presentes en la reunión.

Justin desvió la mirada ligeramente hacia Olivia, que estaba estudiando la imagen. No por primera vez, pensó cuánto le gustaría fotografiarla. ¿Sería capaz de captar en una instantánea lo que veía en ella, a pesar del estilo tradicional de vestir y lo irritable que resultaba en ocasiones?

—Esta imagen es perfecta —dijo ella, alzando los ojos y mirándolo, un poco sorprendida al encontrarlo con los ojos clavados en ella intensamente—. Sabes sacar lo mejor de las modelos.

—Gracias.

Él también se había divertido, aunque en ningún momento se había sentido tan bien como cuando la besó a ella en el ascensor.

—Me alegro de oír eso —dijo Steve—. Me temo que Fred no llegará a tiempo para la sesión en el hotel del martes que viene. Justin, me gustaría que te ocuparas tú.

Es una sesión importante, en un hotel aquí en Atlanta. Olivia conoce el lugar y ya ha estado preparando ideas, así que quiero que trabajéis juntos también en esto.

Olivia parpadeó primero y después sonrió, el tipo de sonrisa que quedaba tan artificial en las fotos.

—Bien. Podemos hablar de los detalles más tarde, pero ahora tengo que hablar con Meg para confirmar las modelos. Tenemos a Verónica para el catálogo de junio, aunque Stormy aún no lo ha confirmado. Y también quiero a Tony.

Poniéndose en pie, Olivia dirigió una mirada hacia el área donde estaba Justin, aunque evitando sus ojos.

—Supongo que te veré el martes que viene. O bueno, antes, seguramente, para hablar de… la sesión.

—Perfecto —dijo Justin con una sonrisa.

Olivia era una monada cuando se ruborizaba, pensó él. Para comérsela.

A las cuatro y media de la tarde del miércoles, Olivia se detuvo a las puertas del estudio fotográfico del sótano, respiró hondo y se apretó la carpeta de bocetos que llevaba contra el pecho a modo de escudo. Tenía que hablar con Justin sobre el catálogo del Día del Padre y ya no podía retrasarlo más.

Armándose de valor, alzó la barbilla y entró en el estudio.

—¿Hola?

—Dame un segundo. Casi he terminado —dijo la voz de Justin

mientras continuaba disparando fotos.

El estudio era una amplia sala diáfana dividida en distintas áreas de utilización.

Además de la pequeña oficina que utilizaba Fred, había una mesa alargada pegada a la pared con todo tipo de equipamiento.

Justin estaba sólo fotografiando algunas prendas de ropa que había diseminado sobre un fondo claro y que servían para ilustrar los distintos colores o variaciones de un mismo modelo.

Olivia se detuvo junto al escritorio de Fred, a cierta distancia de Justin.

—Si estás ocupado puedo volver en otro momento.

Justin se volvió hacia ella por encima del hombro y sonrió.

—¿Ya quieres salir corriendo?

Olivia detestaba la facilidad con que podía leerle el pensamiento.

—No —respondió—. Sólo estaba pensando en tu trabajo.

—Casi he terminado. Aunque sólo estoy haciendo una prueba de filtros para ver si quedan bien los colores. Siéntate —la invitó, señalando la única silla que había.

Junto a la pared opuesta del estudio, había una *chaise longue* que se había utilizado para un anuncio. ¿No sería el lugar perfecto para los dos?

—Prefiero quedarme de pie.

—Siento las limitaciones. Tengo entendido que van a traerme algunos muebles, pero no sé cuándo —dijo él, acercándose a ella y apoyando la cadera en la esquina del escritorio de Fred.

Aunque se habían visto varias veces durante la semana, e incluso se habían sentado uno frente a otro en una reunión, aquélla era la primera vez que Olivia lo tenía tan cerca. Quiso alejarse, pero seguro que él se daría cuenta. Y siendo él, probablemente incluso haría algún comentario.

—¿Qué puedo hacer por ti, Liv?

Olivia puso una cara de asco propia de un niño a quien obligan a comer un plato de coles de Bruselas.

—Para empezar, no me llames así.

—Oh, claro. No nos conocemos lo suficiente como para llamarnos por nuestros diminutivos —comentó él, con ironía.

Olivia soltó una carcajada que lo sorprendió.

—No es eso —le aseguró—. No soporto que me llamen «Liv». No sé cuántas veces se lo he repetido a Steve, pero al final así es cómo me llama todo el mundo.

La explicación y la sonrisa que la acompañó aplacaron inmediatamente la fría irritación de Justin.

—De acuerdo. Y por si sirve de algo, «Liv» no te va. Olivia tiene más… ritmo.

—¿Ritmo?

¿Se daba cuenta de que se había inclinado ligeramente hacia él? Justin sí que lo advirtió, consciente de cada milímetro que los separaba, pensando en lo fácil que sería enterrar las manos en la sedosa cascada de su pelo y aspirar su fragancia, tenderla sobre la mesa y terminar lo que habían empezado en el ascensor del hotel de Carolina del Sur unos días antes.

—Sensual, lírico —dijo él, estirando el brazo y acariciándole la mejilla con el dorso de la mano.

Olivia tragó saliva, abriendo desmesuradamente los ojos. Después sonrió.

—Oh, sí, ésa soy yo, seguro. Lírica.

Justin se echó a reír.

—Vale, entonces sólo sensual. Sabes que eres una mujer muy bella, ¿verdad?

—¿Y tú quién eres? —respondió ella, frunciendo el ceño—. ¿Mi terapeuta particular?

—Para nada.

—Puede que tus instintos fraternales estén un poco…

—Olivia, nada de lo que siento por ti es fraternal —interrumpió él con voz pastosa—. ¿O no te quedó claro en el ascensor?

Olivia tragó saliva a la vez que se ruborizaba intensamente.

—Vale. Pero eso fue sólo un error, una aberración.

Justin no estaba en absoluto de acuerdo.

—La atracción que hay entre nosotros no es una casualidad. Está ahí todo el tiempo.

Como ahora.

Justin no se movió hacia ella, pero no era necesario. El deseo mutuo era tan palpable que casi se podía ver como ondas de calor ascendiendo desde el asfalto en verano.

Olivia no lo negó, pero tampoco parecía muy feliz por ello.

—Desear algo no significa que sea bueno para ti.

El silencio entre ellos se alargó significativamente, hasta que fue bruscamente interrumpido por el timbre del teléfono. Sin dejar de mirarla, Justin estiró la mano y contestó.

—Justin Hawthorne… Oh, hola, Kate.

Maldita sea.

Había quedado con Kate para cenar. ¿Cómo se le había podido olvidar? Ante la insistencia de la joven y sin querer herir sus sentimientos, Justin pensó que una cena informal entre compañeros de trabajo era un buen término medio entre rechazar la invitación y una cena romántica en toda regla.

—Claro. Estaré listo —le dijo al teléfono—. Ya estaba terminando.

Olivia estaba totalmente tensa. Justin recordó cómo le había acusado de flirtear con las modelos y con Diana, y la indignante humillación en sus ojos al salir del ascensor y encontrarse a Felicia esperándolo en bata y con una prometedora sonrisa en los labios.

Con Felicia no había pasado nada, como tampoco iba a pasar nada con Kate, pero a juzgar por la expresión de Olivia, ésta le consideraba un mujeriego sin escrúpulos.

Olivia iba ya hacia la puerta cuando él colgó el teléfono.

—Podemos hablar de las fotos mañana. Olvida que he venido.

Lo que en realidad quería decir era «olvida que he admitido que te deseo».

Justin lo dudaba.

—Olivia…

Ella no se volvió, pero casi daba igual. ¿Qué le podía decir?

La irritación femenina parecía provocada por la creencia de que él llevaba la vida de un mujeriego sin escrúpulos, cada día con una mujer diferente. Justin podía explicarle que estaba muy equivocada y hablarle de los últimos años de su vida y de sus hermanas, pero ¿para qué? La verdad era que él deseaba tener precisamente ese tipo de vida.

Y era la que iba a tener, en lugar de obsesionarse con una compañera de trabajo que sólo buscaba una relación estable y comprometida, y estaba en contra de las relaciones espontáneas y pasajeras que él deseaba. No, decirle que estaba equivocada con él no era la respuesta. La respuesta era demostrarle que estaba en lo cierto. Que él llevaba el tipo de vida que ella sospechaba.

Ocho

Olivia estaba sentada en su escritorio, reprimiendo el impulso de preguntar a Meg, la fuente más fiable de cotilleos de la oficina, si había oído algo sobre la cena de Kate y Justin la noche anterior. Su amiga estaba sentada en una silla con los pies descalzos apoyados en la otra, mientras descansaba los pies de sus zapatos nuevos, unas elegantes sandalias de tacón de aguja que en realidad le estaban destrozando los pies.

«Si supiera algo, ya me lo habría dicho», pensó Olivia, sin atreverse a preguntar directamente.

—Suponiendo que pueda andar este fin de semana, ¿quieres que hagamos algo?

—preguntó Meg de repente.

Olivia apartó los ojos de la pantalla del ordenador con un suspiro.

—¿Quieres que vayamos al cine?

—No, algo más divertido. Me apetece ir a algún sitio a ver si ligamos.

—Yo no…

—Vale, vale, a ti no te interesan los hombres. Repetiré la sugerencia: ir a algún sitio a ver si ligo —se corrigió Meg—, y tú me das tu opinión sobre él.

—Yo, la experta en hombres —dijo Olivia, con una carcajada—. Claro, ¿por qué no? Salir contigo nunca es aburrido.

—Estupendo. Podríamos invitar a Jeanie, pero estoy segura de que Albert y ella tienen planes.

—Al menos una de nosotras tiene suerte con los hombres —comentó Olivia.

—Albert tiene un hermano médico. Y no está mal, he visto una foto.

«¿Pero sabe besar? ¿Y tiene esos atractivos ojos verdes que te miran como si pudieran adivinar todos tus deseos y secretos?».

—Si te interesa, sal tú con él.

—Ya lo he intentado, pero Jeanie me ha dicho que seguramente yo sería demasiado para el tímido doctor. Dice que es más tu tipo.

Olivia no se molestó en comentar que su amiga había insinuado dos veces que era una aburrida.

—El desfile de gala es el viernes que viene —dijo Meg—. ¿Ya tienes pareja?

—No me importa ir sola. Es más trabajo que otra cosa. ¿Y tú?

—Tengo una lista de posibles, pero aún no me he decidido.

—Eh —dijo Olivia entonces con indiferencia, como si se le acabara de ocurrir—, hablando de parejas, ¿no salió Kate…?

—¡Ja! Jeanie me debe diez pavos —exclamó Meg con una sonrisa de oreja a oreja—. Sabía que tarde o temprano me preguntarías si sabía algo sobre la famosa…

—¡Justin! —exclamó entonces Olivia, haciéndole señales con los ojos para que se callara y mirara a su espalda, donde acababa de aparecer el apuesto fotógrafo.

—Buenos días, señoras —saludó él con su sensual tono de voz—. ¿Puedo pasar?

Al menos en tu despacho hay sillas —bromeó.

Meg bajó los pies descalzos de la silla y se agachó para recoger sus zapatos nuevos y ponérselos.

—Son preciosas —comentó Justin.

—Gracias —dijo Meg con una sonrisa a la vez que se ponía de pie —. Será mejor que me vaya antes de que se den cuenta de lo prescindible que soy. Nos vemos a la hora de comer, Olivia.

La supuesta amiga de Olivia no sólo la abandonó en un momento tan crítico, sino que además cerró la puerta del despacho al salir.

Justin se sentó en la silla que Meg había dejado libre.

—Debería disculparme por la interrupción, pero la verdad es que me alegro de tenerte a solas.

—La verdad es que estaba a punto de…

—Ayer no hablamos de esos bocetos —le interrumpió él—. Y quería explicarte lo de Kate.

¿Había escuchado la conversación?

—No tienes que darme ninguna explicación.

No, eso era cierto, pero después de cómo lo miró el día anterior, Justin tenía la necesidad de aclarar lo que había entre Kate y él. O mejor dicho, lo que no había.

Se echó hacia delante y apoyó los brazos en las rodillas.

—Confío en que no repitas lo que te voy a decir. Yo no la invité a salir, fue ella, y acepté porque no quería herir sus sentimientos. Fue una cena agradable y, cuando me habló de sus aficiones, yo le mencioné que hay un chico en contabilidad con quien tiene mucho en común.

Al terminar de cenar, Kate había reconocido que no había química entre los dos, e incluso adoptó una actitud filosófica ante el descubrimiento.

—Ayer cuando te fuiste del estudio parecías molesta, y quería que supieras que Kate no es mi tipo.

Olivia bajó los ojos, y removió algunos papeles.

—¿Sabes quién puede ser? —sugirió entonces—. Diana, la ayudante de Steve. Y

parece interesada.

¿No me digas?, sintió ganas de responder Justin. Como si él no se hubiera percatado de las sutiles insinuaciones de la pelirroja.

—Lo siento. Tampoco me atrae.

—¿Y las rubias?

—¿Perdona?

La única mujer que le interesaba en ese momento era una con una larga melena azabache que caía ondulada sobre el hombro izquierdo y por encima del pecho.

—Como veo que no te interesan las castañas ni las pelirrojas, quizá una rubia sea más tu tipo.

—Gracias por las sugerencias —respondió él, con sarcasmo—, pero creo que puedo gestionar mi vida amorosa sin ayuda. No me da miedo admitir mi deseo por alguien.

Olivia lo miró con ojos fulminantes.

—Yo no tengo miedo, soy sensata. Besarte fue una insensatez.

—Fue una pasada.

—Sí, fue una pasada. ¿Y qué? —le espetó ella, desafiante—. ¿Qué quieres exactamente de mí, Justin? ¿Compañía y largas conversaciones al final del día, saber que habrá alguien a tu lado en el futuro, o sexo?

Justin parpadeó, sorprendido ante la irritada pregunta.

Francamente, la compañía de Olivia sonaba muy apetecible. Estar con ella nunca era aburrido, y en el viaje de regreso a Atlanta había disfrutado enormemente de la conversación. Sin embargo, lo que no le gustaba era lo de «en el futuro». Él prefería vivir al día.

Tras unos momentos de tenso silencio, Olivia dejó escapar un suspiro de frustración.

—Sí, eso es lo que me imaginaba.

—Ya verás cuando conozcas a la hermana de Lindi —dijo Bryan, sonriente—.

Es casi tan guapa como su hermana.

—Perdona, ¿qué decías? —preguntó Justin, sobresaltado, mientras trataba de adivinar de qué estaban hablando.

Bryan se apoyó en el respaldo de la silla y lo miró irritado.

—No lo entiendo. Me pediste que te presentara a una chica. ¿Has

cambiado de idea?

—No, en absoluto —le aseguró Justin—. Gracias. De hecho, estaba controlando la puerta, a ver si vienen.

Era sábado por la noche y los dos amigos estaban cerca de la puerta de Hewitt's, un bar con música en directo que, como todos los sábados por la noche, estaba a rebosar.

—¿Y cómo vas a reconocerlas, si no las conoces? —le espetó su amigo, mirándolo con curiosidad—. ¿Quieres explicarme qué pasa de una vez, tío?

La verdad era que no tenía la menor intención de sincerarse con él.

Sin embargo, Justin estaba nervioso desde la conversación del jueves con Olivia.

A pesar de que en parte ella tenía razón, oír de sus labios que él no era bueno para ella le había llegado al alma. Él nunca había hecho daño a nadie, al menos deliberadamente. Y además, ¿cómo podía ser él peor que su ex?

«Olvídalo».

Él no quería una relación seria, y ella no estaba dispuesta a tener un romance pasajero con él. La situación no podía estar más clara.

—Ahí están —dijo Bryan, señalando a las dos jóvenes, una rubia de pelo rizado, y la otra castaña con el pelo corto—. La de la izquierda es Hope. Sé que estás un poco oxidado, pero te aseguro que le vas a encantar. Pásalo bien.

—Eso pienso hacer —dijo él, forzando una sonrisa.

—¡Megan Nicole Jansen! —exclamó Olivia tomando la copa de la barra y volviéndose a su amiga—. Júrame que no sabías que Justin estaría aquí. ¿Por eso has insistido tanto en que me pusiera esta falda?

Agachando la cabeza, Meg bebió un trago de su margarita y evitó responder.

No entendía a qué venía tanto enfado. Olivia estaba preciosa, con una blusa escotada y una falda corta que dejaba al descubierto sus piernas largas y bien torneadas.

—No puedo creer que me hayas hecho esto —repitió Olivia.

A pesar de que cuando entró en el local le entraron unas enormes ganas de salir a la pista de baile y divertirse, al ver a Justin y sus acompañantes jugando al billar sintió que el mundo se desmoronaba a su alrededor.

—No seas tan mal pensada —dijo Meg—. Yo sólo pregunté a Justin

si sabía de algún sitio nuevo y divertido.

—¿Y no mencionó que estaría precisamente en éste el sábado por la noche?

—Puede que dijera algo. De hecho, creo que comentó que estaría aquí con un amigo suyo —admitió Meg, sin el menor remordimiento, girando en el taburete con la copa en la mano—. Oye, si tan poco te interesa el tío como dices, ¿qué más te da que esté aquí o en el Polo Norte? Pero si quieres nos vamos —añadió, arqueando las cejas con un malévolo brillo en los ojos.

No, eso sería como anunciar a los cuatro vientos que Justin le importaba más de lo que quería reconocer.

—Nos quedamos, pero tú pagas la próxima ronda.

—Trato hecho. Ahora ayúdame a buscar un tío bueno.

Olivia echó una desganada mirada a su alrededor, pero sus ojos se dirigieron como atraídos por un imán hacia donde estaba Justin y el otro hombre, hablando con dos atractivas mujeres enfundadas en ropas ceñidas que dejaban muy poco a la imaginación. Olivia recordó las fiestas a las que había asistido con Sean, y lo incómoda que se sentía siempre que la veía flirtear con otras modelos y estilistas.

Si Meg no la hubiera arrastrado hasta allí, Olivia se hubiera quedado encantaba en casa viendo alguna película o leyendo un libro. O pensando en Justin.

Meg le dio un codazo.

—¿Te encuentras bien?

—Mejor que nunca. Vamos a pedir otra ronda.

—Claro. Y después, ¿quieres que vayamos a echar un vistazo a la pista de baile?

—¿Te importa que echemos una partida de dardos antes? —sugirió ella, sin querer mirar hacia las mesas de billar donde estaba Justin.

Justin sabía que a muchos hombres no les gusta bailar, pero él siempre lo consideró una magnífica oportunidad para acercarse a una mujer. Como ahora. Hope era una mujer atractiva y llena de vida, y giraba en la pista de baile al ritmo de la canción pop que el *discjockey* acababa de pinchar. Pero la presencia de cierta compañera de trabajo que no debería estar allí le estaba impidiendo concentrarse en la atractiva mujer que se movía seductoramente delante de él.

Cuando vio a Olivia y a Meg jugando a los dardos en la esquina de uno de sus bares favoritos casi se le cayó la cerveza de la mano, pero

enseguida se dio cuenta que la culpa era suya por haber respondido con total ingenuidad el aparentemente inocente interrogatorio de Meg sobre sus planes para el fin de semana. Olivia le había dejado claro que no habría nada entre ellos, y él no iba a permitir que su presencia le estropeara la noche.

Sin embargo, todo habría sido más fácil si Meg no hubiera ido a bailar, dejando a Olivia en la barra tratando de quitarse de encima a un pesado que se empeñaba en invitarla a una copa. Al menos eso fue lo que Justin dedujo mirando por encima de la cabeza de Hope. Olivia estaba cada vez más tensa, mientras el hombre se pegaba cada vez más ella.

—Hope, ¿me disculpas un momento? He visto a una compañera de trabajo y creo que necesita ayuda.

Justin se dijo que Hope era precisamente el tipo de oportunidad que él había estado buscando, y que era una tontería dejarla plantada en medio de la pista, pero si Olivia lo necesitaba…

—Claro —dijo Hope, sin parecer importarle en absoluto.

Justin casi se arrepintió, pero el deseo de estar junto a Olivia fue más fuerte que todo lo que Hope podría llegar a ofrecerle nunca.

Al acercarse a Olivia, el aspirante a pretendiente retrocedió como por arte de magia, y al ver a Justin, Olivia abrió desmesuradamente los ojos.

—Hola —dijo él, tratando de ignorar lo increíblemente espectacular que estaba, con la minifalda que dejaba sus hermosas piernas al descubierto y el escote que descendía casi hasta donde él la había acariciado con la boca.

—Hola —Olivia tragó saliva—. El mundo es un pañuelo.

—¿Te refieres a la casualidad de que después de mencionar a tu amiga que hoy vendría aquí hayas venido también tú?

—No ha sido idea mía.

—Créeme, lo sé —dijo él, sentándose en el taburete junto a ella—. Aunque lo contrario sería muy halagador. ¿Qué ha sido de tu aspirante a Romeo?

—¿Me estabas mirando?

—Bueno, digamos que llevaba diez minutos preguntándome cuándo iba a volver Meg a rescatarte.

Olivia se echó reír.

—Meg se estaba divirtiendo, y no necesito que me rescate nadie —le aseguró—.

Cuando el tío ha intentado meterme la mano debajo de la falda, le

he dicho que le daría una patada en salva sea la parte si tuviera algo que mereciera la pena.

—¿Eso le has dicho? —dijo él, perplejo, conteniendo una risita—. Muy impresionante, pero ten cuidado con lo que dices a tíos borrachos.

—Tranquilo —dijo ella, señalando con el pulgar por encima del hombro—.

Tengo un matón justo a mi espalda. Creo que está esperando mi señal en caso de que necesite ayuda.

—Oh.

Después de haber salido en su auxilio como un caballero andante, Justin sintió que había hecho un poco el ridículo.

—Creo que tu pareja te espera —dijo ella, señalando con la cabeza hacia la pista.

—¿Mi pareja?

—La pelirroja que se mueve de forma tan erótica.

—¿Me estabas mirando? —repitió él su pregunta anterior.

Olivia se sonrojó y tomó la copa.

—Puede que un par de veces.

Los dos quedaron en silencio y Justin miró hacia el variopinto grupo de gente que bailaba en la pista. Hope continuaba moviéndose sensualmente delante de un hombre musculoso de pelo muy corto que parecía hacerle más caso que Justin.

—Será mejor que vuelvas con ella antes de que se olvide de ti —dijo Olivia, siguiendo su mirada.

—No importa —dijo él—. No hemos congeniado demasiado.

Justin quería decirle lo guapa que estaba, lo mucho que lo excitaba verla sonreír, pero se contuvo. Había flirtearlo con ella, la había besado, le había hablado de la fuerte atracción que existía entre ambos, pero no había conseguido nada. Quizá por sus dos hermanas, Justin respetaba demasiado a las mujeres para insistir más de la cuenta. Y lo que menos deseaba en aquel momento era una patada de Olivia en «salva sea la parte», como ella había dicho.

—Sabes, creo que tienes razón —dijo él por fin—. No volveré a flirtear contigo.

O haré lo imposible para no hacerlo.

Olivia abrió la boca, casi sin poder creer lo que estaba oyendo.

—He pillado el mensaje —continuó él—. Me olvidaré del beso, me olvidaré de intentar besarte otra vez, y dejaré de pensar e imaginar cómo sería hacerte el amor y sentirme totalmente rodeado por ti.

Las mejillas femeninas se sonrojaron, y los ojos se nublaron por un momento imaginando la apasionada escena. Justin reprimió una sonrisa; ahora Olivia ya no parecía tan convencida de no quererlo cerca.

—¿Alguna posibilidad de que Verónica o Toni sean rubias? —preguntó entonces él, con un pícaro destello en los ojos, al recordar los nombres de las modelos de la siguiente sesión fotográfica.

Olivia dejó escapar un sonido de indignación. A pesar de que él respetaba sus deseos, era evidente que a ella le indignaba profundamente que le pidiera que le presentara un posible ligue justo después de decirle lo mucho que había imaginado hacer el amor con ella. Ah, celos. Era la táctica que todavía no había utilizado. En lugar de asegurarle que no había ocurrido nada entre Kate y ella, y que Hope no era su tipo, quizá lo que tenía que haber hecho era dejarla pensar lo que quisiera.

«La partida continúa», pensó él, sonriendo para sus adentros.

—Podrías hablarle de mí.

Olivia le sorprendió con una sonrisa casi demasiado amable.

—Sí, Toni tiene un maravilloso pelo rubio, y estaré encantada de hablarle de ti.

Bueno, quizá los celos tampoco eran la respuesta. Justin volvió a mirar hacia la pista de baile, donde Hope bailaba totalmente pegada a su nuevo amigo como si sonara una lenta balada en lugar de un *remix* de *hip-hop*. Tenía que hacer algo, y pronto, para convencer a Olivia de que manifestara el deseo que sentía por él, o si no olvidarse de ella de una vez por todas.

Porque en ese momento, Olivia estaba estropeándole todos sus planes amorosos.

Nueve

La escena que encontró Olivia al entrar en Miss Peach's, la antigua mansión del siglo XIX reconvertida en hotel, era bastante sorprendente. Modelos y estilistas llenaban el salón de suelo de madera y decorado con muebles antiguos del hotel que Sweet Nothings y otras empresas alquilaban para sus sesiones fotográficas en época de menor afluencia de turistas.

Rick y otro estilista informaban a los y las modelos del orden de maquillaje y peluquería mientras un empleado de una empresa de *catering* repartía sándwich y botellas de agua, pero no vio a Justin por ninguna parte.

Probablemente estaría en la primera planta, en la suite nupcial del hotel donde se iban a realizar las románticas fotografías para el catálogo del Día del Padre, preparando la iluminación y el mobiliario. Además del dormitorio, la suite contaba con un lujoso cuarto de baño con *jacuzzi* y una terraza privada que daba sobre los jardines del hotel.

La terraza era un decorado perfecto, por no hablar de la enorme cama con dosel.

Olivia titubeó un momento ante la posibilidad de subir y encontrarse sola con Justin y aquella cama. Un estremecimiento de placer le recorrió la columna, hasta que una voz masculina interrumpió sus pensamientos.

—Olivia.

El modelo Chad Langley se acercaba a ella sonriendo, su cuerpo musculoso y espectacular apenas cubierto por unos pantalones cortos. Aunque los modelos necesitaban sentirse cómodos con sus cuerpos, a Chad parecía gustarle tanto pasearse desnudo de cintura para arriba como flirtear con todas las modelos. Igual que a Sean, uno de sus mejores amigos.

—¡Cuánto tiempo sin verte, preciosa! —dijo en tono meloso, con una sonrisa de oreja a oreja y un seductor destello en los ojos—. Me sorprendió cuando me llamaron de la agencia y me dijeron que me querías para esto —dijo.

Era evidente que el modelo quería dejar claro que, a pesar de ser amigo de Sean, no había sido él quien se acostó con su compañera de piso.

Ella le sonrió a su vez.

—Eres perfecto para este trabajo.

—He oído que te has deshecho del impresentable de Sean —dijo, como si él nunca hubiera sido infiel a una mujer.

—Has oído bien —respondió ella, sin dejarse engañar por su hipócrita amabilidad.

Prefería no pensar en los comentarios que haría de ella a su ex.

—Bien hecho, te mereces algo mejor —le aseguró Chad.

—Gracias. Ésa parece ser la opinión generalizada —dijo ella, sin poder evitar que sus ojos recorrieran el salón en busca del fotógrafo.

—Oye, ahora que no sales con nadie —continuó el modelo—, si quieres podemos cenar esta noche juntos. Siempre me has gustado mucho.

—Lo siento, tengo planes —respondió ella, sin sentir la necesidad de explicar que éstos consistían en lavarse la cabeza y acostarse pronto.

Olivia se apresuró a terminar la conversación y alejarse para evitar que él sugiriera la cena para otro momento. Saludó a Verónica, una espectacular belleza castaña que era la principal modelo de la sesión y a quien todo el mundo llamaba por sus iniciales, VJ, y se disponía a subir las escaleras para supervisar los decorados de la suite nupcial cuando sus ojos se encontraron con los de Justin, que la estaba mirando desde el rellano.

Los murmullos y la música que sonaban en el salón se apagaron de repente y ella experimentó un momento «Lo que el viento se llevó» que la dejó paralizada durante unas décimas de segundo, imaginando que Justin era Rhett Butler y ella Escarlata O'Hara y que él bajaba a buscarla para llevarla al dormitorio.

Sintió la necesidad de abanicarse con la mano, pero se contuvo.

—¿Todo listo arriba? —preguntó haciendo un esfuerzo por volver a la realidad.

—Podemos empezar cuando quieras —dijo él, con una sonrisa, señalando con la mano hacia la suite a modo de invitación.

Olivia entró en la suite nupcial y encargó a Dan, el ayudante de Justin, que fuera a buscar a VJ y a Toni para la primera sesión. Después de repasar algunos detalles sobre las tomas, los ángulos y las posturas con Justin, recordó lo que habían hablado en Hewitt's sobre las modelos y decidió aclarar el malentendido.

—Justin, tengo que confesarte una cosa.

—Eso suena serio —dijo él, de pie junto al trípode que había colocado al lado de las puertas de la terraza, mientras preparaba la cámara.

—Es sobre Toni…

—¿La rubia? —sonrió él, aparentemente encantado ante la posibilidad de un nuevo ligue—. Estoy impaciente por conocerla.

—Sí, ya, pero es que, verás, no es exactamente tu tipo…

—Un momento —le interrumpió él, sin sonreír—. El sábado quedamos que mi vida amorosa no es asunto tuyo.

—Es verdad, pero…

—Sin «peros», Olivia. Te permití que desaprobaras abiertamente de mi cena con Kate, pero tus reproches se están convirtiendo en una mala costumbre. ¿Está casada?

—No.

—Pues déjalo ya. Ya soy mayorcito y no pienso disculparme por desear disfrutar de una vida sexual sana.

—No me estás escuchando.

—No, la que no escucha eres tú. Tú puedes rechazarme cuando quieras, pero no puedes decidir con quién salgo o dejo de salir.

—Pero…

—Así que te guste o no, si quiero invitar a salir a Toni, lo haré. Sólo espero que acepte.

—Ahora mismo, guapísimo.

«Oh, no».

Olivia volvió la cabeza y vio a Tony Wainwright, un hombre rubio de más de metro ochenta con músculos de acero y un cuerpo de dios griego, que había tenido más novios en el último año que ella en toda su vida.

Tony chasqueó la lengua.

—De verdad, Livy, querida, creía que sabrías respetar más las preferencias personales de la gente.

Olivia no tuvo que mirar a Justin para saber que la estaba fulminando con la mirada.

—¿Ese es Tony? ¿Tony, la modelo rubia? —preguntó él, entre dientes.

—Sí —repuso ella, retrocediendo poco a poco hacia la puerta—. No te mentí — se apresuró a argüir en su defensa—. Es modelo y tiene el pelo rubio.

—¿Vamos a empezar de una vez o no? —preguntó una voz femenina. VJ estaba en la puerta con un *negligee* rosa de satén.

—Ahora mismo nos ponemos manos a la obra —respondió Justin dedicando a la modelo una resplandeciente sonrisa que iluminó por un momento toda la habitación.

Evidentemente, una mujer hermosa en ropa interior transparente era todo lo que él necesitaba para ponerse de buen humor.

Justin se acercó a los dos modelos y les tendió la mano.

—No hemos tenido la oportunidad de conocernos. Yo soy…

—Un bombón —exclamó Tony en un tono que parecía que se estaba relamiendo los labios—. Justin, ¿verdad? —le estrechó la mano.

—Bueno…, sí —asintió Justin, con amabilidad y profesionalidad, a pesar de la discreta mirada de reproche que dirigió a Olivia.

Esta deseó que se le tragara la tierra. Aunque sabía que la profesionalidad de Justin no dejaría que el incidente afectara la calidad del trabajo.

Tras la primera sesión de fotos, toda una serie de tomas de VJ en el tocador del dormitorio, había otra serie de la misma modelo con Tony en la terraza. Mientras Verónica iba a cambiarse de ropa, Tony se acercó a Justin.

—Bueno, háblame de ti, guapo. Me han dicho que antes trabajabas con Hilliard.

—Así es —respondió Justin, con una débil sonrisa—. Oye, Tony, creo que debo… si antes has oído algo… Perdona, tengo que hablar con Olivia.

Y se alejó de él camino del tocador, donde estaba sentada Olivia, retocando algunos detalles.

—Tengo ganas de matarte —mascculló él, acercándose a su oreja para que nadie le oyera.

—Lo siento, he intentado decírtelo. No quería ponerte en una posición embarazosa con Tony —dijo Olivia, sin poder reprimir una risa, inclinándose hacia él con toda naturalidad, como un junco levemente empujado por la brisa.

—No hables de posiciones, por favor —suplicó él, cerrando los ojos —. La imagen es demasiado escabrosa.

Entonces Olivia soltó una sonora carcajada que retumbó libremente por toda la habitación.

Los ojos de Justin observaron los labios femeninos durante unos segundos, despertando de nuevo deseos en ella que no debía permitirse.

—Tienes una risa muy *sexy* —dijo él con voz pastosa, repentinamente serio, mirándole los labios como si quisiera devorarlos.

Nunca le había dicho eso antes, y Olivia no sabía qué le afectó más, las palabras o el tono íntimo y sensual con que las pronunció.

Tratando de aplacar la oleada de deseo que le recorrió, Olivia trató de restar seriedad al cumplido.

—¿No es eso el tipo de cosas que dicen los hombres porque suena

mejor que «tienes unos pechos preciosos»?

—No —Justin bajó la voz y le habló en un susurro apenas audible —. Digo que tienes una risa muy *sexy* porque es tan desinhibida y está tan llena de vitalidad que me hace pensar en lo maravillosa amante que tienes que ser. Cuando te oigo reír así, deseo estar dentro de ti. Pero ya que lo mencionas, tus pechos también son increíbles.

Olivia, sin aliento, casi esperaba que los ojos masculinos descendieran hacia abajo, hasta sus pechos, pero no fue así. En lugar de eso, continuaron mirándola a los ojos, seduciéndola con su intensidad y su excitación.

Olivia se movió nerviosa en la silla, mientras su cuerpo se humedecía y reaccionaba a las palabras masculinas. Tenía la piel quemando y los pezones endurecidos bajo la ropa.

—¿Dónde me querías? ¿En la cama?

La voz de VJ a su espalda los sorprendió a los dos, y los obligó a concentrarse de nuevo en el trabajo. Una media hora después llegó el momento de cambiar de pareja, y Stormy y Chad sustituyeron a VJ y a Tony, aunque Olivia no sentía ningún entusiasmo ante la idea de trabajar con Chad. El modelo entró en la habitación con un par de *boxers* rojos de seda.

Olivia parpadeó.

—Tenías que ponerte los azules o los negros.

—He pensado que los rojos son más excitantes —dijo el modelo, guiñándole un ojo.

A Olivia no le habían encargado la supervisión de la sesión para que los modelos le tomaran el pelo y, aunque sin excesiva dureza, se apresuró a poner al hombre en su sitio.

—Chad, tienes que ponerte las prendas que te hemos indicado. Para eso te pagamos. Ve a cambiarte.

Chad frunció el ceño y la miró ofendido.

—A ver si te echas otro novio pronto, Liv —dijo, con sarcasmo—. No recuerdo haberte visto de tan mal humor cuando estabas con Sean.

—Y yo no recuerdo que te haya pedido tu opinión —dijo la voz de Justin en tono desenfadado.

Pero había algo en su expresión que hizo que Chad tragara saliva con gesto nervioso.

—Voy a buscar los azules —dijo, saliendo al pasillo de nuevo después de dejar entrar a Stormy.

La preciosa modelo llevaba una de las prendas más sensuales de la colección, un camisón corto estampado de encaje en tonos verdes y

rosas que marcaba perfectamente cada curva de su cuerpo. Y en ese momento, al reparar en la mirada de admiración con que Justin contemplaba a la modelo, Olivia odió su trabajo.

Pocos minutos después Chad volvió con los *boxers* de seda negra y expresión abatida.

—Perdona por lo de antes, Liv.

—Perdonado y olvidado —dijo ella, ausente, sin querer darle demasiadas vueltas, mirando hacia la cama.

Toda su atención estaba en Justin, o mejor dicho en la forma en que los vaqueros le marcaban el cuerpo por detrás mientras desordenaba y ahuecaba un poco el edredón y las almohadas de la cama.

—Para compensártelo te invito a cenar —estaba diciendo Chad.

—Ya te he dicho antes… —empezó ella.

—No tiene que ser esta noche, si tienes otros planes.

Justin se incorporó y miró hacia Olivia, con curiosidad.

—¿Estás saliendo con alguien en serio?

Olivia tardó un segundo en darse cuenta de que Chad le estaba preguntando por una cita inexistente. Como no se le daba bien mentir, no se le ocurrió nada.

Antes de que se diera cuenta, Justin cruzó la poca distancia que los separaba y le pasó un brazo por los hombros con gesto posesivo.

—Lo bastante en serio como para no salir con nadie más —le informó a Chad, sin dejar lugar a dudas.

«¿Qué?».

Chad frunció el ceño, miró a Olivia con expresión ofendida y se alejó.

—¿A qué ha venido eso? —murmuró Olivia.

—He pensado que si Tony se entera de «lo nuestro», mi reputación estará a salvo —dijo él con una sonrisa.

—Oh.

Y sin dar más importancia a su reacción, Justin sonrió a Stormy.

—Siempre es un placer verte, Stormy. Estás espectacular.

La modelo le sonrió y le guiñó un ojo.

—Bien, podemos empezar —continuó Justin, colocándose junto a la cámara—.

Esta serie es mucho más erótica, ¿de acuerdo?

La iluminación era suave, pero no tanto como para que no se viera el elemento más importante de las fotos, las prendas de ropa, y Olivia se hizo a un lado mientras Justin daba indicaciones a los modelos

sobre las distintas posturas que debían adoptar.

Chad estaba sentado detrás de Stormy, sujetándola por la cintura, con cuidado de no tapar la intrincada tira de encaje que había alrededor del sujetador.

Pero en lugar de hacer la foto, Justin sacudió la cabeza.

—Así no está bien. Se nota demasiado forzado.

—Es forzado —gruñó Chad—. Estamos posando.

—Vamos a hacerlo de otra manera —dijo Justin, ignorando el comentario, acostumbrado al carácter caprichoso de algunos modelos —. Prueba mejor así. Aparta un poco los brazos. Échate un poco hacia delante y apoya la otra mano en la cama, junto a ella, a la derecha. Bien, así se ve perfectamente el producto. Stormy, echa un poco la cabeza hacia atrás, y tú ladéate como si fueras a besarla en el cuello.

Chad sólo ladeó ligeramente la cabeza en la dirección que Justin le indicaba.

Olivia se dio cuenta de que al modelo no le hacía ninguna gracia que no se viera bien su cara.

Ante el suspiro de impaciencia de Justin, Olivia se levantó para dar instrucciones al modelo, pero Justin habló antes que ella.

—Fíjate.

¿Por qué iba hacia ella?

—Mira, Chad, esto es lo que tienes que hacer, ¿vale? Quiero una foto que rezume erotismo, que queme, que muestre lo mucho que deseas a la mujer y lo muy deseada que la haces sentir.

Justin se detuvo junto a Olivia, le puso una mano en el hombro y la hizo girar, pegándola de espaldas a él. Le retiró el pelo a un lado e inclinó la cabeza hacia ella.

Su aliento era cálido, una etérea caricia en su piel, y Olivia se arqueó instintivamente hacia él, casi sintiendo el contacto de sus labios.

Bruscamente, Justin se apartó y por un momento ninguno de los dos dijo nada.

—Lo… lo pillas, ¿no, Chad? Olvídate de si sales guapo o no.

Apretando las manos para tratar de detener el temblor de los dedos, Olivia miraba sin ver a la pareja medio desnuda que posaba en la cama. ¿Sabían que se había olvidado totalmente de ellos cuando los labios de Justin casi la rozaron? ¿Qué le temblaban tanto las piernas que apenas podía sostenerse en pie?

Cuando Justin volvió a disparar el obturador, Olivia se obligó a respirar. Tenía que hacer algo. No se creía capaz de soportar más

instrucciones verbales del fotógrafo, y menos aún, demostraciones en directo.

—Nuevo plan —anunció, cruzando mentalmente los dedos para que nadie advirtiera la desesperación en su voz.

—¿No era esto lo que habíamos preparado? —preguntó Justin extrañado.

—Sí, pero quiero que pongamos más énfasis en el producto, en la ropa. Stormy, ¿qué tal tus pies?

—Ayer me hice la pedicura —respondió la joven, estirando una pierna hacia ella y mostrándole una hilera de uñas rojas perfectas.

—Perfecto.

Olivia acababa de decidir cambiar las apasionadas escenas de cama por una serie de zapatillas de plumas de varios diseños y colores que eran una nueva adición a la colección.

El día fue largo, pero el resto de la sesión se desarrolló con normalidad. Cuando por fin todos los modelos se fueron, Dan, Olivia y Justin se quedaron recogiendo los equipos y la ropa.

Dan miró la hora y después a Justin.

—Oye, no quiero cargártelo todo, pero mañana tengo un examen y…

—Vale. Terminamos nosotros. Ya no queda mucho —le aseguró Justin—. Vete a estudiar y tómate una cerveza a mi salud mañana cuando termines.

Dan sonrió.

—Lo haré.

El becario recogió sus cosas y se fue. Olivia se quedó sola con el hombre que llevaba observando y deseando todo el día.

—Buena idea lo de las zapatillas —dijo Justin refiriéndose a las fotos donde sólo se veían los pies de los modelos—. ¿Quieres que echemos un vistazo a las fotos digitales?

—Está bien.

Justin cerró la puerta y tomó una de las cámaras digitales. Cuando se sentó en la cama y dio unas palmaditas en el colchón para que se sentara a su lado, los muelles sonaron sugerentemente.

Olivia se sentó, quitándose los zapatos y doblando las rodillas sobre la cama.

Justin pulsó un botón de la cámara y fue pasando algunas imágenes, entre ellas varias de Chad en las que no estaba nada favorecido. Quizá no se mereciera el dinero que Sweet Nothings le estaba pagando, pensó Olivia.

Evidentemente pensando lo mismo, Justin frunció el ceño.

—No te digo que no tenga el físico perfecto, pero hay muebles en esta habitación que transmiten más calor que él. Bien, éstas. Éstas son las que quiero enseñarte.

Pulsó otro botón y le entregó la cámara para que viera las imágenes en la pequeña pantalla digitalizada.

Las fotos eran prometedoras, y con algunos retoques conseguirían transmitir el mensaje perfecto a sus potenciales clientes.

—Ésta está mucho mejor que la de Chad besándole en el cuello —dijo ella, pensando en voz alta.

Justin alzó las cejas, y ella se dio cuenta de que sus palabras podían tomarse como una crítica a su sugerencia.

—Aunque la idea estaba muy bien —se apresuró a decir—. Sólo que con Chad como modelo, las fotos no resultaban nada convincentes.

—Estoy de acuerdo contigo —dijo él, mirándola a los ojos—. No transmitían ninguna pasión.

A Olivia se le aceleró el pulso.

—La pasión es importante.

—Imprescindible.

Desde el pasillo llegó el sonido apagado de unos pasos que se alejaban, pero los ruidos estaban a años luz.

Justin le tomó la cámara de la mano, rozándole levemente la delicada piel de la muñeca.

—¿De verdad tienes planes para esta noche?

¿Aparte de volver a casa y fantasear con él?

—No.

—O sea, que sólo querías librarte de Chad —concluyó él, en tono más aliviado—. Debo reconocer que he tenido celos al imaginarte con otro hombre —dijo él, retirándole el pelo hacia atrás y hundiendo los dedos entre los mechones azabache—. Acariciándote.

Con agonizante lentitud y suavidad, Justin trazó los labios femeninos con la punta del dedo.

—Besándote.

Olivia temblaba por dentro.

—Bueno, hoy no pensaba besar a nadie.

—Ahora sí.

Diez

Quizá una mujer más prudente se habría detenido a pensarlo un poco. Olivia, sin embargo, sujetó el cuello de Justin con la mano, ladeó la cabeza y lo besó apasionadamente.

Justin deslizó la lengua en su interior, provocando una explosión de placer en su cuerpo. El deseo que Olivia había luchado tanto por reprimir estalló y cuando Justin la tendió junto a él sobre el colchón perdió toda capacidad de pensar.

Con las manos recorrió el cuerpo masculino, queriendo acariciar cada centímetro de su piel sin el estorbo de las ropas que los separaban. Tiró de él sin pensar, y casi le sorprendió sentir el cuerpo tenso y duro sobre ella, un cuerpo ardiente que la hacía sentirse deliciosamente femenina.

Cuando él apartó la boca, Olivia trató de recuperar la respiración, aunque la contuvo de nuevo al sentir las manos masculinas bajo la camisa, ascendiendo hasta el borde del sujetador y los senos. Tenía los pezones totalmente endurecidos, y sólo deseaba sentir sus caricias.

Pero también quería acariciarlo.

Le subió la camiseta hacia arriba y acarició la piel lisa del abdomen y el suave vello rubio y rizado del pecho. Justin se separó un momento para quitarse la camiseta primero, y hacer lo mismo con su blusa. Olivia llevaba un sencillo sujetador blanco de algodón, y por un momento deseó haberse puesto una de las tentadoras prendas de encaje de la última colección y…

Pero Justin desabrochó la prenda y apartó la tela, restando importancia al tipo de sujetador.

—Eres preciosa —murmuró él, con una voz pastosa cargada de deseo.

Rasgó suavemente el pezón con el dedo, excitando aún más el cuerpo femenino, que se arqueó hacia él.

Sujetando los dos senos con las manos, Justin bajó la cabeza y tomó uno de los ultrasensibles pezones con la boca, succionando sensualmente mientras acariciaba el otro con el pulgar. Las caricias provocaron espasmos de placer en el cuerpo femenino.

Casi sin darse cuenta, Olivia le rodeó el cuerpo con las piernas y alzó las caderas hacia él, apretándose y moviéndose contra él, enloqueciéndolo. Justin le alzó los senos, acercándolos entre sí, y lamió alternativamente los pezones, haciéndola estremecerse de placer bajo él.

Después levantó la cabeza para besarla en la boca mientras con una mano trataba de desabrocharle el botón de los pantalones. Olivia se quitó la prenda y buscó el botón de los vaqueros. Antes de bajar la

cremallera, deslizó los dedos por debajo de la tela y acarició la erección que ella misma había provocado.

Casi a regañadientes, Justin se apartó de ella para quitarse los calcetines y los zapatos, y después los vaqueros y calzoncillos en un mismo movimiento.

Oh, cielos.

Aunque Olivia sabía que estaba muy excitado y muy bien dotado, al verlo así, desnudo, deseándola tanto… Tragó saliva.

—Las bragas —susurró él.

Olivia obedeció y cuando quedó completamente desnuda contra él, Justin volvió a besarla, succionando el labio inferior con la boca a la vez que buscaba con los dedos los pliegues húmedos entre las piernas. Olivia gimió en su boca.

Nunca había estado tan excitada como en aquel momento, y se arqueó hacia él.

Justin hizo una breve pausa para colocarse un preservativo, se tendió sobre ella de nuevo y la miró a los ojos. Entonces la penetró con un suave empujón, y los ojos femeninos se cerraron mientras de su garganta escapaba otro entrecortado gemido.

Se movieron los dos al unísono, siguiendo un ritmo ancestral, y todo a su alrededor eran percepciones sensoriales fragmentadas. El sonido de sus cuerpos al unirse, el sabor salado en los labios, el fuerte olor a deseo y sexo envolviéndolos, los crujidos del colchón al ritmo de sus cuerpos. Y la sensación de Justin entrando y saliendo de ella, satisfaciéndola plenamente.

La sensación fue aumentando y transmitiéndose por todo su cuerpo. Olivia arqueó la columna vertebral y se preparó para el potente orgasmo que estaba a punto de apoderarse de ella. Lo alcanzó entre temblores y espasmos, mientras él continuaba penetrándola una y otra vez hasta alcanzar su propio clímax.

—¡Olivia! —exclamó, y besándola en los labios se desplomó sobre el colchón, llevándola con él.

Olivia sentía los acelerados latidos de su corazón, y se dejó llevar por la sensación de flotar hasta quedar casi inconsciente. El tiempo y el espacio no tenían sentido. No es que tuviera sueño, pero se sentía tan saciada y relajada que podría dejarse llevar y…

¡Oh, cielos! ¿Qué había hecho? ¡No podía quedarse dormida allí! ¡Ni siquiera debería estar allí! ¿Habían cerrado la puerta con llave? ¿Y si entraba alguien?

Intentó ponerse en pie, pero todavía no tenía fuerzas.

—¿Olivia?

—¡Tengo que vestirme! —exclamó ella—. ¡Y tú también! ¡Deprisa, por favor, ponte algo!

Justin se incorporó parcialmente.

—¿A qué viene tanta prisa? ¿Has oído a alguien?

¿Oído? Oh, no. ¿Les habían oído a ellos? ¿O a ella?

—¡No nos han pillado de chiripa! —dijo ella—. Tenemos que largarnos de aquí ahora mismo.

Justin soltó una risita.

—Tranquila, ya se ha ido todo el mundo del equipo, y si nos han alquilado la suite es porque el hotel está prácticamente vacío.

—¡Prácticamente! —exclamó ella, poniéndose en pie y poniéndose la blusa, sin tener paciencia de buscar el sujetador y ponérselo—. He arriesgado mi trabajo, mi ascenso, mi reputación y mi dignidad.

Justin se levantó y habló con un tono menos divertido, mientras intentaba tranquilizarla.

—Tranquila. No ha entrado nadie.

Furiosa consigo misma y con la relajada actitud de Justin, Olivia tomó la ropa interior y los pantalones. Él no lo entendía.

Ahora que había decidido sentar la cabeza y ser más disciplinada, no se le ocurría más que terminar una sesión fotográfica con un rápido revolcón con el fotógrafo.

Que, además de compañero de trabajo, era un seductor nato, un mujeriego y un soltero empedernido.

A pesar de que Justin conocía bien los repentinos cambios de humor de sus hermanas, la reacción de Olivia lo dejó desconcertado. Sabía que Olivia había quedado tan satisfecha sexualmente como él, y sin embargo ahora estaba metiendo el sujetador en el bolso con movimientos secos e irritados.

Después de ponerse los pantalones, rodeó la cama y se acercó a ella. Quería abrazarla, pero sabía que no era el mejor momento.

—¿Qué te pasa, cielo?

—Por favor, no me llames así. No soy tu cielo —le espetó ella.

—Somos amantes.

Lo que acababan de compartir era indescriptible.

Él nunca había sentido nada parecido. Sabía que Olivia era mucho más apasionada de lo que dejaba adivinar, pero a pesar de todo no había estado preparado para la intensidad de hacer el amor con ella.

—¡No! —exclamó, y dio un paso atrás—. Bueno, sí, una vez, pero no volverá a ocurrir.

—¿Qué?

Justin no podía dar crédito a lo que acababa de oír. ¿Era la misma mujer que le había preguntado en su despacho qué era lo que quería de ella, compañía o sexo? ¿Y

ahora le decía que lo único que quería era… ni siquiera una noche entera?

—Olivia, sé que esto ha sido… improvisado, pero…

—Una locura, eso es lo que ha sido —dijo ella, echando las manos al aire, un poco histérica—. A lo mejor a ti este tipo de cosas te pasan continuamente con tus

compañeras de trabajo, pero yo no hago estas cosas. Me prometí que no lo haría.

¿Quieres saber qué eres?

Justin no tenía ni idea de qué estaba hablando.

—Chocolate. Eres un rollito relleno de chocolate.

A casi todas las mujeres les gustaba el chocolate; sin embargo en boca de Olivia parecía más bien una enfermedad contagiosa.

—Ha sido una equivocación, sí, pero no se volverá a repetir —continúo ella—.

Yo necesito ensalada, y tú eres un rollito relleno de chocolate.

Interesante elección de metáforas fálicas, pensó él.

—Escucha, Olivia, ¿por qué no nos vamos y hablamos de esto en otro sitio?

—Sólo quiero irme a casa.

En cualquier otro momento, Justin no hubiera podido pedir una respuesta mejor. Un revolcón de antología con Olivia, y después cada uno a su casa. Pero ahora, la idea de separarse de ella y no poder sentirla…

—¿Ni siquiera vas a escucharme?

—No hay nada que decir. Yo no soy así, Justin.

Justin arqueó una ceja.

—Claro que lo eres —le dijo—. No, no te enfades. No estoy diciendo que te acuestes con cualquiera, sé que no es así. Pero no puedes esconderte de tu naturaleza apasionada.

—Eso se puede cambiar —dijo ella, cuadrándose de hombros—. Si fui capaz de cambiar mis malos hábitos hace una década, podré volver a hacerlo ahora.

A él le dolió que le llamara un mal hábito.

—Yo…

—No sigas. Este fin de semana tengo una cita con un hombre que es una opción mucho más sensata y adecuada para mí, y estoy segura

de que seremos compatibles.

Imaginarla con otro hombre después de lo que habían compartido disparó todas sus alarmas.

—¿Una opción más sensata y adecuada? ¿Es otro de los códigos que utilizas para ocultarte?

Olivia dio un respingo.

—Adiós, Justin.

Era una frase simbólica, por supuesto. Trabajando juntos, iban a volverse a ver por fuerza. Sin embargo, la despedida le pareció definitiva.

* * *

Olivia estaba sentada en su despacho cuando Jeanie llamó a la puerta el miércoles por la mañana.

—Hola —empezó la recepcionista, pero su tono cambió rápidamente al ver la cara de Olivia—. Eh, no tienes muy buena cara.

—Pues me siento mucho peor —dijo ella, que no había sido capaz de dormir en toda la noche pensando en Justin y debatiéndose entre el impulso de llamarlo y la decisión de buscar un hombre más sensato.

—Lo siento —dijo la recepcionista—, pero tengo que darte una mala noticia.

Mark no puede.

Ni siquiera sabía quién era Mark. ¿O debería saberlo?

—¿No puede qué?

—La cena del sábado —explicó Jeanie, preocupada—. Mark, el médico, el hermano de Albert. Resulta que tiene guardia este fin de semana.

Lo que le faltaba, pensó Olivia. Ahora más que nunca necesitaba un escudo para protegerse de los encantos de Justin y el primero que tenía a mano se le acababa de esfumar.

—¿Y al otro fin de semana? —preguntó desesperada—. O mañana. O esta noche, incluso —sugirió precipitadamente.

Jeanie arqueó las cejas.

—Bueno, lo puedo preguntar. Si quieres que te diga la verdad, tampoco te veía muy entusiasmada con la idea.

—Oh, ya lo creo que sí —le aseguró Olivia—. Te lo juro.

Todavía no podía creer lo que había ocurrido el día anterior, pero desde luego había servido para abrirle los ojos. Siempre se había dejado seducir por cosas que a la larga resultaban perjudiciales para su salud física y mental, y sabía perfectamente que elegir con los

sentidos o el instinto era una terrible equivocación.

A media mañana, Jeanie reapareció con una sonrisa de oreja a oreja le informó de que a Mark le encantaría cenar con ella aquella noche, si no tenía ningún otro compromiso.

—Fantástico —dijo, profundamente aliviada. O eso se dijo—. Me muero por conocerlo.

Salir con hombres sensatos era como renunciar a los rollitos de chocolate. Al principio resultaba difícil, pero una vez que se lograba superar el hábito, uno se daba cuenta de que todo era mucho mejor.

En teoría, por lo menos.

Meg empujó la pesada puerta que comunicaba las escaleras con el aparcamiento.

—No puedo creer el boicot que les estás haciendo a los ascensores —comentó.

—Las escaleras siempre son un buen ejercicio —dijo Olivia, aunque estaba segura de que ya no engañaba a nadie.

Las dos amigas iban a comer, y Meg se estaba lamentando de no tener pareja para el desfile del viernes.

—No estaría tan mal si tuviera un traje de noche espectacular —le explicó su amiga—. Pero para este tipo de acontecimientos tienes que tener un vestido insuperable o un acompañante de infarto. O, alternativamente, las dos cosas.

Olivia se echó a reír, aunque con evidente desgana.

—Eh, a lo mejor si esta noche Mark te…

—No pienso invitarlo al desfile —le interrumpió Olivia—. Es un evento formal, y sólo faltan dos días. Además, Jeanie dijo que este fin de semana estaba de guardia.

—¿Qué otra posibilidad tienes? —preguntó Meg mientras se dirigía hacia su coche, un deportivo rojo descapotable.

Olivia se preguntó si Justin tenía pareja para el desfile y sintió una punzada en el estómago.

—Bueno, ayer Chad parecía muy interesado, pero no creo que me apetezca mucho su compañía.

—¿Chad Langley? ¡Puagh!

—Yo no lo habría expresado mejor —dijo Olivia.

Un coche pasó junto a ellos y justo cuando llegaron al descapotable rojo de Meg, el vehículo aparcó junto a ellas. Cuando Justin se apeó del coche, Olivia creyó morir. Todavía no estaba preparada para verlo.

Pero él apenas la miró.

—Señoritas —dijo, mirando únicamente a Meg.

Y sin una palabra más, desapareció por la puerta del edificio.

—¿Quieres explicarme qué significa esto? —preguntó Meg en cuanto desapareció.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Olivia, abriendo la puerta del coche.

—¿No me dijiste que la sesión de ayer estuvo bien?

—Sí, claro. Estoy segura de que a Steve le encantaran las fotos.

O al menos eso esperaba.

Meg puso el coche en marcha.

—¿Discutiste con Justin?

Más bien todo lo contrario.

—Digamos que la situación terminó poniéndose un poco incómoda porque, bueno, nos besamos.

—¿Y no te has acordado de decírmelo hasta ahora? Debería hacerte ir andando.

—No fue nada. Sólo lo hizo para que Chad me dejara en paz, y para que Tony supiera que no es homosexual.

En principio todo era cierto, a pesar de que el beso, y mucho más, tuvo lugar cuando se quedaron los dos solos.

—A ver si llevo bien la cuenta. Has trabajado con Justin dos veces, y le has besado… dos veces. ¿Piensas seguir con la misma pauta o la vas a intensificar?

—¡Por supuesto que no!

Claro que Olivia tampoco había planificado las dos primeras veces.

—Además, lo de ayer fue más bien un… favor mutuo.

—Un buen revolcón siempre lo es, amiga mía.

—¿Revolcón? ¿Quién ha hablado de un revolcón? Yo no he dicho nada de…

Oh, Meg. Ayer me acosté con Justin Hawthorne. ¿En qué estaba pensando?

—Oh, cielos —dijo Meg, abriendo desmesuradamente los ojos, pero buena amiga como era se apresuró a ofrecerle todo su apoyo—. Hay una heladería en la esquina. ¿Quieres que pasemos de comer y vayamos allí directamente?

—No —dijo Olivia, abatida—. La solución no es llenarme de celulitis.

—¿Prefieres que vayamos a gastarnos una pasta en un par de modelazos de infarto para el desfile?

—Así se habla.

Once

Olivia terminó de abrocharse la blusa y miró el reloj de la mesita de noche.

Todavía faltaban diez mimaos para que el hermano de Albert pasara a recogerla. Por un momento deseó que viniera antes. Así no tendría tiempo para pensar.

Nunca había quedado con un hombre al día siguiente de una increíble aventura sexual con otro, y estaba nerviosa. Para matar el tiempo, decidió cortar las etiquetas del nuevo vestido que había comprado y colgarlo en el armario, un vestido negro de noche de corte clásico. Meg se había empeñado en que comprara un atrevido diseño color burdeos con un pronunciado escote, pero Olivia se había decantado por algo con más tela y mucho más tradicional. Al cruzar la habitación, vio su reflejo en el espejo y se detuvo de repente.

Esta vez su aspecto la sorprendió. Su aspecto era lo que, eufemísticamente, se podría calificar de «clásico», aunque para muchos era clara y llanamente un estilo aburrido y anticuado.

Aunque era evidente que no podía ir a cenar en ropa interior de seda, ¿para qué se había esforzado tanto y durante tanto tiempo en tener el cuerpo que tenía si siempre lo ocultaba debajo de jerséis de cuello alto, faldas largas y pantalones anchos?

Con un suspiro de frustración, se sentó en la cama y miró a la mujer que la observaba desde el espejo. Tuvo la sensación de que la veía por primera vez. Tenía que tener algo más femenino, más sorprendente.

Hundiéndose aún más en el borde de la cama, pensó en las últimas semanas y se dio cuenta de que había cambiado, desde la pequeña rebeldía de pedir una *pizza* a domicilio hasta el apasionado encuentro sexual del día anterior. ¿Era Justin? ¿Era él una mala influencia en su vida?

No. Justin había visto en ella cosas que a los demás se les había pasado por alto, y ahora ella estaba dispuesta a cambiar. Con él había compartido una pasión desmedida e intensa que la había sorprendido tanto como a él y que la estaba haciendo verse de otra manera.

De un salto, se puso en pie y rápidamente se cambió de ropa. Para cuando sonó el timbre de la puerta, Olivia estaba satisfecha con su aspecto. Salió a abrir, enfundada en la minifalda que había llevado a Hewitt's unas noches antes, y sintiéndose mucho más femenina, atractiva y segura de sí misma.

Mark, el hermano de Albert, aunque en la foto que le había enseñado Jeanie no estaba mal, medía tres o cuatro centímetros menos que Olivia, y parecía un poco fuera de lugar con un traje azul

mil rayas y una corbata amarilla que parecía elegida por su peor enemigo.

«El traje no está mal», pensó ella. «Y un hombre no tiene que ser más alto que tú para ser atractivo».

Pero aunque eso era cierto, no pudo evitar pensar que, si llegaba el momento, su cuerpo no encajaría tan bien con el de Mark como con el de…

—Tú debes ser Mark. Encantada de conocerte por fin, después de todo lo que Jeanie me ha hablado de ti.

El hombre sonrió tímidamente.

—Espero que no haya exagerado. Desde luego contigo no ha exagerado nada.

Eres guapísima.

—Gracias. Tú tampoco estás mal —respondió ella, con una sonrisa.

—Paso tantas horas en bata verde que apenas sé qué ponerme cuando salgo a cenar —dijo él.

Olivia salió al porche con él, con la chaqueta y el bolso en la mano, deteniéndose sólo un momento para cerrar la puerta.

—Sé que no es muy cortés en una primera cita dijo él, en tono de disculpa—, pero tengo que dejar el busca encendido. Una de mis pacientes ha salido de cuentas y está muy nerviosa. Pero no te preocupes, no creo que nos interrumpa la cena. La pobre mujer lleva toda la semana con contracciones, pero el cuello del útero todavía no está dilatado. Lo he comprobado hace unas horas.

Olivia casi dio un traspié en la acera. Aunque la llamaran pesimista, no tenía mucha fe en una cita que empezaba hablando del cuello del útero de otra mujer.

A la mayoría de las mujeres les alegraba encontrar un buen ginecólogo, pero no para la primera cita que tenía desde hacía más de un mes.

Pero enseguida se reprendió. «Basta. Dale una oportunidad».

Mark tenía una profesión muy respetable, y no iba a impedir que ella no se sintiera atraída por él.

Lo que lo impediría sería la ineludible realidad de que Mark no era Justin Hawthorne.

—¿Así que no fue la cena de tu vida? —preguntó Meg, al otro lado de su escritorio.

—Ni siquiera llegamos a cenar. Tammy se puso de parto cuando

estábamos con los aperitivos, y el buen doctor tuvo que salir corriendo —dijo Olivia con un suspiro, sin reconocer que en realidad la esperada emergencia la había aliviado profundamente—. Aunque me temo que no teníamos nada en común.

En ese momento sonó el teléfono. Era Steve, pidiéndole que pasara por su despacho a lo largo de la mañana. Olivia tragó saliva, temiendo por un momento que su jefe se hubiera enterado de la utilización que Justin y ella habían hecho de la suite nupcial de Miss Peach después de la sesión de fotos.

Un par de horas después, Olivia salía del despacho de Steve como flotando en una nube, después de descubrir que no había motivo de preocupación. Al contrario.

Estaba a punto de lograr su ascenso.

Steve no se lo dijo directamente, pero la felicitó por la improvisada idea de hacer una serie de los pies de los modelos calzando las zapatillas de la colección.

—Esto es precisamente lo que buscamos en un Supervisor de Diseño, Liv —le dijo—. Que sepa improvisar y tomar buenas decisiones.

Al final de la reunión, era evidente que el puesto era suyo, pero Steve se limitó a confirmar su presencia en el desfile al día siguiente y a insinuar que la noche podía ser mucho más especial para ella que para el resto del equipo de Sweet Nothings.

Tan ensimismada estaba en sus pensamientos que no vio a la persona que salía en ese momento del departamento de Recursos Humanos y se dio de bruces contra él. El contacto con su cuerpo y el conocido olor que emanaba de él le hizo saber quién era antes de ver la expresión tensa de Justin.

—Perdón —dijo ella, tratando de recuperar el equilibrio.

—Tranquila —dijo Justin, sujetándola por el brazo.

El contacto de los dedos largos en el hombro provocó una sacudida eléctrica en su cuerpo. Cuando estuvo seguro de que no iba a caerse, Justin continuó caminando.

—Justin, espera!

Él se volvió a mirarla, con expresión cauta.

—¿Puedo… quieres comer conmigo?

Tenía muchas cosas que decirle, no sólo el ascenso, sino también que en parte tenía razón. No estaba segura de cómo sería una relación con él, ni siquiera sabía si era lo que él quería, pero por fin se había dado cuenta de que no podía ignorar la oportunidad de averiguarlo.

Justin arqueó las cejas, extrañado.

—¿Quieres comer…? Espera, estás distinta.

—Sólo el maquillaje. No es nada —dijo ella, pero sintió un íntimo placer al ver que lo había notado.

Ni Meg ni Jeanie se habían percatado.

—Estás muy guapa. ¿Puedo decirlo, o te parezco demasiado rollito de chocolate?

Olivia se ruborizó.

—Herí tus sentimientos.

—Puede que te sorprenda, pero los tengo.

—Reaccioné muy mal —reconoció ella—. Lo que pasó me pilló por sorpresa.

Justin curvó los labios hacia arriba, esbozando una sonrisa.

—No fuiste la única. Supongo que la diferencia entre los dos es que a mí me gustan ese tipo de sorpresas. La invitación a comer también es una agradable sorpresa.

—¿Vendrás? Me gustaría decirte…

En el despacho contiguo empezó a sonar la fotocopiadora y el ruido de la máquina recordó a Olivia que estaban en un lugar muy público.

—¿Decirme qué?

—Salgamos de aquí primero —dijo ella, que aunque confiaba en la discreción de Justin, no quería hablar de su posible ascenso allí—. ¿Vienes conmigo?

Él sonrió.

—Es lo mejor que me han dicho en todo el día.

Cuando llegaron a las puertas del ascensor, Justin la miró de soslayo.

—¿No prefieres ir por las escaleras?

¿Se había dado cuenta de que estaba evitando los ascensores?

—No. El ascensor está bien.

—¿Estás segura?

—Lo intento —dijo ella.

Justin inmediatamente tomó la cuenta que la camarera dejó sobre la mesa bañada por el sol.

—Ni se te ocurra —le dijo a Olivia—. Estamos celebrando tu ascenso.

Extraoficialmente, claro.

—Gracias —sonrió Olivia con expresión excesivamente tímida después de haber pasado toda la comida coqueteando con él.

—De nada.

Justin también daba las gracias por el evidente cambio de actitud.

Cuando Olivia salió de la suite nupcial del hotel unos días antes, Justin reflexionó sobre su situación. El próximo jueves cumpliría treinta años. Desde la partida de Andrea a Europa, Justin había continuado con los planes de libertad y soltería sin responsabilidades que había hecho a los veintidós años. Durante casi ocho años se había repetido una y otra vez que en cuanto pudiera recuperaría el tiempo perdido, pero ahora empezaba a darse cuenta de que sus deseos y necesidades no eran los mismos que entonces.

Oh, cielos, ¿había madurado?

No. Seguía queriendo sexo apasionado, espontaneidad y diversión, sólo que ahora lo quería con la mujer que estaba sentada frente a él. Y después de la comida que habían compartido, él albergaba esperanzas de que ella quisiera lo mismo.

—Ha sido fabuloso —dijo ella, cerrando los ojos y echando la cabeza hacia atrás en un gesto natural y seductor—, pero tengo que volver a la oficina.

—Sí, no estaría bien que la nueva Supervisora de Diseño no apareciera por su despacho después de comer —bromeó él.

—Supervisora de Diseño —repitió Olivia, sonriente—. Estoy impaciente por contárselo a mis padres.

Habían hablado un poco sobre sus padres, con quienes ella mantenía una excelente relación. Cuando la conversación se centró en la familia de él, Justin le explicó que sus padres habían muerto en un accidente de barco, pero sin dar más explicaciones. Olivia sabía que tenía hermanas más jóvenes, pero no que habían quedado bajo su responsabilidad.

—Hemos hablado mucho de mi trabajo, pero ahora háblame del tuyo —dijo ella, cuando se levantaron de la mesa.

—Bueno, las sesiones tienen sorpresas inesperadas —dijo él, moviendo las cejas arriba y abajo, seguro de que Olivia ya no consideraba el martes como el mayor error de su vida.

Ella le dirigió una mirada burlona, pero no pudo evitar ruborizarse al recordar.

—Me refería a qué te hizo dedicarte a la fotografía.

Justin se puso serio y quedó pensativo unos momentos.

—Me gusta captar el instante, y convertirlo en algo único e

irrepetible. Me gusta lograr que los demás vean una cosa tal y como yo la veo —abrió la puerta del restaurante para que saliera—. Me encantaría fotografiarte algún día.

—¿A mí? —preguntó ella con una sonrisa divertida—. ¿Y sería un retrato formal de estudio o una sesión de ropa interior?

A Justin le encantó el tono desenfadado y divertido de su respuesta. Ese era el lado de ella que quería ver más a menudo.

—No soy muy exigente. Si no quieres ponerte la ropa interior, por mí no hace falta.

—Supongo que eso dependerá —bromeó ella, burlona.

Justin no estaba muy seguro de qué dependería, pero estaba impaciente por averiguarlo.

—Hola.

Olivia levantó la cabeza del archivador y se encontró con la tierna sonrisa de Justin que la miraba desde la puerta. Con el desfile de aquella noche, el vestido que había cambiado el día anterior y su determinación a no cerrar la puerta a su relación con él, estaba preocupada y nerviosa.

—Hola —respondió ella, cerrando el cajón del archivador y apoyándose en él para no caerse.

—No es gran cosa, pero quería darte algo —dijo él, tomando una bolsa de papel que había dejado en el suelo.

Se acercó a ella y se la puso entre los dedos.

—No tenías que hacerlo.

—Lo sé.

Aunque habían disfrutado enormemente de su mutua compañía el día anterior a la hora de comer, Justin no la había besado desde el martes, y ahora la cercanía la estaba volviendo loca, pero se moría de ganas por ver lo que había en la bolsa.

A juzgar por otros regalos de hombres en el pasado y que Justin tenía el descuento de empleado para los productos de la empresa, casi esperó algo de ropa interior.

Sin embargo, al retirar el papel de seda blanco que envolvía el regalo dentro de la bolsa, encontró un marco de plata con una copia de un cuadro de Kallie Carmichael, uno de la serie «Renacer».

—Gracias. Es…

Cuando alzó la miraba, Justin estaba demasiado cerca y a ella se le olvidó respirar.

Sintió un aleteo en el estómago. ¿Por qué había pensado que sería capaz de resistirse a él? Ahora estaba totalmente segura de que no quería resistirse más. Casi sin darse cuenta de que se estaba moviendo, se alzó de puntillas y levantó la cara hacia él.

Justin no lo esperaba, pero no lo rechazó. Era la primera vez que ella iniciaba un beso, y la dejó marcar el ritmo, lento y suave al principio. Los labios se acariciaron y se saborearon, explorándose, hasta que Olivia metió la lengua en su boca, tratando de recuperar el tiempo que había pasado desde la última vez que se besaron.

Las manos de Justin descendieron por debajo de su cintura, sujetándole las nalgas y apretándola contra la rígida erección de su sexo. Olivia se movió contra él apasionadamente, antes de darse cuenta de que ni siquiera habían cerrado la puerta del despacho.

Estremeciéndose, se separó de él.

—No sé qué me pasa —dijo, llevándose la mano a la frente.

—Nada en absoluto —le aseguró él—. Esto ha sido pura perfección.

—No, yo… —Olivia le dirigió una mirada dura—. Será mejor que sigamos hablando cada uno a un lado de la mesa. No puedo tenerte tan cerca.

Justin frunció el ceño.

—Ahora no será cuando vuelves a llamarme «rollito de chocolate», ¿verdad?

Porque…

—No. Es que el martes se nos olvidó cerrar la puerta con llave, y ahora la puerta está casi de par en par. Trabajamos aquí, por el amor de Dios. Cuando estoy contigo me olvido…

De todo excepto de lo mucho que lo deseaba.

—Será mejor que te vayas.

—Creo que tienes razón —dijo él, pasándose una mano por el pelo —. Si me quedo, tendré que besarte mucho más. ¿Nos vemos esta noche?

Olivia asintió con la cabeza, incapaz de hablar.

Justin se detuvo en la puerta y giró la cabeza para mirarla.

—Empieza a pensar desde ahora si quieres un beso de buenas noches. Y si vas a querer otro de buenos días.

Doce

Faltaba un cuarto de hora para que comenzara el desfile de mujeres hermosas enfundadas en prendas que apenas ocultaban sus espectaculares cuerpos, pero para Justin ninguna podía compararse a la mujer impresionante que acababa de entrar por la puerta del amplio salón del hotel.

El vestido color burdeos que Olivia llevaba no tenía nada que envidiar a la lencería que promocionaban las modelos. Sin mangas y con un pronunciado escote en pico, el tejido aterciopelado marcaba ligeramente las curvas del pecho. Debajo había una franja de tejido transparente alrededor de la cintura y la falda, del mismo tejido aterciopelado, caía sensualmente por debajo de las rodillas.

Olivia llevaba el pelo recogido en un moño que le dejaba la cara y el cuello completamente al descubierto. Estaba tan femenina y atractiva que el cuerpo masculino se tensó de deseo.

Entonces los ojos grisáceos, más abiertos y brillantes que nunca, encontraron los suyos entre la multitud, y Justin supo sin ningún tipo de duda lo mucho que ella lo deseaba también a él.

—Estás preciosa —le dijo él, al llegar junto a ella—. Ése vestido…

—Gracias. Tú tampoco estás nada mal —dijo ella, inclinando la cabeza hacia atrás y dejando que sus ojos descendieran lenta y significativamente por el cuerpo masculino, deteniéndose en algunas partes que despertaron su interés.

Cuando volvió a mirarlo a la cara, Justin estaba duro como una piedra.

Olivia seguía siendo la misma mujer con la que trabajaba y a la que admiraba, la mujer que había besado hasta sentirla desfallecer en sus brazos, pero aquella noche estaba más femenina, más segura y más radiante que nunca.

Un camarero pasó a su lado con una bandeja de deliciosos pastelitos, y Olivia seleccionó uno relleno de crema. Se lo llevó a los labios y con la punta de la lengua saboreó el relleno que se asomaba por un lado, y después, empujando con el dedo, se lo introdujo por completo en la boca, sin dejar de mirar a Justin.

Después, caminando lentamente, fue hacia la mesa donde se servían las bebidas. Él la siguió, su cuerpo casi pegado al de ella.

—He decidido ser más activa —dijo ella—. Me han dado el ascenso porque he demostrado tener iniciativa y capacidad de decisión. Y eso me ha hecho plantearme por qué soy tan pasiva en mi vida privada. La vida es algo que se tiene que vivir, ¿no?

—Por supuesto —dijo él, entregándole una copa de champán a la vez que tomaba una cerveza de importación para él—. Estoy aquí para

ayudarte en todo lo que haga falta.

—Sabía que podía contar contigo —dijo ella, sonriendo—. De hecho, ya me has ayudado mucho. Gracias.

Después de beber un sorbo de champán, Olivia continuó hablando.

—Seguramente nunca has hecho régimen. Es algo más propio de las mujeres.

Los expertos dicen que es bueno relajar la disciplina y darse un capricho de vez en cuando. Pero yo no lo hago. Hasta conocerte a ti, nunca me había dado el capricho de un batido de helado o un beso robado. No me he permitido disfrutar de los placeres de la vida.

Justin estaba tan hipnotizado siguiendo el movimiento de los dedos femeninos sobre el borde de la copa de cristal que apenas podía concentrarse en sus palabras.

—¿Sabes qué es lo que quiero de verdad, Justin? ¿Lo que me gustaría saborear?

Si decía el nombre de un postre, iba a gritar.

—¿El qué?

—A ti. Esta noche.

Justin había estado conteniendo el aliento, y dejó escapar un suspiro de alivio.

De repente, la música se interrumpió y Steve Reynolds dio unos golpecitos al micrófono que había en la pasarela.

—Damas y caballeros, bienvenidos al Tercer Desfile Anual de Sweet Nothings.

Si se sientan, podremos empezar.

El salón entero irrumpió en un fuerte aplauso, pero Justin se inclinó hacia Olivia y rozándole la oreja con los labios, sugirió: —¿Crees que podemos irnos ya?

—Los anuncios de la compañía se harán después del desfile, y creo que si no estoy aquí se notará mucho.

¿Podría estar unas horas sin tocarla? Peor aún, él tenía que fotografiar partes del desfile, y estaba seguro de que no sería capaz de concentrarse en las modelos.

—Va a ser una noche muy larga —dijo él.

Olivia se volvió hacia él y le guiñó un ojo.

—Ése es el plan. Una noche muy, muy larga.

La noche estaba siendo un sueño, pensó Olivia mientras se pintaba los labios delante del espejo del servicio de señoras. Hacía unos

momentos Steve había anunciado su ascenso y ahora Justin la esperaba fuera, después de recoger todo el equipo de fotografía y meterlo en el coche.

Olivia salió y lo encontró esperándola de pie junto una mesa alta. Él la tomó de la mano.

—Ven conmigo. Los jardines están preciosos.

Sabiendo que no volverían a entrar, Olivia sintió un cosquilleo y fue recoger su abrigo. Afuera hacía frío, y los elegantes jardines del hotel estaban prácticamente

desiertos. Apenas había una pareja sentada en un banco de piedra y ellos, que se alejaron caminando entre los setos hasta detenerse en un lugar apartado.

Justin le puso una mano en la cintura, y con la otra le recogió los mechones de pelo azabache.

—¿Te he dicho lo guapa que estás?

Olivia se pegó a él.

—Sí.

Pero no quería hablar. Echó la cabeza hacia atrás y se alzó hacia él, dejándose llevar por la euforia del ascenso, del champán, pero sobre todo de la cercanía del hombre que no había dejado de desear desde la primera vez que lo vio. Justin le tomó la boca y ella deslizó la lengua en la de él, sintiendo la ardiente necesidad de explorarlo.

Sin dejar de besarla, Justin la apretó contra él y deslizó la mano entre sus cuerpos, por la garganta femenina hasta el escote, y la metió bajo la tela de terciopelo, buscando los pezones erectos.

Cuando terminaron el beso Olivia estaba casi sin aliento, pero la boca masculina siguió el sendero de sus dedos, deteniéndose a saborear la piel de la base de la garganta y la hendidura entre los senos.

Sin embargo, la tela seguía interponiéndose entre ellos.

—Vivo a media hora de aquí —dijo ella, frustrada—. ¿Y tú?

—A tres cuartos de hora.

—Muy lejos.

—Vamos a una habitación.

Ella asintió, y lo siguió hacia la recepción del hotel. Pocos minutos después, Justin abría la puerta de una suite de la octava planta con *jacuzzi* y terraza. Olivia se quitó los zapatos y se detuvo junto a la pared que separaba el dormitorio principal del vestíbulo de entrada y el cuarto de baño.

—No sé por dónde empezar —dijo ella.

Justin se acercó a ella, le puso las manos en los hombros y la hizo

girar, poniéndola de espaldas a él.

—Yo sí —dijo él, y le mordisqueó el lóbulo de la oreja con los dientes—. Quiero verte.

El ruido metálico de la cremallera resonó en el dormitorio, o quizá fuera sólo en su cabeza, y Olivia sintió una ligera corriente de aire en la espalda desnuda. No era la primera vez que estaba desnuda delante de él, pero sí la primera vez que él le quitaba la ropa de una forma tan lenta y metódica.

Tomándose su tiempo, Justin fue deslizando las mangas por los brazos, rozándole la piel con la punta de los dedos. El vestido cayó a sus pies, dejándola apenas cubierta por unas bragas de encaje negras que sujetaban las ligas de las
medias y Justin contuvo la respiración. Olivia se giró lentamente hacia él, fingiendo una seguridad en sí misma que poco a poco se hizo realidad. La expresión de deseo en el rostro masculino dejaba claro cuánto le gustaba lo que estaba viendo.

—Son de nuestra colección especial —dijo ella con una sonrisa mientras pasaba una mano por la parte superior de las medias de seda —. ¿Te gustan?

Él le dedicó una prometedora sonrisa.

—Nunca me he sentido tan orgulloso de ser empleado de Sweet Nothings —le aseguró él.

Olivia le quitó la chaqueta, pero cuando fue a desabrochar los botones de la camisa, él la sorprendió sujetándole las muñecas. Obediente, alzó los brazos por encima de la cabeza y dejó que él la llevara suavemente contra la pared a su espalda.

La mezcla de excitación y aire fresco endureció aún más sus pezones, pero la mano libre de Justin no se detuvo en ellos, sino que continuó descendiendo hacia abajo.

Pasando sobre el ombligo, dibujó círculos sobre el abdomen, casi sin rozarla, y mirándola intensamente a los ojos, deslizó un dedo por debajo de la tela de encaje y le acarició entre las piernas hasta empapar el tejido de humedad.

Olivia tembló de placer y un gemido escapó de su garganta. Justin le soltó las muñecas y le acarició los senos. Metiendo una pierna entre las de ella, le acarició un pezón entre dos dedos y se metió el otro en la boca, succionándolo. Olivia hundió las manos en su pelo.

Justin deslizó la mano bajo la tira elástica de la braga, y buscó con los dedos su interior. La penetró primero con un dedo, luego con otro, y ella se arqueó contra la pared hasta que su cuerpo explotó en una serie de espasmos que en lugar de satisfacer su deseo inicial la

hicieron desear mucho más.

Olivia se colgó de sus hombros y cuando el orgasmo fue descendiendo de intensidad, empezó a quitarle la ropa. Justin se apresuró a colaborar y por fin quedaron los dos desnudos en la cama. Entonces Olivia dedicó un momento a admirarlo.

Era un hombre increíble, la perfección masculina personificada, desde los rasgos firmes de la cara hasta la orgullosa erección que la hizo temblar de deseo una vez más.

A la vez que recorría el cuerpo con los dedos, Olivia depositó un reguero de besos por el pecho musculoso y fue descendiendo hacia abajo, hasta tomarlo plenamente con la boca.

Al notar los labios en él, succionando y acariciándolo, Justin, que había estado al borde al verla alcanzar el orgasmo, supo que si no la detenía no sería capaz de contenerse.

—Olivia, si no paras no…

—¿Preservativo?

—En mi pantalón.

Olivia se levantó de la cama mientras él permaneció tendido de espaldas, tratando de controlar su excitación. Después él estiró la mano para pedirle el primer paquete, pero ella no se lo dio.

—Me toca a mí —dijo ella, sacudiendo la cabeza.

Justin sintió que se le paraba el corazón cuando ella le colocó el preservativo, pero enseguida empezó a latir furioso cuando ella se sentó a horcajadas sobre él y descendió hasta rozarlo. Los dos gimieron, y después ella se hundió hasta abajo, tomándolo por completo en su interior.

Olivia se meció sobre él, siguiendo su propio ritmo, que se aceleraba con cada movimiento. Él le tomó los pechos con las manos y los apretó. Después, acarició los pezones con los pulgares y la hizo bajar hacia él para poder saborearla con la boca.

Los desesperados gemidos que salieron de la garganta femenina mientras él succionaba sus pezones lo llevaron de nuevo al borde, y justo cuando Justin pensó que no podría aguantar más, el interior del cuerpo femenino se contrajo en una serie de espasmos y Olivia tuvo un segundo orgasmo que llegó a su clímax más absoluto cuando él exclamó su nombre y se derramó en ella.

Olivia se desplomó sobre él, y él la abrazó con fuerza, como si temiera que se fuera, al igual que había hecho la primera vez que hicieron el amor.

—Ha sido… —dijo Olivia, y suspiró.

Justin no supo si se interrumpió porque no se le ocurría la palabra para describir lo que habían compartido, o si fue porque no tenía suficiente energía para terminar la frase. Él desde luego no la tenía. Aunque, rodando de costado junto a ella, sí la tuvo para besarla lánguidamente.

Olivia lo besó también, mientras recorría con las puntas de los dedos el pecho masculino, acariciando las suaves matas de vello rubio, y Justin se sintió endurecer una vez más contra el muslo femenino.

Ella sonrió seductoramente.

—¿Por qué tengo la sensación de que todavía no estás listo para dormir?

—Lo siento, pero dormir no está en mis planes inmediatos —le dijo él, sin disculparse por su estado de excitación—. Me apetece mucho más volver a hacer el amor otra vez, y otra, y otra.

Olivia se incorporó ligeramente y se apoyó en un codo.

—Me gusta un hombre con ambición.

—¿Sí? ¿Te gusto yo? —dijo él, aunque al escuchar la ridícula pregunta se enfureció consigo mismo.

Ya no tenía diecisiete años. Qué demonios, ni siquiera en su época de instituto se había sentido inseguro con las chicas. Sin embargo ahora no podía evitar recordar las veces que Olivia lo había tratado con aparente desdén.

Ella le sonrió un poco aturdida.

—Estamos desnudos y abrazados. ¿Tú qué crees?

Justin rió, pero aunque sabía que juntos generaban pasión de sobra, quería más.

Quería saber si ella también disfrutaba de su compañía y si deseaba estar con él.

—Oh, sí —dijo él. Y se echó reír, recordando una pregunta que le había hecho ella unos días antes—. Supongo que lo que quería preguntarte es si te gustaría mi compañía para largas conversaciones al final del día.

Olivia se sonrojó de placer.

—¿No estás satisfecho con sólo esta parte?

—No —respondió él—, quiero más. Pero estoy más que encantado de hacer esta parte otra vez.

Olivia bajó la mano por debajo de su cintura y rodeó con los dedos el miembro duro.

—Oh, vaya.

Justin lo tomó como un sí.

Trece

Olivia dejó que el chorro de agua caliente le masajeara los músculos, todavía placenteramente doloridos después de la actividad física del fin de semana. Era domingo por la tarde, y dentro de un par de horas había quedado con Justin para cenar en su casa. Recordó otra ducha el viernes por la noche, muy tarde, cuando Justin le lavó la cabeza con una delicadeza incomparable. La ternura dio paso a una ferviente pasión y los dos se enjabonaron el uno al otro, acariciándose y excitándose hasta que volvieron a hacer el amor por tercera vez.

Con un suspiro, Olivia pensó que al aceptar su invitación el sábado por la mañana después de dejar la habitación del hotel no se había dado cuenta de lo mucho que echaría de menos la separación. ¿Sólo había pasado un día?

Ese era el problema con entregarse demasiado a los placeres de la vida, pensó.

Que pronto se convertían en una adicción. Le había gustado cada segundo con él, desde sentirlo dentro de su cuerpo y la intimidad de dormir entre sus brazos, a las risas que habían compartido durante el desayuno en la cama.

«Es más que una adicción. Te estás enamorando de él».

Se detuvo un momento.

Sí, claro, él fue la primera persona a quien quiso contar su ascenso, y no podía estar cerca de él sin desear tocarlo, y cuando estaba con él se convertía en una versión mejor de sí misma. Claro que estaba enamorada de él. Era divertido y cariñoso, atento y detallista, y sobresaliente en la cama. Cuando estaba con ella, era como si no existiera nadie más.

Además, la admisión de que necesitaba de ella más que sexo la había desarmado por completo, y había fortalecido los lazos entre ellos mucho más allá que la mera relación física. Le gustara o no, le había entregado el corazón. Por fin su gusto en hombres había mejorado.

Cuando fue al dormitorio a vestirse, vio su reflejo en el espejo y recordó que sólo unos días atrás se había preparado en el mismo sitio para una cita con otro hombre. ¡Cuánto había cambiado todo desde entonces!

Ella también había cambiado, en parte gracias a la liberadora influencia de Justin. Era sorprendente lo mucho que se había equivocado con él al principio. En lugar de ser otro rompecorazones más, Justin era casi demasiado perfecto para ser real.

¿Se habría enamorado por fin de alguien que de verdad lo merecía?

Justin metió la bola cuatro en la bolsa de una de las esquinas del billar, seguida de la bola blanca. Evidentemente no estaba concentrado en la partida, pensó mientras Bryan colocaba de nuevo la bola blanca y él reprimía el impulso de mirar el reloj una
vez más. Todavía quedaba mucho rato hasta que llegara Olivia. Demasiado, de hecho. Estaba impaciente por verla.

Pero a principios de semana quedó para jugar una partida de billar el sábado por la tarde con Bryan y no quiso cancelarla porque no podía explicar las repentinas ganas que le habían entrado de limpiar su casa. Aunque probablemente la cocina no estaba al nivel casi aséptico de su hermana Andrea, Justin sabía que su casa estaba mucho mejor que la mayoría de las de sus amigos solteros.

Claro que su casa nunca sería como un piso de soltero. Había sido la casa familiar de sus padres que los tres hermanos heredaron tras la trágica y repentina muerte de sus padres, y donde los tres habían podido vivir cómodamente. Era una casa de dos plantas, bastante espaciosa, y ahora que sus hermanas habían dejado el nido, Justin estaba empezando a pensar en venderla y buscar algo más pequeño que no necesitara cortar el césped ni tanto dinero para mantenerla caliente.

—Siento que las cosas con Hope no salieran bien el fin de semana —dijo Bryan, después de tirar su bola—. Pero olvídalo. ¿Te acuerdas de Michelle? ¿La azafata? Oh, perdona, la tripulante de vuelo. Voy a invitarla a tu fiesta de cumpleaños. Seguro que te encanta.

¡Su fiesta de cumpleaños!

Se le había olvidado por completo. Bryan le había preparado una fiesta en su casa el jueves.

—La verdad…

—No me vengas con excusas, colega, porque no te vas a librar de ésta. ¿Cuántos años llevas esperando para poder disfrutar por fin de la vida?

—La fiesta no me importa, pero no necesito compañía. He… —empezó, no muy seguro de cómo decirlo—. Voy a invitar a una compañera de trabajo, si quiere venir.

Bryan arqueó las cejas y sonrió con malicia.

—Eh, ¿no será la que fuiste a saludar el otro día en Hewitt's?

—Me toca —dijo él, con la esperanza de que Bryan dejara el tema mientras él fingía concentrarse en la partida.

Pero no sirvió de nada.

—Bueno, háblame de esa compañera de trabajo —repitió él, untando el taco de tiza.

—Es la Supervisora de Diseño. He trabajado con ella en un par de sesiones.

—Oh, creía que ibas a decir que era una de las modelos. Y supongo que la invitas porque quieres algo con ella, ¿no?

Para Bryan, «algo» sólo significaba una cosa, pero no necesitaba saber que Justin y Olivia ya habían recorrido ese trayecto. Muchas veces.

—Me gusta estar con ella.

¿Le avergonzaba reconocer la intensidad de sus sentimientos por Olivia en tan poco tiempo? ¿Le preocupaba que Bryan, siendo Bryan, si se enteraba de lo ocurrido después de la sesión fotográfica lo felicitara y le invitará a una cerveza? Aunque su amigo no lo hiciera con malas intenciones, Justin sabía que ese tipo de reacción le molestaría profundamente.

Olivia era especial.

Afortunadamente Bryan no podía leerle el pensamiento, porque si así fuera prefería no pensar en sus comentarios. Durante ocho años, los dos hombres habían hablado y bromeado sobre lo que harían cuando Justin recuperara su independencia, y todavía no había pasado un mes desde que Andrea se fue y él ya se había enamorado. Pero no era eso lo que estaba buscando. Las relaciones de pareja exigían compromiso y sacrificio y no podía evitar pensar que en los últimos ocho años había sacrificado demasiado.

Pero perder a Olivia sería un sacrificio mayor. Era una mujer inteligente y enérgica, sorprendente y atractiva, y a él le encantaba cómo se sentía cuando estaba con ella. No se imaginaba llegar a cansarse nunca de su compañía, y siempre estaba pensando excusas para pasar por su despacho.

Cuando Bryan ganó la partida, Justin suspiró aliviado.

—Te preguntaría si quieres la revancha —dijo Bryan—, pero eso implicaría que has jugado la anterior.

—Lo siento, supongo que estaba pensando en otras cosas.

—¿Otras personas? —preguntó Bryan, perspicaz.

Justin echó una ojeada al reloj.

—Tengo que irme. Nos vemos el jueves.

Su amigo asintió.

—Te diría que me llamaras si cambias de idea sobre Michelle, pero

algo me dice que no será así.

Olivia se detuvo camino de casa de Justin a comprar una botella de vino.

Mientras el sol se ponía por el horizonte, llegó a la elegante zona residencial donde vivía éste y le sorprendió ver que su casa era una vivienda unifamiliar de dos plantas rodeada de un amplio jardín. Ella, una mujer con los pies en el suelo y buscando una vida estable, vivía en un apartamento pequeño que hasta hacía poco había compartido con otra persona, y él, el soltero que salía casi todas las noches y le hacía sugerentes insinuaciones de fotografiarla desnuda, vivía en una urbanización privada rodeado de familias de clase media alta. Si hubiera sido una caverna no le habría sorprendido tanto.

Cuando él abrió la puerta, la hizo pasar y, después de dejar la botella de vino en el aparador de la entrada, la abrazó y le buscó la boca con la suya.

Cuando el beso terminó, Olivia estaba casi sin aliento.

—Gracias por invitarme.

—Llegas justo a tiempo —dijo él—. Acabo de terminar de preparar la cena. Y

por preparar me refiero a pedir comida china por teléfono y abrir una bolsa de ensalada yo solito. Espero que te guste la comida china.

—Por supuesto —le aseguró ella.

—A mis hermanas no les hacía mucha gracia —explicó él, yendo por el pasillo que conducía a la cocina—, y desde que estoy solo me estoy dando auténticos atracones.

Olivia le siguió hasta una amplia cocina decorada en tonos verdes que se comunicaba con una espaciosa sala de estar, amueblada al estilo tradicional aunque con un televisor de proporciones casi desmesuradas.

—¿Me das la chaqueta? —le pidió él.

Olivia se miró la chaqueta que llevaba abrochada casi hasta el cuello.

—Bueno, no llevo nada debajo.

—¿Por qué crees que te lo he dicho? —dijo él, con mi guiño.

El comentario la hizo reír y la tranquilizó. Durante la cena hablaron de todo, desde compañeros de trabajo a temas de actualidad y programas favoritos de televisión. Mientras metían los platos en el lavavajillas y las sobras en la nevera, Olivia se bebió una segunda

copa de vino, consciente de que el aleteo que sentía en el estómago no estaba producido por el alcohol.

Dejó el último bote en la nevera y cerró la puerta. Apenas se incorporó por completo, sintió a Justin a su espalda, muy cerca de ella, y se volvió a besarlo.

La boca masculina se apoderó de ella, y fue la chispa que prendió las llamas de deseo en su cuerpo. Olivia lo besó con toda la pasión de sus emociones. Justin emitió un «mmm» de satisfacción y deslizó los dedos bajo la cinturilla de la falda para apretarla contra él.

—¿Te enseño la casa? —dijo él, a la vez que la besaba en el cuello —. Ya has visto la cocina y el cuarto de baño de invitados de esta planta. Arriba sólo hay dormitorios y mi laboratorio de fotografía.

Entrelazó los dedos con los de ella y la llevó por la sala de estar hacia el salón.

—El salón, y éste es mi dormitorio —dijo, encendiendo la lámpara de la mesita de noche que había junto a la cama, hecha aunque un poco arrugada—. A la izquierda, el plato fuerte de la velada: La Cama.

Olivia se echó a reír al tiempo que los dos se dejaban caer abrazados sobre el colchón. Mientras él la besaba, buscó la cremallera de la falda y la bajó.

Un estremecimiento de placer recorrió el cuerpo femenino al sentir las manos de Justin desabrochándole los botones de la chaqueta ¿Cómo era posible desearlo tanto después de una sola noche sin él en su enorme cama vacía? ¿O era no sólo por

echarlo de menos, sino por saber que Justin no sólo se había apoderado de su cuerpo sino también de su corazón?

Fuera lo que fuera, poco después la única barrera física entre ellos era el preservativo, y Olivia no pudo evitar pensar que tampoco había barreras emocionales entre ellos.

Nunca se había sentido más deseada ni más excitada. Quería acariciar todo su cuerpo, y tomarlo dentro de su cuerpo hasta que a ninguno de los dos les quedara nada más que ofrecer al otro.

Acarició con una mano el suave vello rizado del pecho masculino y con la otra los hombros musculosos, moviendo su cuerpo contra él, besándolo y rodeándole las pantorrillas con las piernas. Cada sensación, desde el vello de las piernas al sabor salado de su piel, multiplicaba su deseo y acrecentaba la necesidad de sentirlo dentro.

Cuando Justin la penetró, su cuerpo se alzó del colchón, uniéndose aún más al de él. Sus bocas se buscaron y se besaron con total apasionamiento. A pesar de la intensidad del momento, el orgasmo que se apoderó de ella la arrasó por completo y ella sintió que su

cuerpo caía en un abismo de placer ajeno a la fuerza de la gravedad.

—Justin. Oh —gimió ella, su voz resonando como mi eco en las paredes del dormitorio—. Oh, te quiero.

Al desplomarse sobre la cama y abrazar a Olivia, Justin se dejó llevar por la sensación de satisfacción de su cuerpo, pero en el silencio del dormitorio las palabras de Olivia pronto empezaron a repetirse en su mente.

«Te quiero».

La inesperada declaración provocó un clímax aún más intenso, pero en el mismo momento que escuchó las palabras de Oliva la sintió tensarse ligeramente a la vez que contenía el aliento y giraba la cara hacia un lado.

Justin sabía que no había sido su intención decirlo, y sospechaba que hubiera preferido no hacerlo. Lo que no sabía era cómo reaccionar. Cuando alguien decía por primera vez «te quiero» al borde del orgasmo, no siempre había que tomar las palabras al pie de la letra. Y menos cuando la persona se arrepentía de haberlo hecho.

Quizá la respuesta debía ser sincera y sencilla, pero en ese momento él no pudo tomar una decisión. Apenas le llegaba la sangre al cerebro y no quería hacer algo que la molestara o desencadenara una reacción negativa por su parte.

Por eso optó por apretarla contra su pecho con fuerza y besarla en la sien.

—Eres alucinante, ¿lo sabes?

Hubo un tenso momento de silencio, pero al final ella respondió.

—Tú tampoco te quedas atrás —dijo Olivia, en un tono de voz casi normal—.

Debo decir que no ha estado mal.

Echándose hacia atrás, Justin le sonrió.

—¿Cómo que «no ha estado mal»?

—Me temo que «de antología» inflaría mucho tu vanidad.

—No te preocupes por eso. Tú sabes cómo pararle los pies a mi vanidad —dijo él. Le alzó la mano del pecho y la besó—. Y también cómo llegar a mi corazón.

—¿Sí?

La sonrisa de Olivia, aunque de oreja a oreja, tenía un cierto aire tímido.

Él asintió, consciente de que lo que había dicho apenas expresaba

la intensidad de lo que sentía por ella. Pero de momento era suficiente.

Catorce

El lunes por la mañana, Olivia aparcó el coche en el aparcamiento de Sweet Nothings todavía envuelta en la neblina de la noche anterior. Después de hacer el amor, Justin y ella se acomodaron en el sofá de la sala de estar delante del televisor a ver una película de James Bond y comer palomitas. A Olivia James Bond no le interesaba mucho, pero Justin lo consideraba el mejor héroe de acción.

—¿Cómo te puede gustar James Bond? —bromeó ella, divertida—. Es totalmente unidimensional. Bebe Martinis, persigue mujeres y lleva todo tipo de sofisticados artilugios para matar.

—¿Cuál de las tres no debo admirar? —preguntó él, sonriendo, con un guiño.

Aunque no era una admiradora de James Bond, pasar unas horas en los brazos de Justin y volver a hacer el amor con él había merecido la pena. Cuando por fin insistió en que tenía que volver a casa para levantarse por la mañana y prepararse para ir al trabajo, Justin le dijo que la próxima vez se trajera la ropa del día siguiente y todo lo que necesitara para pasar la noche en su casa.

Algunos hombres, después de una inesperada declaración de amor como la de ella, hubieran fingido su propia muerte y se hubieran mudado a otra ciudad. Sin embargo, Justin parecía feliz de saberlo, aunque no le había dicho nada.

Olivia aparcó en su lugar de costumbre y parpadeó. Meg estaba sentada en el capó de su coche, esperándola con los brazos cruzados.

—¿Y bien? —preguntó su amiga, en cuanto Olivia abrió la puerta —. No puedo creer que no me llamaras. Sin embargo, puedo perdonarte si me cuentas todos los sabrosos detalles.

—Oh, Meg, ¿no querrás que te haga un croquis?

—Preferiría unas Polaroids.

Echándose a reír, Olivia se puso el bolso al hombro.

—Te llamé el sábado por la noche, pero tenías el contestador —dijo, yendo hacia el ascensor.

Algo que le había alegrado. Las cosas entre Justin y ella aún eran demasiado nuevas, y era incapaz de expresar lo que sentía sin parecer una tonta.

—¿Dónde dormisteis, o lo que fuera, el viernes, en su casa o en la tuya?

—No llegamos a ninguna de las dos —reconoció Olivia.

—Oh, Dios mío. ¿Lo hicisteis en el coche? —exclamó Meg, en voz tan alta que seguramente la oyó todo en el edificio.

—Megan —a pesar de que el ascensor estaba vacío, Olivia dirigió una mirada fulminante a su amiga—, una dama no habla de esas

cosas.

—Vaya, ahora sé por qué nunca seré una dama —dijo su amiga.

Las dos amigas se separaron en la puerta del despacho de Olivia, y ésta entró y encendió el ordenador. Su último día en el despacho 461.

—Toc toc.

Olivia levantó la cabeza al escuchar la voz de Justin.

—¿Qué te trae por aquí? No es que no me alegre de verte.

—He pensado venir a ofrecerte mis músculos por si necesitas ayuda para la mudanza —dijo él, entrando en el despacho y yendo hacia ella—. Además, es duro estar abajo cuando sé que estás unas plantas más arriba —añadió, inclinándose hacia ella y besándola apasionadamente.

El contacto fue breve pero posesivo.

—Te avisaré cuando lo tenga todo recogido, pero… —dijo ella, sin aliento.

De repente se interrumpió y chasqueó los dedos, recordando una compra que había hecho el sábado por la tarde.

—¿Podrás ayudarme con otra cosa? Compré un sofá en un almacén que estaba de liquidación a un precio buenísimo, pero no entregan a domicilio, así que si estás libre alguna tarde de esta semana…

—Por supuesto —dijo él, con un pícaro destello en los ojos—. ¿No sabes que da buena suerte «inaugurar» un sofá entre dos?

—No sé por qué me parece que no te refieres a estrellarle una botella de champán —rió ella—. Esta noche tengo una cena de trabajo con dirección, y el viernes tengo hora en la peluquería, pero cualquier otro día…

—Oh, no —Justin se dejó caer en una de las sillas frente a ella—. No puedo creer que se me haya olvidado mencionarlo. El jueves es mi cumpleaños.

—¿Tu cumpleaños?

Ver que había un montón de cosas básicas de él que no conocía la desorientó, después de lo unida que se sentía a él. Ni siquiera conocía su edad.

—Mi amigo Bryan me ha preparado un fiestón para celebrar los treinta.

Bueno, al menos eso respondía a una pregunta.

—Quería decírtelo anoche, pero lo fui dejando y al final me distrajiste por completo —dijo él, con una perezosa sonrisa.

En cualquier otro momento, aquella sonrisa la hubiera hecho estremecer.

—¿Por qué lo fuiste dejando?

Justin se encogió de hombros, incómodo.

—Supongo que no sabía si te divertirías.

Olivia recordó el día que lo vio en Hewitt's, riendo y totalmente en su elemento en un pub lleno de gente guapa. ¿Qué había querido decir exactamente? ¿Qué no sabía si ella se divertiría, o no sabía si ella sería compañía divertida para la fiesta?

«A lo mejor cumplir treinta años le deprime. No seas tan quisquillosa», se dijo.

Además, si él no quisiera invitarla, no le habría dicho nada. Los hombres no daban invitaciones formales. Se limitaban a mencionarlo cuando se les ocurría, como ahora. Por otro lado, ahora ella ya no era la marginada de sus años de estudiante. Era una mujer nueva, con un reciente ascenso, una renovada seguridad en sí misma y un nuevo amante.

—¡Me encantará ir! ¡Será genial!

«La nueva Olivia».

Aunque le encantaría entender por qué se sentía tanto como la Olivia de antes.

Cuando Justin y Olivia llegaron a la casa de Bryan, la música se oía por toda la manzana.

—¿No se quejan los vecinos? —preguntó Olivia, casi a gritos para hacerse oír.

—Son siempre los primeros en la lista de invitados —explicó Justin, riendo, mientras tocaba el timbre.

Una pelirroja toda curvas y bultos les abrió la puerta.

—Bryan, ha llegado Justin —anunció, volviendo la cabeza hacia atrás. Después dio un beso a Justin en la mejilla y los invitó a pasar.

La primera impresión de Olivia fue blanco. Con una decoración ultramoderna en blanco —chimenea blanca, paredes blancas, sofá de piel blanca y moqueta blanca—, había algunos objetos decorativos en plateado y negro, lo suficiente para que la resplandeciente blancura no cegara a los invitados, supuso ella.

—Si queréis darme los abrigos, los llevaré arriba, a la cama de agua, con los de todo el mundo.

—Gracias.

Olivia se quitó el abrigo de paño que llevaba, deseando haberse puesto algo más animado.

Sin saber qué ropa ponerse para fiesta, al final se había decidido por un elegante vestido negro sin mangas que realzaba su figura y que valía para cualquier ocasión, pero al ver a la pelirroja apenas cubierta por una blusa dorada con un generoso escote y parte del estómago al aire y unos pantalones del mismo tono que se abrochaban por debajo del ombligo, se sintió un poco fuera de lugar.

Un hombre de pelo oscuro se acercó a ellos sonriendo y Olivia reconoció a uno de los jugadores de billar de Hewitt's.

—Justin, feliz cumpleaños, tío —dijo, poniéndole una mano en el hombro—.

Ah, y ésta es la encantadora razón de que últimamente pierdas todas las partidas de billar. Bryan Tanner, es un placer. Cuando hayas terminado con este negado, llámame.

—Olvídalo, Tanner. Olivia queda muy lejos de tus posibilidades —le aseguró Justin, pasando un brazo por los hombros femeninos con gesto posesivo—. Olivia Lockhart, te presento a Bryan Tanner, asesor informático, amigo de toda la vida y un auténtico bellaco.

—Encantada —dijo Olivia, sonriendo.

Siguieron a Bryan al espacioso salón donde muchos de los presentes se volvieron a felicitar a Justin. Bryan había reunido a muchos de sus amigos, desde compañeros de Hilliard a antiguos compañeros de la universidad, por no hablar de toda una colección de despampanantes mujeres en escotados vestidos de fiesta que se movían por la casa como si fuera propia. Olivia trató de hacer un esfuerzo para recordar los nombres de todos, pero al final tiró la toalla.

Con la copa en la mano, se hizo a un lado mientras Justin y algunos compañeros de la universidad recordaban los detalles de un importante partido de fútbol americano. Un hombre a quien le habían presentado antes se le acercó.

—¿Así que trabajas con Justin en Sweet Nothings? —preguntó con una sonrisa casi melosa—. Seguro que es muy erótico trabajar con lencería —añadió, resbalando los ojos por ella como si estuviera en ropa interior.

Olivia decidió que era un buen momento para utilizar la excusa del cuarto de baño. En la puerta del mismo, encontró a dos mujeres esperando, una castaña de ojos verdes y una rubia con un collar con el que Olivia podía pagar el alquiler de su apartamento. Olivia les sonrió, y la mujer castaña la miró de arriba a abajo. Al menos esta vez no tuvo la impresión de que la mujer la estaba imaginando en ropa

interior.

—¿No has venido tú con Justin? —preguntó la mujer.

Olivia asintió.

—Oh, qué afortunada. El año pasado salí con él varias veces. Una lástima que no fuera a más. Echo de menos cómo te mira, ya sabes. Como si fueras la única mujer del planeta.

—Sí, sé a qué te refieres —dijo Olivia.

Sólo que ella no se había dado cuenta de que Justin hacía sentir así a todas las mujeres que se cruzaban en su camino.

Cuando volvió al salón, no lo vio por ningún lado.

—Si buscas a Justin —dijo una voz a su espalda—, está fuera, en el jardín. Me ha pedido que te lo diga.

—Gracias —dijo ella, volviéndose hacia Bryan.

Él la miró entrecerrando ligeramente los ojos, y Olivia se dio cuenta de que probablemente la cerveza que llevaba en la mano no era la primera ni la segunda.

—Tú eres la chica de Hewitt's de hace un par de sábados, ¿verdad? — preguntó—. ¿La que Justin no dejaba de mirar, aunque decía que no estaba mirando a nadie?

—Creo que sí —dijo ella, riendo.

—El tío no ha perdido el tiempo, eso es cierto —dijo Bryan—. Y me alegro de que te haya invitado a salir. Llevaba esperando ocho años.

¿Para salir con ella?

—¿Ocho años?

—Sí, ocho largos años de espera para volver a divertirse, ahora que por fin ha terminado de ocuparse de Lisa y Andrea.

¿Ocuparse de ellas? Olivia sabía que Justin tenía hermanas menores, pero había asumido que la responsabilidad de las niñas a la muerte de sus padres había recaído sobre algún familiar. ¿Pero Justin? Si apenas tendría veintipocos años.

—Debió ser difícil para él —dijo Olivia, sin querer reconocer que era la primera noticia que tenía sobre el asunto.

—Ya lo creo. Andy y Lisa son buenas chicas, pero Justin… ¿tener que vivir en las afueras? El pobre tuvo que pasar de coleccionar números de teléfonos de fiesta en fiesta a asistir a reuniones de la Asociación de Padres del instituto.

—Supongo que dejar las fiestas fue sólo la punta del iceberg de sus sacrificios —comentó Olivia, pensando que a ella también le había extrañado el lugar donde vivía Justin.

—Tú lo has dicho —dijo Bryan, con una mueca—. Un hombre tiene necesidades. Pero siempre dijo que en cuanto Andrea se fuera de casa, recuperaría el tiempo perdido corriéndose sus buenas juergas.

¿Sus buenas juergas?

Oh, Dios. Bryan tenía razón. Justin no había perdido el tiempo. De hecho, si sus cálculos no fallaban la besó en el ascensor al día siguiente de irse Andrea. Olivia se puso pálida, probablemente porque le dolía tanto el corazón que éste no podía bombear la sangre correctamente. ¿Él quería recuperar su soltería y a ella se le había escapado «te quiero»? Aunque por suerte, sólo había ocurrido una vez.

Algo debió reflejarse en su cara, porque Bryan la miraba con expresión de culpabilidad y muy serio.

—Eh, no me hagas mucho caso. He tomado muchas cervezas. Es la ventaja de no tener que conducir para volver a casa.

—No, tranquilo, estoy bien —mintió ella, mirando hacia la puerta corredera del jardín, donde Justin estaba riendo con un grupo de amigos.

Principalmente amigas.

Claro que era normal, dada la proporción de mujeres que había en la fiesta.

Pero la actitud de Justin no tenía nada que ver con el coqueteo de Sean en otras fiestas pasadas, se dijo. Sin embargo, verlo rodeado de tantas mujeres hermosas le recordó la sesión fotográfica en Carolina del Sur, y el continuo coqueteo de Justin con Felicia, Stormy y cualquier otra mujer que se le acercara. ¿No le había dicho aquella misma noche que se merecía disfrutar de la vida?

Olivia sintió un nudo en el estómago. Todo, desde el primer beso en el ascensor inmediatamente después de su «liberación», su evidente interés en distintas mujeres y la rapidez con que la había conquistado apoyaban las palabras de Bryan. Justin sólo estaba corriéndose una buena juerga.

Justin hizo un esfuerzo para no terminar la tarta de chocolate de un solo bocado. Se había obligado a esperar a la tarta y los regalos por educación, pero estaba impaciente por estar a solas con Olivia. Cuando pasó a recogerla por su casa, deseó poder quedarse con ella allí y olvidarse de la fiesta. Ahora sólo quería hablar con ella, asegurarse de que estaba bien.

Antes de abrir los regalos, ella le había dicho que le dolía un poco

la cabeza, pero que no quería interrumpir la fiesta. Mientras él iba abriendo regalos y leyendo las tarjetas de felicitación, casi todos los presentes se reían con los comentarios subidos de tono que las acompañaban. Sin embargo, a Olivia no parecían hacerle tanta gracia. Más bien daba la impresión de que se arrepentía de estar allí.

Justin dejó el plato de papel en la mesa y le puso una mano en la rodilla. ¿Eran imaginaciones suyas o la notó dar un respingo?

—¿Nos vamos?

Ella sonrió con desgana. Bastante desgana.

—Es tu cumpleaños. Si quieres nos podemos quedar.

No, Justin quería sacarla de allí y averiguar qué era lo que había provocado su cambio de actitud. Se puso en pie.

—Iré a buscar tu abrigo. Te dejaría ir a ti, pero seguro que tendrías que bucear para encontrarlo.

Esta vez Olivia no sonrió. Tampoco había sido un comentario tan gracioso, pero a Justin le sorprendió una falta de respuesta tan evidente. Subió las escaleras de dos en dos, preguntándose si la habría ignorado. Después de todo, todos los invitados eran amigos suyos, y quizá ella se sintiera fuera de lugar.

Estaba sujetando el abrigo de Olivia cuando Bryan apareció por la puerta.

—Justin, espera. Tengo que decirte una cosa —dijo Bryan, en un tono demasiado lúgubre para una fiesta de cumpleaños—. Antes he estado hablando con Olivia y…

Ante el titubeo de su amigo, Justin se dio cuenta de que había pasado algo. No sería la primera vez que Bryan ofendía con sus comentarios a una mujer.

—¿Qué le has dicho?

—Creía que ya lo sabía. ¿No le has hablado de Lisa y Andrea?

Justin tuvo un mal presentimiento.

—¿De qué? Sí, bueno, sabe que tengo dos hermanas.

—¿Y que tú te ocupaste de ellas a la muerte de tus padres?

—No.

Pero no entendía por qué eso podía molestarla. Si no se lo había contado, era porque no le gustaba hablar del tema, no por ninguna otra razón.

—Y creo que… también he debido mencionar… El Plan —reconoció Bryan, mirando hacia el suelo—. Ya sabes, el de recuperar tu libertad y el tiempo perdido.

—¿Qué?

Después de la traición de su ex, era lo último que Olivia necesitaba oír.

—Se me ha escapado. No me he dado cuenta. Ha sido la cerveza, tío, te lo juro.

Creo que he metido un poco la pata.

¿Un poco? No se imaginaba cuánto.

Ahora Justin no sabía por dónde empezar. En las últimas semanas, Olivia había pasado de ser una mujer desconfiada con los hombres a alguien que entregaba generosamente su sonrisa y su cuerpo. Y, a menos que estuviera equivocado, también su amor y su corazón.

Decidió decirle lo que sentía por ella aquella misma noche. Y cruzó los dedos para que ella no se hubiera metido en su concha protectora y se negara a escucharlo.

Quince

Olivia se acurrucó en su abrigo mientras se dirigía al coche de Justin, pero continuó teniendo frío. Él le abrió la puerta del coche, y estaba segura de que se había dado cuenta de lo tensa que estaba. Del esfuerzo que estaba haciendo para no rozarse con él.

Quizá su reacción fuera exagerada, pero se sentía frágil y quebradiza, como si el menor roce pudiera romperla. Había estado tan segura de que esta vez no se había equivocado, de que se había enamorado del hombre que…

—Bryan me ha contado lo que te ha dicho —dijo Justin en voz baja, sentado a su lado al volante—. Supongo que te ha molestado.

Olivia sacudió la cabeza.

—No estoy exactamente enfadada. No nos hemos hecho ninguna promesa. Más que nada me ha sorprendido.

Su orgullo no le permitía ser más sincera.

—Supongo que tenía que haberte contado lo de mis hermanas antes, pero me cuesta hablar de eso —reconoció él—. ¿Cómo puedo quejarme de tener que llevarlas a los partidos de fútbol y a las reuniones del colegio teniendo en cuenta todo lo que han sufrido? Prefiero pensar que no soy tan egoísta como para reprocharles la casa o la falta de vida amorosa.

—Es normal que tengas tus necesidades —dijo ella, en voz baja.

—No hagas mucho caso a lo que te ha dicho Bryan.

—Dime la verdad —dijo ella, volviéndose hacia él, que seguía con los ojos en la carretera—. ¿No has estado los últimos ocho años deseando que tu vida fuera diferente, haciendo planes para…?

—Sí. Es cierto. En eso no te ha mentido, pero todo cambió cuando te conocí.

—¿Yo cambié lo que tú querías?

—Sí. No. Tú me hiciste ver que no quería lo que creía que quería. Lo que quiero es lo que hay entre los dos. Te quiero.

La inesperada declaración la lleno de alegría por un segundo, pero la conversación con Bryan y la fiesta habían abierto viejas heridas y alimentado antiguos complejos.

—Esto para ti es nuevo y excitante —dijo ella—. Pero cuando se pase la novedad…

—¿Y cuando se te pase a ti? —preguntó él—. ¿Me seguirás queriendo dentro de cuatro meses?

—Yo no soy la que ha estado ocho años sin poder pedir comida china.

Justin la miró un segundo como si estuviera completamente loca.

—No tengo ni idea de qué estás hablando.

—El domingo dijiste que a Andrea y a Lisa no les gustaba la comida china y que ahora no te cansas nunca de comerla. Creo que dijiste que te pegas auténticos atracones. ¿Y mujeres? Seguro que tampoco podías disfrutar mucho de eso. Si seguimos juntos, ¿me lo reprocharás? ¿Te arrepentirás de haber desaprovechado la oportunidad de correrte buenas juergas tan pronto?

—Eso no va a pasar. Ya no tengo veintidós años.

Al ver que Olivia no decía nada, Justin suspiró frustrado.

—Me pides unas pruebas que no puedo dar. ¿Qué tengo que hacer para que creas en mis sentimientos hacia ti mañana, la semana que viene, o el mes que viene?

Olivia no tenía respuesta para eso. Quería creerlo, quería amarlo por completo y sin reservas, pero sabía que perder a Justin sería un golpe muy duro. Si la traición de Sean, a quien nunca amó de verdad, le había afectado, ¿qué ocurriría el día que perdiera a Justin y que viera que se había equivocado otra vez?

Cuando Justin detuvo el coche en el aparcamiento del edificio de apartamentos donde ella vivía, el silencio en el coche era ensordecedor.

—No hagas esto —dijo él—. Te conozco. Quizá no tenga todos los detalles, pero sé que a veces te escondes de las cosas. No tienes que huir de esto.

Olivia se tensó.

—Yo también te conozco, Justin. Sé que admiras a Bryan, un *playboy* donde los haya, y a un espía imaginario que se acuesta con un sinfín de mujeres. Sé que te gusta la espontaneidad y la vida social. Sé que te encanta coquetear con las mujeres. O

terminarás aburriéndote de mí, o yo terminaré desconfiando de ti. O las dos cosas.

Justin se apeó del coche detrás de ella, y la siguió por la acera que llevaba a su apartamento.

—Olivia…

—Por lo que has dicho antes, tuviste que hacer un gran esfuerzo para no culpar a tus hermanas del tipo de vida que has tenido que llevar estos años, aunque es algo totalmente comprensible. Pero yo no podría soportar que te pasara lo mismo conmigo. Lo siento —dijo, abriendo la puerta de su apartamento—. Yo… yo ya siento algo muy intenso por ti, y si esto no funciona… lo siento. No puedo.

Diciéndose que podía trabajar perfectamente desde casa, el viernes Olivia llamó a la oficina informando de que estaba enferma y envió un correo electrónico a Meg en el que le decía, sin entrar en detalles, que ya no estaba con Justin. Aparte de eso, no tuvo más contacto con nadie de Sweet Nothings, y cuando el timbre de la puerta sonó poco después de las cinco, su corazón dejó de latir por un momento, y apretó los dedos en el reposabrazos del sillón.

Justin no la había llamado. ¿Y si había decidido ir a verla personalmente?

—¿Estás ahí, Olivia? Soy yo. Te he traído una cosa.

Meg. Conmovida por la visita ante su amiga, Olivia abrió la puerta con la caja de pañuelos en la mano.

—Hola.

—Oh, cielo, tienes una pinta horrible —suspiró Meg, entregándole una bolsa de comida caliente—. Espero que te guste la sopa.

—Gracias.

Las dos mujeres entraron en la cocina, donde Olivia sacó sólo un cuenco después de que su amiga le indicara con un movimiento de cabeza que ella no quería nada.

—¿Te consolará saber que él también estaba hecho polvo? —preguntó Meg, sentándose en la mesa.

«Sí».

—No. Debería estar celebrando su cumpleaños, su… su independencia. No quiero que esté mal. Oh, Meg, ¿es que no aprenderé nunca? Siempre digo que no voy a repetir los mismos errores, y siempre me enamoro de quien no debo…

—¿Desde cuándo Justin es «de quien no debo»? Los dos lleváis toda la semana sonriendo como tontos.

—Sí, pero eso fue antes de conocer la verdad —dijo Olivia, secándose una lágrima.

—¿Qué está casado? ¿Qué ha estado en la cárcel? ¿Qué es un asesino en serie?

Olivia le explicó la conversación que había tenido primero con Bryan, y después con Justin.

—En serio, no entiendo por qué ocuparse de sus hermanas significa que tengas que perder a alguien que te hacía tan feliz. Además, te dijo que te quiere.

—Meg, si no soy capaz de mantener el interés de hombres que decían querer una relación estable conmigo, ¿cómo mantendré el de uno que no piensa más que en recuperar los ocho años de soltería

perdida? La vida le obligó a comportarse como un adulto a los veintidós años, y ahora se merece poder disfrutar de lo que no disfrutó entonces.

Meg se echó a reír.

—A todos nos encantaría disfrutar como a los veintidós años y no tener responsabilidades, pero eso no significa que lo consigamos. La vida continúa, y lo mejor que podemos esperar es encontrar la persona con quien compartirla. Creo que Justin y tú habéis tenido la suerte de encontraros, y tú deberías estar reconciliándote con él en su cama en lugar de estar tomándote un cuenco de sopa conmigo.

La idea de no volver a compartir la cama con él le llenó los ojos de lágrimas.

—Meg, no lo entiendes.

—Claro que lo entiendo. ¿Sabes cuántas veces te he oído decir que te has equivocado con un hombre? No creo que esto tenga nada que ver con Justin. Tiene que ver con tu miedo a que te hagan daño.

Creo que ésta es tu primera decisión realmente equivocada con un hombre desde que te conozco.

Una hora después de que Meg se fuera, Olivia estaba delante del televisor, pero lo único que oía eran las palabras de su amiga.

Quería confiar en sus sentimientos por Justin, quería confiar en lo que él decía sentir por ella. Pero en el pasado… Claro que Justin no era ninguno de los hombres de su pasado. Ni ella tampoco era la misma mujer. Ahora ella era capaz de dejarse llevar por sus instintos y ser más atrevida y audaz.

Recordó las palabras de Justin, y pensó que quizá tuviera razón. Sobre lo de esconderse. ¿Cuántas veces había deseado ser invisible? Sin embargo, el viernes por la noche cuando entró en el salón de baile del hotel, poco antes del desfile, disfrutó de ser por un momento una de esas mujeres que hacen volver la cabeza a los hombres.

Y quería seguir disfrutando de esa sensación.

El viernes por la noche, cuando sonó el teléfono, Justin salió corriendo a contestar, aunque sabía que no había muchas posibilidades de que fuera Olivia.

No se equivocó. Era Bryan, que quería interesarse por él y disculparse por lo ocurrido el día anterior.

—Siento haberte estropeado la noche —dijo Bryan—. Fui un bocazas.

Justin no intentó convencerlo de lo contrario.

—Pero estoy seguro de que lo arreglaréis —continuó su amigo, bastante convencido—. Cuando os vi llegar anoche, vi cómo os mirabais. No era sólo pasión.

Era algo que casi me hizo desear… Oh, olvídalo. Pero lo de que lo arreglaréis, es verdad.

Después de rechazar su invitación para ir a tomar una cerveza, Justin colgó el teléfono. Casi al instante sonó el timbre de la puerta y fue a abrir.

Cuando abrió la puerta, encontró a Olivia, mirándolo con ojos muy abiertos y expresivos. Se había cortado el pelo. Ahora llevaba una melena a la altura de la barbilla, en capas desfiladas, en un estilo muy moderno, y en los pies calzaba unos zapatos de tacón de aguja que la elevaban casi hasta su altura.

—¿Puedo pasar?

Justin la miraba en silencio, con incredulidad, y ella tomó la falta de respuesta como una invitación y entró.

—No esperaba verte —dijo él, cerrando la puerta. Incapaz de resistirse, le hundió los dedos entre las suaves capas en el pelo y después se detuvo en la cara—.

Estás distinta. El corte es perfecto para ti, pero no puedo creer que te lo hayas cortado.

—Lo he llevado largo desde el instituto, y se ha convertido en algo que utilizo para ocultarme —dijo, con la respiración entrecortada—. Tú tenías razón y yo estaba equivocada, pero no esperes que diga esto siempre después de una discusión.

Justin parpadeó, como si se hubiera perdido una parte de la conversación.

—Repite eso.

—Tú tenías razón, y yo estaba equivocada —Olivia lo miró a los ojos—. Te quiero.

Justin sintió el deseo de abrazarla y besarla, pero todavía necesitaba saber algo más.

—¿Me quieres lo bastante como para saber que te quiero? —preguntó—.

Porque si tengo que demostrarte que te quiero cada vez que Bryan meta la pata, será agotador. En los últimos años, al verme obligado a aceptar responsabilidades, pensé que quería libertad, pero lo que en realidad quería era libertad para elegir. Nunca te culparé de nada, Olivia. Te elijo a ti.

Olivia tragó saliva.

—Te creo.

Bien, ahora podía besarla. Le cubrió la boca con la suya y la empujó despacio hacia atrás, hasta apoyarla en la pared. Después deshizo el nudo del cinturón del abrigo.

—Supongo que no estarás desnuda debajo del abrigo —susurró él.

—No del todo —dijo ella, riendo—. Aunque tú despiertas mi lado más salvaje.

Justin le bajó el abrigo por los hombros y tragó saliva al verla en un sujetador de encaje que él había señalado en el catálogo la semana anterior.

—Preciosa.

—Tengo entendido que ahora es cuando nos reconciliamos —dijo ella, aunque el atrevido tono de voz no pudo ocultar la vulnerabilidad de sus ojos—. Eso si es que ya hemos hecho de las paces. Siento lo de anoche. Lo que siento por ti me asusta un poco, y las palabras de Bryan me dieron la excusa perfecta para salir corriendo. No he tenido mucha suerte en el amor.

—Sí, pero eso fue antes de conocerme a mí —dijo él, y alzó una ceja—. Estoy especialmente dotado para eso.

Olivia lo besó en la mandíbula, y después bajó la cabeza, mordisqueándole en el cuello.

—Muy cierto. ¿Y sabes qué más eres?

—Un hombre muy excitado —dijo él, llevándola hacia la parte posterior de la casa.

—Una manzana cubierta de caramelo —dijo ella, mientras atravesaban el salón—. Antes creía que eras chocolate, pero la verdad es que debajo de ese aspecto tan delicioso, eres bueno para mí y para mi salud. ¿Te he mencionado alguna vez lo mucho que me gusta lamer despacio todo el caramelo?

Justin gimió al pensar en la lengua de Olivia acariciándole todo el cuerpo y la tendió en el sofá con él, hundiéndole las manos en el pelo y besándola intensamente.

—Pensaba llevarte a la cama, pero no puedo esperar tanto.

—A propósito, ¿te gusta hacer el amor en la playa? —preguntó ella, quitándole la camisa—. Tengo unos días de vacaciones, en la paradisíaca isla de Kaokara…

Justin dudaba de que salieran de la habitación del hotel para visitar la isla, pero si Olivia iba estar allí, allí era también donde él quería estar.

Fin
Nº Páginas 102-102